DEMASIADA LIBERTAD SEXUAL OS CONVERTIRÁ EN TERRORISTAS

PIER PAOLO PASOLINI

Scanned with CamScanner

DEMASIADA LIBERTAD SEXUAL OS CONVERTIRÁ EN TERRORISTAS

PIER PAOLO PASOLINI

Traducción de
Paula Caballero Sánchez
y Miguel Ros González

Scanned with CamScanner

Índice

PRÓLOGO DE LOS EDITORES 9

LA GUERRA 13

Los jóvenes, la espera 15
Razonamiento sobre el dolor civil 21
Último discurso en torno a los intelectuales 25
La carretera que va de Musi a Porzûs 29

OTRA EDUCACIÓN 33

Por otra pedagogía y otros libros de texto 35
Los auténticos educadores 41
Poesía en la escuela 45

ESO QUE LLAMAMOS CULTURA 51

Marxisants 53
Contra la televisión 61
Acusación de la industria editorial 77
Votad en blanco, ganará la cultura 83
Tetis. El cine y los cuerpos 87

SOCIEDAD Y SOLEDAD 95

La culpa no es de los *teddy boys* 97
El verdadero escándalo del caso Feile 105
Detesto a los que salen de paseo con una pistola en el bolsillo 111
¿Qué hacemos con el «buen salvaje»? 117
Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas 123

Scanned with CamScanner

POLÍTICAS DE LA RESISTENCIA 129
¿También Marcuse es un adulador? 131
Los *meneghelli*. Una nueva máscara italiana 135
E. M. (Extremismo metapolítico) 139

CASI UN TESTAMENTO 155

LA ÚLTIMA ENTREVISTA 177

Scanned with CamScanner

En una ocasión, en una cocina infecta de una vieja casa trasteverina (no era una fiesta ni una cena, sino un mero río de gente que habíamos llegado hasta allí en medio de la noche y no sé muy bien cómo), me encontré con un tipo que, mientras buscaba un vaso limpio donde volcar la ginebra, me contó sin mayor énfasis que había conocido a Pasolini. Tal vez fuera un charlatán, tal vez un amigo o un amante. Y en realidad no me contó nada demasiado interesante o memorable. Salvo quizás esto: recordaba que cuando iban a cenar a cualquier restaurantucho romano, a veces Pasolini pedía, muy educadamente, que le prepararan una pasta que no figuraba en la carta, algún plato realmente sencillo cuyos ingredientes se encuentran en cualquier cocina, algo que simplemente le apetecía tomar aquella noche. Siempre se lo sirvieron, dijo, y no precisamente porque el camarero o el cocinero supieran quién era Pier Paolo Pasolini. ¿Por qué no iban a hacerlo?

Aquel «mundo», aquellos «restaurantes», aquella «gente», aquel «hacer», ya no existen, al menos en Roma o en cualquier otra ciudad europea. Hagan la prueba, salgan de casa, lléguense hasta el restaurante más cercano, del tipo que sea, e inténtenlo. Y lleven preparado un sólido y falaz argumentario bien surtido de prescripciones médicas y exigencias dietéticas si quieren tener la más mínima oportunidad. El consumismo, que Pasolini

Scanned with CamScanner

identificó como «un puro y simple cataclismo antropológico», se ha desarrollado hasta prácticamente solapar nuestra relación con los objetos, las personas y los actos; con la producción de cada objeto, con el trato de cada persona y con la compresión de cada acto. Pasolini asistió consternado, y con una lucidez casi única, a la aniquilación, en nombre del progreso, de la cultura popular que era ajena a esta comprensión de la vida como una forma generalizada de consumo, que obliga a ceñirse, *racionalmente* pero sin pensar, a los platos de la carta, a sus tiempos exactos de preparación y a sus precisos márgenes de beneficio.

Hoy en día han transcurrido casi cuarenta años desde la desaparición de Pasolini, pero el paso del tiempo no ha afectado a la imagen mayoritaria que, al menos en nuestro país, se tiene de él, conocido, ante todo, por sus películas y por el atroz asesinato que puso fin a sus días. Sin embargo, Pasolini fue también un notable poeta, un extraordinario novelista y dramaturgo y, qué duda cabe, uno de los mayores ensayistas e intelectuales del siglo xx. Y una década tras otra, su pensamiento no sólo no se ha visto rebasado o esquilmado, sino que ha cobrado un vigor aún mayor a la hora de llevar a cabo su función primordial: decir lo que nos ocurre, lo que nos duele, lo que nos hiere, lo que nos mata.

Pasolini supo ver y entender, como muy pocos pensadores lo han hecho, la modificación radical de lo real que la televisión, la publicidad y la sociedad de consumo en general estaban operando: no sólo las ideas, los gustos y los intereses de millones de hombres y mujeres estaban siendo apisonados y homogeneizados hasta conformar una masa única y maleable, también sus rostros y sus cuerpos estaban sufriendo esa misma transformación, hasta el punto de que, apenas diez años después de rodar *El Evangelio según San Mateo*, el propio Pasolini fue consciente de que entonces ya no podría volver a encontrar los semblantes cuya imagen asemejaba a la de quienes vivieron en Palestina dos mil años antes. Pasolini supo llamar a las cosas por su nombre: a la sociedad de consumo, «fascismo puro y duro»; a la laminación y al empobrecimiento de la clase proletaria, «genocidio

Scanned with CamScanner

cultural»; a la escuela obligatoria de la República italiana, «una fabrica de gladiadores desesperados». Pasolini supo demandar «lo indemandable» para enfrentar esta nueva situación: «1/ Abolir inmediatamente la escuela secundaria obligatoria. 2/ Abolir inmediatamente la televisión». Pasolini entendió que la transgresión, la auténtica provocación y una forma de escándalo que no fuera recuperable por el sistema de consumo cultural eran las armas más eficaces que poseía para acompañar su pensamiento con una práctica artística equiparable, y así su última obra, *Saló o los 120 días de Sodoma*, es una película que, literalmente, no se puede ver y nos obliga a cerrar los ojos y a abrir una reflexión tan drástica como esencial sobre el desierto moral que habitamos y el consumo que cada día hacemos los unos de los otros.

Desde esta perspectiva, mi intención como editor ha sido recuperar un conjunto de textos que dan cuenta del pensamiento crítico de Pier Paolo Pasolini en relación a un amplio campo de intereses. Prácticamente todos estos escritos se hallaban inéditos en castellano, pues fueron publicados originalmente de modo disperso, a lo largo de casi cuarenta años, en revistas, periódicos y publicaciones, o bien habían permanecido inéditos a la muerte del autor. Atendiendo tanto a su vitalidad intelectual y a su alcance histórico como a la belleza y a la fuerza de su escritura, todos ellos son textos de primer orden que dan cuenta del mejor Pasolini, pensador transgresor y ajeno a cualquier tipo de concesiones. Así, este volumen querría dar cuenta de cinco aspectos que considero fundamentales en la reflexión, y en la vivencia, de su autor. En primer lugar, la violencia y su extremo, la guerra. En segundo lugar, la educación, tal como se nos impone y tal como podría ser. En tercer lugar, eso que llamamos cultura y la dialéctica crítica que ésta exige. En cuarto lugar, la sociedad, junto a la soledad de aquél que toma conciencia de su deriva. En quinto lugar, la política, que para Pasolini no podía ser sino una estrategia de la resistencia. El libro se abre, por tanto, con un texto de enorme belleza, escrito en pleno desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, que expone las esperanzas de

Scanned with CamScanner

un joven Pasolini y de toda una nueva generación que espera, en medio de la catástrofe, la señal de su propio resurgimiento, y se cierra con dos documentos absolutamente excepcionales: un texto, publicado póstumamente apenas dos semanas después de la muerte de Pasolini, que el propio autor definió como «un testamento intelectual y espiritual», y una última entrevista, brillante y brutal como todas, que tuvo lugar apenas unas horas antes de su asesinato, y en la que el hecho de que Pasolini anote que «mientras nosotros estamos aquí hablando puede que haya alguien en el bar planeando liquidarnos», no habla sin duda tanto de premoniciones como de la estricta lucidez de quien ha tocado «la vida violenta» y conoce verdaderamente su lugar en el mundo y su *pathos* ineludible.

Aquel tipo, fuera quien fuera, me dijo una última cosa antes de salir de la cocina, apurada ya su ginebra: Pasolini *sabía* que antes era más sencillo ser feliz. En un primer momento, aquel comentario me pareció una visión retrógrada o melancólica de la existencia. Tras pensarlo con calma me di cuenta, y quince años después sigo convencido, de que ese pensamiento encierra un contenido de verdad (o como me corregiría Pasolini: una evidencia) innegable, vinculado a la degradación continua y sistemática del medio urbano, ecológico y moral en el que vivimos, que hace cada día más difícil la experiencia humana de una vida tranquila, alegre y plena desde un punto de vista espiritual, aunque estuviera envuelta por el azar y la frugalidad. Tan sólo un desconocimiento absoluto del pasado, o el miedo a ser considerado un reaccionario o un nostálgico, nos pueden impedir apreciar esta realidad. Esto no quiere decir, por supuesto, que se deba volver atrás, pues las lacras de otros tiempos son muchas y aciagas. Sin embargo, esta relación crítica pero positiva con el pasado es imprescindible para evitar el desastre definitivo del futuro. Como afirmaba tajante Pasolini en sus *Cartas luteranas*, «mejor ser enemigo de muchos que de la realidad».

Scanned with CamScanner

LA GUERRA

Scanned with CamScanner

LOS JÓVENES, LA ESPERA[1]

Dolorosos despertares
Giuseppe Ungaretti

Abandonada sin más la fácil pompa de una juventud concebida como gallardía o fresca prepotencia, acabaremos dispersados y humildes en medio de una muchedumbre que nos avasalla. Conscientes de que, antes de considerarnos dignos de nuestras esperanzas, tendremos que padecer secreta e intensamente todas las experiencias de quienes nos precedieron, no tenemos siquiera miedo a admitir la impotencia o, en todo caso, la acerbidad de nuestro estado de espera. Sin embargo, como empujados por un mecanismo que nos supera, nos dirigimos hacia el futuro y alzamos nuestras voces, aunque cerrando los ojos y dejándonos llevar, como présagos del mero hastío y del final. ¿Qué valor puede tener nuestra palabra? Es casta, ansiosa y puede que no pierda su valor ante el fácil testimonio de nuestra presencia. Sin duda, no será esto lo que nos aliente en el camino de la poesía, aunque tampoco en ese otro, más modesto, que es el de la cultura. Comenzamos, pues, sin esperanzas sensibles, vencidos por una ironía impasible y clarividente, sólo seguros de nuestro sufrimiento consciente, que, por otro lado, aún no se ha hecho tan manifiesto como para transmitirnos un estado de habituación más intenso y puro.

[1] Publicado en *Il Setaccio*, n. 1, noviembre de 1942.

Scanned with CamScanner

No hay momento del día más doloroso que el despertar. Entonces, el mundo, la luz y los hombres se lanzan de nuevo hacia nuestras mentes fascinadas, que se adecúan a éstos y retoman su camino pasmadas por su incapacidad para rebelarse. Semejante al despertar es la juventud y, del mismo modo que el día consume poco a poco el alba que, inerte, se abandona al cambio, así en las generaciones jóvenes, que pasan una tras otra, gritan, llegan a la meta y, una vez en ella, se quedan estupefactas al contemplar a quienes irremediablemente les sustituirán, pesa una capa helada de silencio indiferente. Ahora nos toca a nosotros. La única certeza que tenemos en este estado de espera es la ansiedad que nos consume. Y si la conciencia de que todo permanecerá en silencio nos turba, el esfuerzo constante por conocernos y conquistarnos, que ya casi se ha convertido en una dura tarea, niega cualquier duda con una contradicción casi natural y virilmente adquirida que nos infunde una esperanza aún más secreta. Quizá seamos como el atleta cuya fuerza corporal no exulta en gritos o en alegría y que se concentra y se dignifica en un espasmo que surca de arrugas su bello rostro juvenil; cuando un atleta se entrega a la competición no espera vencer, sino que le posee una amargura a un tiempo frustrante e irónica. Cuando gana, no sabe valorar la victoria que los demás ensalzan y piensa, casi tembloroso aunque lleno de orgullo, en el futuro. Es así como hemos recorrido nosotros los lugares de nuestra juventud que ahora contemplamos a lo lejos, compadeciéndonos de su condición de dolorosa espera. Sin embargo, en el curso de nuestra existencia, ésta se configurará en un lago de clarísima luz; a los veinte años, nuestro esfuerzo e ímpetu se aplacarán en la memoria y ésta será la única edad de la vida en la que el hombre no necesite a Dios; tan ensimismado, tan solo —en un sentido divino— y consciente de sus movimientos, como si estuviese dedicado a una perenne y doliente gestación del mundo.

Que sean suficientes estas últimas consideraciones para tranquilizar, con un sentido de virilidad y de orgullosa alegría, al receloso que haya comprendido el sentido del discurso anterior inade-

Scanned with CamScanner

cuadamente; un discurso que, en esencia, no cambiará si se extrapola a los problemas reales presentes, es decir, a la condición política, social y literaria actual. Y como esto no ocurriría si hubiésemos nacido en una época política, social y literariamente revolucionaria, ¿acaso ahora nos pertenece a los jóvenes la cruda responsabilidad de no traicionar el nuevo sentido de la vida derivado de dicha revolución, es más, de profundizar en él, de sacarlo a la luz y de devolverlo a la historia purificado a través de su completa realización?

Esfuerzo, sumo autoconocimiento, afán interior individual y colectivo y angustiosa sensibilidad crítica serán los atributos que caracterizarán nuestro nuevo entusiasmo, después de que —repito— tanto en el ámbito político, económico y social como en el cultural, procedamos de inmediato hacia un descubrimiento cuya senda habremos de seguir, y no de modo mecánico, sino profundizando con lucidez e intensidad en ella para distinguir en la herencia recibida —en el nuevo sentimiento de existencia— lo realmente nuevo de lo superfluo, de lo residual o de lo malvado. En resumen, nuestra generación pasará a la historia con una expresión excesivamente seria, dado que, gracias a la enseñanza de nuestros padres, situada en un plano superior a aquel desde el cual ellos partieron siendo jóvenes, nos consideramos responsables ante una verdad revelada.

Ante semejante verdad, sentimos que nuestra próxima búsqueda debe hacerse en soledad. Los amigos o los grupos de amigos siempre existirán, porque la simpatía humana y los lazos afectivos nunca desaparecerán, pero, en nuestra opinión, la época de las revistas, de las corrientes, en definitiva, la época de los «ismos» está más que trasnochada, ha quedado relegada al pasado. Durante los últimos meses se ha hablado frecuentemente de nuevos movimientos o, mejor dicho, de condiciones literarias constatadas (como neorromanticismo, neohumanismo, etc.). Sin duda, todas estas denominaciones encierran un elemento justo y vivo, pero, en esencia, todas son falsas. Nosotros no queremos tener un nombre; o mejor, cada uno de nosotros quiere tener su propio nombre. No somos fascistas, pero queremos

Scanned with CamScanner

llamarnos italianos, y aunque no podamos cambiar el significado de la palabra, tampoco querremos llamarnos con nombres genéricos como «modernos» o «tradicionalistas», si «modernidad» o «tradición» no significan más que profundo apego a la vida verdadera.

Sabemos que lo dicho hasta ahora puede obstaculizar muchas vías (o escapatorias) y nos afirma sin posibilidad de retorno. Sabemos, también, que nos une otro compromiso; es más, lo hemos hecho sin temor ni modestia, si es que, de entre los atributos de esa juventud retórica que hemos repudiado, al menos nos queda la soberbia.

Por otro lado, echar un vistazo al mundo literario que nos rodea nos asegura y nos reafirma completamente en que podemos concentrarnos, con las espaldas cubiertas, en nuestra búsqueda. Los jóvenes más dotados de otras páginas juveniles parecen no tener posiciones muy lejanas a las nuestras (citaré a modo de ejemplo un pasaje de F. Arcangeli recogido en *Architrave*: «En el arte, la juventud es una edad que todo verdadero artista desea olvidar lo antes posible o, en todo caso, resucitar con una forma más alta y pura»). En cuanto a los «célebres» de las letras italianas, no tenemos ninguna hostilidad o presunción de superación para con ellos; los aceptamos con cordialidad, es más, con amor. No son pocos los nombres que más admiraremos en nuestra espera. Simplemente, nuestra ambición es mayor. Por otro lado, querido Malaparte, estamos completamente de acuerdo con usted en lo que respecta a las cretinas musas, pero podemos asegurarle que nuestras sensibles narices no perciben ningún olor —ni siquiera exquisito— a cadáver.

En el aspecto, digamos más oficial o nacional, de la cultura, nos sentimos plenamente seguros de la inteligente labor realizada por el ministro Bottai. Además del reciente y conmovedor nombramiento de Ungaretti para la cátedra de Literatura moderna, podríamos presentar una serie de ejemplos que ilustran la inteligencia de nuestro ministro: su «Fronte dell'Arte» [Frente del Arte] es uno de los principios indiscutibles en las últimas

Scanned with CamScanner

informaciones críticas. Es más, como conclusión, querríamos manifestar todo nuestro apoyo y simpatía por el discurso que pronunció en Florencia dirigido a la juventud europea y publicado por *Primato*.

Como hemos visto, no hay nada contra lo que podamos darnos de bruces, nada contra lo que apuntar nuestras armas o dirigir nuestro alboroto. Lo único que nos pedimos a nosotros mismos es ser dolorosamente coherentes con nuestra angustiosa espera y, a los demás, que no nos humillen por nuestros ambiciosos compromisos.

Scanned with CamScanner

RAZONAMIENTO SOBRE EL DOLOR CIVIL[1]

El pensamiento del infinito nos ha alejado de las humildes y afanosas tradiciones de la existencia familiar. El río, el bosque, el prado y la viña que protegieron nuestra infancia y la de nuestras madres han quedado relegados al pasado como una nostalgia paralizada, como un sueño inmutable. Por la noche, en nuestro campo o en nuestra casa, escuchamos entre temblores el paso del tiempo y el brote de los años y de las voces, y así, con lentitud, levantamos nuestros sepulcros en nuestros lugares más queridos.

El infinito que, bajo la apariencia de algo desconocido e inmenso, ha dotado al hombre de movimiento durante el curso de los siglos, ahora yace cansado y *replegado en sí mismo* ante nosotros, que no disponemos de un gesto o un grito para conquistarlo o acabar con él. La viña y el hogar representan el infinito, ya con el alboroto lejano de unos niños, ya con el repiqueteo de la lluvia, ya con el canto, en la habitación contigua, de una madre que envejece.

De este modo, parece que, dentro de ese torbellino de ansias humanas que los siglos han ido despojando de misterio, estemos cayendo, inertes y faltos de curiosidad, en un letargo insomne y atento, en una nenia que canta a lo incognoscible a través de

[1] Publicado en *Il Setaccio*, n. 2, diciembre de 1942.

Scanned with CamScanner

los símbolos afectivos de un pasado que vuelve y de un presente que se consuela dolorosamente con dichos símbolos: en conclusión, parece que, seguros por una experiencia de siglos y siglos y dueños de nuestro destino, hemos cosechado un desierto, un desierto que sólo es sensible a nuestro canto, donde, en los escasos símbolos de la casa natal, de la madre o de aquello que nos es querido, crecen secos esos conceptos que en el pasado marcaron el camino del hombre: lo desconocido, la gloria, el viaje, la lucha, la patria y Dios. Esta soledad poética, esta *turris eburnea* existe, y no es pecado.

No es pecado porque desde este desierto, en el que estamos solos, no nos perdemos dispersados por una piedad retórica y confusa hacia los hombres que nos rodean, pues, en verdad, los asumimos como *parte de nuestra propia naturaleza*, en un acto de amor egoísta que —sin llegar a traicionarse y firme en la tradición de su única existencia— se traduce en un acto civil. (Más allá de cualquier esquema ideal o suprahumanista, en este acto ha de reconocerse una suerte de humildad consciente: he dicho *parte de nuestra propia naturaleza*, y este reconocimiento se ha producido, sin duda, de la manera más ingenua posible).

De este modo, algunos de los conceptos que he mencionado anteriormente regresan más puros a nuestro desierto: los hemos reedificado, y no para contemplarlos, sino para amarlos con más castidad. Nos hemos adentrado en un nuevo movimiento —nuevo para nosotros como lo fue para los muertos y como lo será para quienes están por nacer— y ahora nos sentimos más libres y ávidos de retomar la vida: un movimiento de amor (que nos parece nuevo y, de hecho, lo es, pues de lo contrario no se hubiese producido una de las etapas de la existencia humana), como el que empujó a la mesurada alma griega a surcar mares desconocidos, como el *pedíon plêthos ápeiron*[2]

[2] Πεδίον πλῆθος ἄπειρον (literalmente «llanura de inmensa extensión»): la infinitud del Universo fue una de las afirmaciones que llevaron a Giordano Bruno a la hoguera. (Salvo que se indique lo contrario, las notas son de los traductores).

Scanned with CamScanner

que llevó a Giordano Bruno a la hoguera o a Cesare Battisti al patíbulo.

Quizá nosotros seamos más humildemente hombres por hallarnos más cerca de un infinito que ya no es material, circunscrito al sufrimiento dentro de los límites familiares, y que seguirá creciendo en el futuro. Nuestra búsqueda no se plantea en términos de aventura, de epopeya o de progreso retórico (algo que resuena amargamente en nuestros oídos), sino que se restringe en exclusiva al pensamiento: se presenta más bien como una memoria que se perpetúa en el dolor. Y en este aspecto todos somos iguales: a todos nos falta el héroe capaz de guiarnos como un faro, construyendo los acontecimientos que constituirán el fruto o el premio de la fraternidad o del amor civil.

De este modo, aquellos antiguos atributos de la vida humana que parecían haberse consumido por su uso continuado, han recuperado su valor genuino: la solidaridad, el progreso, la caridad, las costumbres, pero, sobre todo, la patria; un concepto en el que quisiera detenerme. En su significado más puramente abstracto, esta noción parece encontrar dificultades para redefinirse en nuestro querido desierto a través de un símbolo que lo purifique. Con todo, éste es el concepto que, al margen de cualquier explicación crítica —quizá *parte de nuestra naturaleza* por encima de cualquier otra cosa—, ha entrado en nuestro pecho con una nostalgia más dolorosa, con una fuerza y una conmoción como pocas veces ha ocurrido en nuestra vida. (Tal vez sea el peso de la sangre, tal vez sean las voces con las que el padre daba órdenes durante nuestra sorda infancia y que han germinado como semillas en lugares imprevisibles).

Por otra parte, se puede creer poéticamente en la patria como se puede creer poéticamente en Dios. Se trata de una fe que, al imitar la verdadera, es equiparable a ésta; y quizá sea el medio más noble para alcanzarla. Nosotros estamos orgullosos de una fe en la patria semejante a ésta.

Sin embargo, las circunstancias del momento y los sucesos de la guerra exigían orientar el discurso —tras plantear las premisas

Scanned with CamScanner

pertinentes— hacia un análisis del dolor civil. No debería repetir ahora cómo nos despoja este dolor, en nuestro nuevo sentido de la vida, en el infinito que nos comprende, de los viejos remiendos retóricos con los que sobre todo nuestros padres del siglo XIX lo habían adornado. Sin caridad, sin piedad, sin beneficio, sin ayuda o sin posibilidad de lamento: se trata de un dolor que se consume en la conciencia de su necesidad. Es un atributo de los pueblos nobles; es fruto de siglos y siglos de fraternidad. ¿Tendré que incitar a los italianos a recordar su historia, su juventud y sus antiquísimos orígenes? Quizá no sería del todo inútil. Está comprobado que la calidad supera en valor a la cantidad: así, casi tembloroso, me dirijo a quienes tienen conciencia y, por consiguiente, son responsables: *La historia se gana. El premio es directamente proporcional al sufrimiento del deseo. La alegría de quienes más hayan desesperado esperando será mayor.* Éstos son los términos y los fines del dolor civil. El hipotético amor que la patria obtenga de los hombres supondrá más para la historia que las vidas ofrecidas en el sacrificio anónimo que se repite cientos de veces cada día; el deber más doloroso, el medio más doloroso. Por este motivo, me dirijo vehementemente a quienes pueden comprenderme, a fin de que éstos sufran de amor también por los muchos a los que la naturaleza y la educación han privado de esta purísima necesidad. La patria es aquel que la ama, y en esta idea no me ciega la fe.

Scanned with CamScanner

ÚLTIMO DISCURSO EN TORNO A LOS INTELECTUALES[1]

En el segundo número de esta misma revista, referí el siguiente pasaje de una columna publicada en *Primato*: «Convencidos como estamos de que la guerra, con la diversidad de sus aspectos y con la complejidad de sus acciones, ataca cada vez más y de una manera más clara la cultura, que es patrimonio inalienable de la patria y de la que directamente derivan los presupuestos de esta guerra, continuemos con nuestra labor plenamente confiados y conscientes». Y lo comenté como sigue: «Como es natural, suscribimos plenamente estas afirmaciones. Sin embargo, desearíamos que en las revistas y en los periódicos literarios no se insistiera tanto en la posición de los literatos. ¿Alguna vez se le ha ocurrido a alguien justificar, o en todo caso poner de manifiesto, la situación de los obreros y de los trabajadores?». Para mí, y para nosotros, el asunto terminó aquí. Pero no para la prensa italiana que, desde hace meses y sin mostrar síntomas de renuncia, viene prolongando la cuestión sobre los intelectuales y la guerra con una serie de polémicas continuas. Para mí, la correlación «intelectuales-guerra» no sólo es inadmisible, al no existir entre ambos términos ningún nexo lógico, sino que,

[1] Publicado en *Il Setaccio*, n. 5, marzo de 1943.

Scanned with CamScanner

además, para nosotros, los intelectuales (si es que queremos llamarnos con este terrible término), resulta ofensivo y, me gustaría añadir, nocivo para esta nación en guerra. ¿Tendré que remitirme en estas líneas al viejo debate sobre la posición civil de los intelectuales? Una posición que siempre, e inevitablemente, ha permanecido oculta y desvirtuada. En cambio, ¿debería reivindicar —una vez más, en vano— su excelsa utilidad para dar a una civilización nacida de oscuras condiciones económicas y sociales anteriores, la razón última, más profunda y duradera? A nosotros nos gustaría que nuestra posición de intelectuales por fin tuviese la misma consideración que una profesión y, como tal, que fuese respetada. Y no hablo sólo de respetar el aspecto y la obra más *útil* de los intelectuales, o sea, la labor de creación, de poesía, sino también el trabajo más humilde —y, ojo, en absoluto gratuito— de la literatura. (No queremos polemizar en estas líneas con un pasaje del reciente discurso de Goebbels según el cual, entre las cosas que no admite el estado de guerra, se incluyen las páginas y la tinta empleadas en debatir controversias literarias baladíes, aunque, si la cuestión se limita a si debe aceptarse o no una palabra extranjera, un neologismo, etc., en ese caso estamos de acuerdo).

No obstante, se me podría objetar (y la objeción llegaría del partido que entabla la polémica, más oficial por una parte pero más iletrado, retrógrado y provincial por otra), se me podría objetar, decía, que hoy en día se les está pidiendo a los intelectuales que se adapten al estado de guerra ejerciendo precisamente —como avanzaba unas líneas más arriba— un oficio definido y útil: el oficio de la propaganda.

Y aquí reside el equívoco, y se trata de un equívoco entre vocación y vocación, entre oficio y oficio. Para hacer propaganda buena y útil, se requiere una naturaleza y una preparación similares a las que se necesitan para ser un buen literato o, por poner otro ejemplo, para ser notario. Se trata, por tanto, de una profesión: y como en cualquier profesión, no hay lugar para la improvisación. Hay que buscar los elementos adecuados y educarlos. No se puede pretender que, de buenas a primeras, un

Scanned with CamScanner

hombre, porque sea una buena pluma y haya escrito alguna que otra buena crítica, sea capaz de cambiar de pronto sus intereses, su *forma mentis*, sus aspiraciones y llene las páginas de su revista de argumentos para los que no está educado o, simplemente, guarde silencio. Que guarde silencio, es decir, que ponga fin a su labor, que caiga en la inercia, en el tedio, como si a un campesino le quitaran su laya o a un leñador sus utensilios. Y que desilusionado de la vida civil, incluso de los asuntos que más le importan, quizá quiera serle de utilidad realizando algún trabajo peor considerado que, al menos, le ayude a sobrevivir.

Así las cosas, francamente considero que nadie puede pretender que los intelectuales se adapten a la guerra realizando una labor de propaganda (a menos que lo hagan como uno de esos «trabajos ocasionales» a los que he aludido un poco más arriba, es decir, como un oficio de verdad, con *competencia*). Con todo, se me podría hacer una objeción más: que los intelectuales no deberían adaptarse al estado de guerra con una propaganda que aceptasen (o rechazasen) como obligación; al contrario, su propio entusiasmo y fe deberían hacerles sentir espontáneamente la necesidad de hacerla.

En este caso, el discurso adquiere cierta gravedad. Por desgracia, no rebatiré que dicha objeción no tenga fundamento en todos los casos. Sin embargo, podríamos superarla dialécticamente, observando que los intelectuales —hombres, como los notarios o los albañiles— pueden dar cuerpo a su fe de mil maneras diferentes a la propaganda (o, peor, al silencio), y que es lícito pretender de ellos que no manifiesten su fe de ningún otro modo más que intensificando el trabajo en el que tienen competencia. No podemos afirmar que esto no esté ocurriendo o, al menos, gestándose, ahora mismo en Italia.

(Mi madre y yo estamos sentados en la habitación que ha custodiado primero su infancia y luego la mía. De pronto, en su interior, en el silencio de la noche, resuena una voz: es un niño que, delante de la puerta de casa, está llamando a un amigo. Ese grito ya no me provoca nostalgia del pasado como antes, nostalgia de mi niñez, o tímidos temblores, sino que me recuerda con

Scanned with CamScanner

un nuevo dolor el tiempo que vivimos. Por un momento, me presenta ante los ojos, con más viveza, los rostros de mi padre y de mi mejor amigo, que la guerra ha arrastrado consigo. Al primero, hace dos años que no lo veo. Del segundo ya no tengo noticias, y paso mis horas más tristes imaginándolo en Rusia, herido, perdido, prisionero... Pero tengo delante la dolorosa mirada de mi madre, y querría expresarle todo esto, pero no puedo: es demasiado intenso, violento, doloroso).

Scanned with CamScanner

LA CARRETERA QUE VA DE MUSI A PORZÛS[1]

Estimado señor director:

Han pasado tres años desde el día de la masacre de Porzûs, pero yo aún no sé afrontar esa «dificultad de infinito» que protege la vida de mi hermano Guido y su sacrificio voluntario frente a nuestras interpretaciones desordenadas[2]. Sin duda, «interpretar» Porzûs sigue siendo, tres años después, una operación delicada, casi intempestiva: dos partidos, con un cielo fronterizo y asolado de fondo, se disputan la competencia necesaria para extraer aquellos hechos de las terribles crónicas de 1944 y 1945 e interpretarlos en un plano conciliador de historia o leyenda. Podemos admitir que Bolla era quizá un caso de nacionalismo *in fieri*, y que su negativa a unir las fuerzas osovanas con las garibaldino-eslavas presenta alguna imperfección, algún vicio de origen. Sin embargo, lo que no podemos admitir, para apoyar la interpretación democristiana, es que haya que trasladar todo

[1] Carta abierta al director de *Il Mattino del Popolo*, publicada el 8 de febrero de 1948.

[2] Se denomina masacre de Porzûs al asesinato, entre el 7 y el 18 de febrero de 1945, de diecisiete partisanos de la Brigada Osoppo —una formación de orientación católica y laico-socialista—, a manos de un grupo de partisanos pertenecientes al Partido Comunista Italiano y vinculados a la Brigada Garibaldi y al IX Korpus, una unidad del ejército de liberación yugoslavo muy activa en la actual Eslovenia. Entre los ejecutados se encontraban el comandante osovano Francesco de Gregori (nombre de batalla *Bolla* y tío del cantautor homónimo), y el hermano del autor, Guido Pasolini.

Scanned with CamScanner

el episodio, sin restricciones, a un plano de patriotismo con función antieslava y anticomunista.

Como hermano de uno de aquellos muertos, yo me niego a prestar mi dolor en calidad de argumento válido para apoyar la tesis de un partido que se ha erigido en protector y defensor de los mártires de Porzûs contra otro partido en cuyas filas militaban los asesinos. Y es que sé —por el amor púdico y confidente que me unía a Guido—, sin miedo a equivocarme, que mi hermano y sus compañeros se encontraban en una relación con sus asesinos que era... sencillamente la antinomia Bien-Mal. Así pues —para quien busque la verdad sin vendas en los ojos—, ellos no murieron en nombre de la «Patria», sino en nombre de lo que el símbolo «Patria» representaba en 1945 para quienes luchaban contra los alemanes. Es decir, murieron en nombre de esa Espiritualidad que, al ser una categoría del hombre, también existía potencialmente en sus verdugos. Por lo tanto, si queremos que sigan viviendo en nombre de dicha Espiritualidad, es en ellos en quienes hemos de pensar, y no en los caducos símbolos humanos por los que dieron la vida.

Pues bien, el año pasado, durante la ceremonia conmemorativa en Porzûs, tuve que escuchar palabras que, lejos de reconfortarme, me encolerizaron, pues de ellas se colegía, entre invocaciones a Dios y a la Patria, que mi hermano, sus comandantes y sus compañeros habían muerto «inútilmente», ¡toda vez que los comunistas eslavos nos habían arrebatado una parte del territorio nacional! Ahí es donde nos puede llevar una interpretación interesada, es decir, obligada por el juego de los partidos a postular una «utilidad». En realidad, la utilidad incorruptible se cumplió precisamente a través del martirio, de la elección de la muerte, de la ejemplaridad del sacrificio —y, por tanto, fuera de las circunstancias determinantes—. Pero frente a la tesis retórico-patriótica de los democristianos se encuentra la tesis dialéctica de los comunistas (que prefieren, eso sí, pasar en silencio sobre el asunto), igual de inaceptable. Ellos, al menos eso es lo que supongo, están convencidos de que el nacionalista osovano Bolla tenía que ser eliminado, y con él sus compañeros «inocentes»;

Scanned with CamScanner

y creen, con mayor o menor sinceridad, que el acontecimiento forma parte de la necesidad implacable de la historia del partido. Sin embargo, existe otra necesidad implacable, otra historia, que exige que los «errores se paguen», y no hay dialéctica que se oponga al curso natural de la justicia.

Mis compañeros comunistas harían bien, creo yo, en aceptar la responsabilidad, en prepararse para la expiación, pues es la única manera de borrar esa mancha roja de sangre bien visible sobre el rojo de su bandera...

Discúlpeme, señor director, si me he dejado arrastrar así por mis argumentos, pero sólo aquello que está aclarado y resuelto se presta a un debate sereno; en cambio, sobre los acontecimientos de Porzûs aún no hay nada «aclarado y resuelto», y yo no puedo por menos que hablarle de ellos con pasión... ¡Cuántas veces no habré pensado en la imposibilidad de aceptar la injusticia que pesa sobre la muerte del partisano Ermes, mi hermano, en cuán incompatible es la idea de su persona con la de su muerte! Basta con saber que el 8 de septiembre ya estaba en el campo de aviación de Casarsa, arriesgando la vida para robarles armas a los nazifascistas, y desde entonces no pasó ni un día en que no se dedicase en cuerpo y alma, con la pureza y la bondad propia de los dieciocho años, a la causa de la Resistencia. Llevaba periódicos y manifiestos desde Pordenone, donde estudiaba, a Casarsa, y los repartía por el pueblo durante el toque de queda; luego iba a robar armas a los cuarteles; hacía propaganda con un entusiasmo que rozaba la imprudencia. Y todo eso en el seno del PCI. Su maduración política había quemado etapas: él había pasado sin crisis, casi con la pureza de un acontecimiento natural, desde la infame ignorancia en que el fascismo sumía a sus jóvenes títeres hasta la luz de la idea política a la que su generosidad sin reservas lo llamaba irremediablemente.

Luego partió hacia Pielungo, hacia Savorgnano al Torre, hacia Musi: un año épico. Conozco algunas de sus empresas, de un valor conmovedor. En enero de 1945 estaba con Bolla y Enea en Porzûs, donde los osovanos se reorganizaban después de la desastrosa redada de noviembre. Entretanto, Guido se había

Scanned with CamScanner

inscrito en el Partido de Acción. El día que mataron a Bolla y a Enea él estaba en Musi con su amigo D'Orlandi para no sé qué misión, y volvían juntos a Porzûs. Y entonces varios de sus compañeros (que, apostados en un caserío cercano, se habían percatado de la traición y se estaban retirando) avisaron a los dos jóvenes del peligro. Pero ellos no querían ni oír hablar de volver sobre sus pasos y, de hecho, ¡echaron a correr hacia Porzûs para ayudar a sus amigos! A menudo pienso en el tramo de carretera entre Musi y Porzûs recorrido por mi hermano aquel fatídico día; y mi imaginación se vuelve radiante como el candor ardiente de la nieve, de una ignota pureza celeste. Y Guido está tan vivo... Veo en él toda la historia de nuestra existencia familiar, de nuestra educación, de los ideales a cuya luz se vivía de manera casi inhumana, es decir, sin esos egoísmos y esas distracciones, acaso envidiables, que nos diferenciaban de nuestros compañeros. Nosotros siempre habíamos dirigido nuestros pensamientos a no sé qué empresas heroicas y generosas; nuestros juegos siempre estaban cruelmente interesados en la realización de una fantasía obsesionada por lo Bueno y lo Malo. Pero ahora me doy cuenta de lo sincera e intacta que era la naturaleza de Guido, de la enorme convicción con la que creía en la *verdad* de nuestra historia familiar y en la *certeza* de nuestros ideales. Al verlo caminar entre Musi y Porzûs hacia una muerte que él escogió para serle fiel a una vida tan breve pero de la que estaba tan convencido, a veces me siento incapaz de combatir la angustia, y me parece que, para él, su madre, sus libros y sus juegos han de valer más que cualquier otra cosa de este mundo. Y entonces lo llamo para que dé media vuelta, para que vuelva a Musi: «¡Guido!», le grito. Pero Ermes sigue caminando erguido, seguro, sin arrepentimientos.

Scanned with CamScanner

OTRA EDUCACIÓN

Scanned with CamScanner

POR OTRA PEDAGOGÍA Y OTROS LIBROS DE TEXTO[1]

Ya desde el principio hay demasiadas inhibiciones en la escuela: se trata de una institución que, al requerir un gran consenso, se fundamenta en el compromiso y se orienta hacia lo genérico. También aquí el más hábil (entre los que enseñan) es el menos libre: no debemos esperar que un educador sacrifique continuamente su libertad por intimidaciones que para otros (por ejemplo, para los padres de los alumnos) son sagradas. En conclusión, hay una serie de equívocos que no deben sino a su carácter vetusto esa aura de inviolabilidad según la cual oponerse a ellos es sinónimo de escándalo. Uno de estos equívocos consiste en la paremia (tan usada en las escrituras cristianas) *puro como un niño*, que puede interpretase perfectamente como *puro como el niño que hay dentro de un hombre*, y en ese caso no es aplicable a quienes, juzgándolos estrictamente por su fecha de nacimiento, definimos como niños. Un profesor que haya superado la barrera del escándalo y reconozca su inclinación cristiana hacia el niño sabe que lo único que es lícito que envidie de él

[1] Publicado en *Il Mattino del Popolo*, 26 de noviembre de 1947.

Scanned with CamScanner

es la credibilidad de la «primera vez», el estado de *ante amorem*: no envidiará nada más, sabedor de las vilezas, las aversiones y las reminiscencias que constituyen el ánimo de ese hombre impotente que es el niño. No es a su corazón al que debería dirigirse —un corazón tan fácil de vulnerar que sería inicuo incluirlo en sus cálculos pedagógicos— sino a su inteligencia, que no representa más que su capacidad de comprometerse. La curiosidad es el único *instinto* que el educador puede aprovechar como es debido. Llegamos, pues, a un segundo equívoco casi secular, al menos en la escuela pública u oficial: que con el chico hay que comportarse como si nos moviésemos de lo más alto a lo más bajo, es decir, hay que descender a su mundo, a la simplicidad de su mundo. Esto es una completa imbecilidad. Al contrario. Tendrían que ser duros con él, ¡porque lo que el niño busca no existe en su mundo! De hecho, está fuera de su mundo, está en el nuestro: sus problemas son los nuestros, así que es inútil dejarlo sumido en un letargo que sólo lo daña y lo atormenta. Los niños detestan todo lo que es razonable: por este motivo, en general detestan la escuela, *no estudian*. («Es inteligente, pero estudia poco», dicen los buenos profesores a los buenos padres; y así todo queda silenciado. Sin embargo, la inteligencia no es inversamente proporcional al estudio: el que es inteligente estudia. Lo que se espera es que el profesor, una vez que se haya dado cuenta de esto, despierte en el alumno la conciencia de la inteligencia, de la que nacerá el deseo de estudiar. Lo decíamos unas líneas más arriba: hay que estimular la curiosidad; después, cualquier objetivo será bueno: tanto conocer la conjugación del verbo *videor* como la relación entre los sexos opuestos, pasando por el *a priori* de Kant o las bailarinas de variedades).

Hoy en día, la escuela se ha vuelto tremendamente razonable: es una especie de gimnasio en el que el niño está obligado a hacer un ejercicio que sólo le aporta la capacidad para distinguir de inmediato lo respetable y lo distinguido de lo escandaloso y lo original, considerando, como ocurre en este caso, que la Verdad resida en los segundos términos de esta distinción. En

Scanned with CamScanner

general, para un chico que sólo desea la aventura, la escuela no representa ninguna aventura excepto por el alboroto del recreo o el caos de los ejercicios de griego (excluimos, evidentemente, a los que gozan de una inclinación natural o de una sensibilidad innata para la ciencia). Tercer equívoco: la preocupación moralizante, la constante didascalia... ¡Ay, cuánta mediocridad! ¿Acaso un asesino que lee la historia de otro asesino se pone de parte de la víctima? Analizando la moraleja de la fábula, ¿quién nos garantiza que el profesor no obedezca a un deseo de venganza o a una intimidación que permanece amenazante en su interior desde su infancia? Los niños, tras haber escuchado la fábula, han perdido el interés y se pliegan, ¡oh, inocentes!, a la moral: es un modo como otro cualquiera para ignorarla. Pero la moraleja (es decir, lo esencial, lo útil) se halla únicamente en el propio lenguaje de la fábula, va de la mano de la curiosidad suscitada. Supongamos el caso de una moraleja que se aplica sin delicadeza alguna: la fábula enseña que no hay que matar, pues, en efecto, sería inútil; por lo tanto, más que implícita en el nexo, la moraleja se hallaría más bien en la compasión provocada no hacia la víctima, sino hacia el asesino. Ahí tendría lugar la aventura: ¡el mozo del Pirata Verde no es devorado y acaba viajando a lomos de los delfines!

Hemos descrito tres equívocos esenciales, imputables, única y exclusivamente, a la mediocridad humana, que, esta vez, se presenta más sólida y anticuada que nunca en los textos a los que debemos atenernos para educar a algunos de los niños tal como nos ha encomendado el destino.

No hablo de las gramáticas. Las gramáticas son tan divertidas, están tan llenas de esas sorpresas por las que el niño siente predilección en su afán de personificar y con las que, el profesor, al hacer antropomórficos los adverbios, las preposiciones, etc., puede permitirse toda la libertad que quiera. No hablo de poemas épicos (aunque de esto sería conveniente contar con ediciones que presentasen una tipografía más decente), ni de los ejercicios de latín ni de otros textos similares que, en todo caso,

Scanned with CamScanner

merecerían ser objeto de un análisis más específico, de tipo profesional. Me refiero a la *antología*, que, en el fondo, sigue siendo el libro más exquisito *ad usum delphini*[2].

Precisamente ahora tengo en las manos una de estas antologías cuyo extraordinario título ya constituye de por sí su denuncia y su quintaesencia. Sólo Dios sabe de dónde sacan los títulos los compiladores de estas antologías: son auténticas antiguallas y hasta del revés están sujetos a la misma interpretación que puede derivarse de un lapsus. En ellos están contenidos todos los equívocos propuestos con suma ternura: la denominada *inocencia* del niño respetada jesuíticamente, la sencillez mantenida hasta su disolución, aunque, por fortuna, marginada por la obsesión didascálica que, por su parte, tiñe estas páginas de un gris que no puede sino provocar rechazo en el ánimo audaz del chico. En otras palabras, el típico triunfo de un poeta como Zanella que, para este caso, resulta ejemplar, rodeado por un nutrido grupo de «buenos» escritores del siglo pasado —cuando no son fragmentos anecdóticos extraídos de «recuerdos de infancia» o de descripciones de vidas infantiles que, por otra parte, no conmueven lo más mínimo a los chicos, cansados ya de su *propia* infancia—, cuya única dificultad estriba siempre en el ambiente propedéutico o moralizante, algo que, irremediablemente, pasa inadvertido al niño, quien se queda tan sólo con nociones inútiles. Como siempre, el siglo XIX está desastrosamente representado: algunos escritores (Bacchelli, Cardarelli, Baldini, Betti, etc.) aparecen en páginas tan alejadas de su personalidad y de su lenguaje que nada tienen que envidiar, en grisura, a sus colegas del siglo anterior. Evidentemente, nuestros poetas (que para un compilador de antologías escolares deben de representar lo más horrendo del plantel y cuyo hermetismo debe de resonar en los oídos de ese buen hombre con un temor inquisitorial) ¡son

[2] Literalmente «para uso del delfín». Esta expresión latina procede de una colección de clásicos grecolatinos con la que estudiaba el Delfín, título del heredero del rey Luis XIV de Francia. Eran textos expurgados de pasajes escabrosos y en cuyas cubiertas rezaba precisamente la fórmula *ad usum delphini*.

Scanned with CamScanner

demasiado difíciles! Al contrario. Podemos asegurar que lo difícil (que también es lo novedoso) siempre apasiona a los niños: sí, se trata de una auténtica pasión, como la pasión que sienten por el juego.

Todavía recordamos con placer la felicidad que experimentaban algunos de nuestros colegiales (de entre diez y trece años) cuando se les leía «El capitán» de Ungaretti: la felicidad consistía en el mecanismo voluptuoso del descubrimiento. En definitiva, se trataba de apartar la hierba para acechar a un misterioso insecto. Cuando yo aparté las dificultades, no las fantásticas, sino las lógicas, y ellos, detrás de esas palabras difíciles, leyeron una historia, una leyenda, les dio un brinco el corazón. Su interés y su afán despertaron y crecieron cuando, después de la explicación, recité la lírica de manera que la cursiva, la redonda y los espacios en blanco adquirieron algún *valor* para ellos, transformándose, como por arte de magia, en las inflexiones de la dicción y en la vibración de la voz.

Scanned with CamScanner

LOS AUTÉNTICOS EDUCADORES[1]

El niño acaba la escuela primaria más o menos con dos naturalezas: una, la suya, que está a su mismo nivel, caracterizada por una gran naturalidad capaz de transmitir esa idea tradicional del niño como un todo lleno de misterio y de inocencia, como un todo inaprensible; y la segunda, constituida por la tectónica exterior de las intimidaciones y de los prejuicios, que, en la práctica, son los apriorismos que fundamentan sus opiniones y sus decisiones (la primera intimidación despiadada y severa tiene lugar con el bautismo, aunque se trata de otra cuestión). De este modo, si, por un lado, el impúber consigue demorar el placer hasta la morosidad y la recaída y sabe silenciar los vetos gracias a la gratuidad y a la espontaneidad de su condición (la timidez, la vergüenza, la inocencia no son sino armas que emplea para tal fin), por otro, en su fuero interno ya se han consolidado las nociones o convicciones que anteceden y preparan los conformismos de un adulto: evidentemente, no hay nadie que acepte a Dios y sus imperativos morales (el Paraíso y el Infierno) más convencido y de mejor grado que un impúber. Él, el Gratuito, vive en el mismo corazón de la Autoridad: aunque ame a su madre, ¡a quien admira realmente es a su padre! Con diecisiete años,

[1] Publicado en *Il Mattino del Popolo*, 25 de diciembre de 1947, firmado como «Erasmo Colus».

Scanned with CamScanner

cuando el hombre alcanza su momento más específicamente cristiano, cuando atraviesa fuertes contradicciones que llegan al punto del dramatismo y éstas se concentran en dos polos, el de la razón y el del espíritu, creemos que tiene lugar ese momento en que las dos naturalezas dejan de soportarse. Además, en la mayoría de los casos, los apriorismos y las intimidaciones acaban imponiéndose automáticamente a lo auténtico, provocando el nacimiento del adulto «en serie».

Si el problema se plantea en estos términos, es fácil intuir cuál debería ser la función del educador-profesor: su función debería consistir en una labor de liberación y depuración que fuese a contracorriente de la autoridad fosilizada (lo que explica por qué es absurdo que la religión sea obligatoria en las escuelas: ¡la religión se conquista, no se aprende!), en virtud de la cual volviese a florecer en el impúber su verdadera naturaleza. Y puesto que es obvio que su naturaleza primigenia e individual, al fin y al cabo, no constituye más que su potencialidad para pecar y, por tanto, para redimirse a sí mismo (es decir, pecaminosidad en el sentido negativo y positivo del término), lo que el educador debería hacer es mantener al niño en este estado para crearle el buen hábito de la introspección, por irregular que éste sea. Los educadores que hacen lo contrario (como ocurre en la inmensa mayoría de los casos), en nuestra opinión actúan como una especie de demiurgos de la infelicidad y de la angustia, ¡mientras que ellos se consideran sabios dispensadores de salud! De hecho, al mantener inmersos a sus alumnos en un ambiente de categorías y de axiomas, de obediencia y de confianza, no hacen sino infundirles la ilusión de la «seguridad» en la vida (en los adultos) y sedimentar en el ánimo de los niños una serie de equívocos que sientan las bases de la desilusión en el peor de los casos y, en el mejor, de la superficialidad. Sin embargo, es perfectamente demostrable que, desde el principio, el niño puede adquirir conciencia no sólo de su propia excepcionalidad, sino también de la de los demás, asumiendo de este modo su existencia con un estado de ánimo crítico y polémico. De hecho, la crítica debería ser lo primero que

Scanned with CamScanner

cultivase un niño, aunque así desmitificase una infinitud de ídolos: el primero de ellos, el propio profesor, que debería mostrar a sus alumnos toda su humanidad más inmediata e imperfecta y mantenerse lo más alejado posible de la fuerte carga de convencionalismos que caracteriza a la gran mayoría de los profesores. La dignidad, la distancia, la indeterminación de una vida física y sexual... ¡cuántos monstruos se ciernen amenazantes sobre el niño! Así, el profesor se convierte en una especie de fetiche al que el niño tributa su terror más o menos consciente. (Con esto no queremos aprobar el comportamiento cercano de algunos profesores «excéntricos», ¡por Dios!, ni tampoco el lenguaje cuartelero que emplean otros porque no encuentran un modo mejor de humanizarse... El objetivo de nuestra controversia no es el profesor severo, sino el profesor convencional, pues no vemos razón para que el niño deba arrastrar durante toda su vida la sombra de este fetiche y, dado que le pone motes y lo caricaturiza en la pizarra a la hora del recreo, casi nos sentiríamos tentados de decir que, al fin y al cabo, esta burla es su salvación, ¡su salvación consciente!). Pero ¿cómo se puede crear en un niño el gusto por la crítica y provocar la caída de sus ídolos? Evidentemente, introduciéndolo en un ambiente de escándalo y de incertidumbre, donde las cosas «eternas» no sean las que aprende de memoria, sino las que más se parecen a sus vocaciones (por ejemplo, las que desarrolla jugando): la pasión de crear, la curiosidad, el impulso de dominar... Y aquello que más tarde se transforma en la denominada «virtud como premio», es decir, en una pasión autosuficiente. Queda esbozada, de este modo, la finalidad de la educación como creación de una cultura.

Scanned with CamScanner

POESÍA EN LA ESCUELA[1]

La poesía tiene una función muy clara y concreta en la escuela, aunque se la suele juzgar con mucha imprecisión cuando se le atribuyen datos meramente culturales o sentimentales. Nosotros creemos que, al menos en los colegios (aunque también, tal y como están las cosas, en los institutos), si el estudio de la poesía se ofrece sin sus premisas estéticas, sin sus planteamientos filológicos, y se presenta muy vagamente en el espacio histórico y social, ésta no hace sino vivir al margen de la cultura —cual documento *ante litteram*, instrumento sin aplicación, testimonio sin reflejo en los hechos—. Una poesía que se limita a ser leída (como en los colegios) o que se contextualiza someramente (como en los institutos) adquiere valores diferentes, se aísla en un tiempo que objetivamente no es el suyo, de suerte que, a pesar de enriquecerse con sugestiones inesperadas y sugerencias a menudo perentorias, no constituye una forma de cultura, ni siquiera esquemática. En la mayoría de los casos, antes bien, constituye la falsa cultura con la que se sale de los institutos y de la que vive el burgués. Tampoco se puede dar crédito a la opinión de quien otorga al estudio de la poesía una relevancia meramente pedagógica, como si la lectura de un texto

[1] Publicado en *Il Mattino del Popolo*, 4 de julio de 1948.

Scanned with CamScanner

poético tuviese un valor ejemplar, en el sentido plutarquiano de la palabra. La gravedad de este error queda documentada en la elección de los textos «edificantes», que van desde *La cometa* de Pascoli hasta los recovecos del romanticismo más tardío. Claro que, para ser imparciales, de la lectura de poesía como función educativa no podríamos excluir por completo un aspecto cultural (aunque en ese caso hay que explotar y aclarar los elementos culturales, sobre todo lingüísticos que, partiendo de una lectura aislada, crecen hasta alcanzar el estado de pura sugestión) ni un aspecto sentimental, si damos al atributo un significado estricto de «educación sentimental», de modo que la pureza, la generosidad, etc., no surjan del contenido de una poesía leída ilícitamente a un nivel narrativo, anecdótico (por cierto, ¿cuándo llegará el crocianismo[2] a las escuelas? Todos los jóvenes profesores, crocianos constitucional e inconscientemente, aunque mal preparados, vuelven a convertirse en estudiantes una vez están frente a sus alumnos, y retoman las costumbres de sus viejos profesores, dignos de aparecer en *Corazón*[3]). Antes al contrario, la pureza, la generosidad, etc. —es decir, el eco de una humanidad consagrada a intereses no prácticos—, han de sugerírseles a los alumnos a través de una interpretación formal, es decir, haciendo girar ante sus ojos, con una especie de cámara lenta rudimentaria, la operación poética, que siempre es una metáfora, un paso del orden sentimental al orden verbal. En cualquier caso, es evidente que si el profesor no *sabe* cuál es la función de la poesía en la escuela y acepta una interpretación consuetudinaria, leyéndola y explicándola al pie de la letra, no sólo hará un

[2] Es decir, la doctrina que sigue las propuestas de Benedetto Croce (1866-1952), pensador italiano que concebía la historia como un horizonte puramente gnoseológico, de modo que ésta no arraiga en el pasado, sino que está viva en cuanto su estudio está motivado por un interés que surge en el presente como deseo de conocimiento.

[3] Libro infantil de relatos escrito por Edmondo de Amicis y publicado por primera vez en 1886. Ambientado en la Unificación de Italia, el texto tiene el claro objetivo de enseñar a los jóvenes ciudadanos del Reino las virtudes civiles: el amor a la patria, el respeto por las autoridades y los padres, el espíritu de sacrificio, el heroísmo, la caridad, la piedad, la obediencia y la paciencia ante las adversidades.

Scanned with CamScanner

esfuerzo inútil sino también dañino, pues, a ojos de sus «bárbaros» (en el sentido griego de la palabra: que hablan otra lengua) alumnos, la operación poética, ese insigne producto de la civilización, se volverá injustificada. Así pues, si este examen negativo ya muestra, al menos en parte, los valores que cabría descubrir en la lectura de un texto poético en la escuela, que son sobre todo valores ejemplificativos (un texto que se convierte en una mónada donde determinados motivos culturales y psicológicos, vastos y originarios, se concentran y encuentran una fuerte vida fantástica), está claro que al estudio de la poesía se le quiere dar un carácter crítico, al menos *in nuce*. En términos pedagógicos, el estudio de la poesía está estrechamente relacionado y se complementa con el de la gramática y la sintaxis, aunque es un ejercicio más elevado. Vemos así aclararse la función de la poesía en la escuela como *conciencia lingüística*, como iniciación a la *inventio*, tras la aclaración gramatical, sintáctica y fraseológica de la institución lingüística, del *inventum*. Pero si tenemos en cuenta que a mayor profundidad sentimental, a mayor descubrimiento interior, corresponde una mayor profundidad y un mayor descubrimiento lingüístico, y *viceversa*, veremos la enorme importancia que puede tener la poesía cuando activa el mecanismo mental que conduce de la introspección a la expresión y viceversa. He aquí un deber pedagógico concreto, incluso profiláctico: una toma de conciencia y una superación del instinto y la costumbre, que conduce al chico a *ser consciente* de sí mismo y de su ambiente.

Pero ¿qué textos poéticos habrá que leer en un colegio? La respuesta es fácil si se piensa que tienen que servir, ante todo, como enseñanza de la lengua, ejemplos de metáfora, de transcripción y de invención. Así pues, habrá que seleccionar dichos textos de entre los escritos por los poetas vivos, que usan una lengua *viva* no sólo a nivel léxico, sino a nivel de la concepción del uso expresivo y la elección de los sentimientos expresados. Siguiendo estas premisas fue como pude obtener algún que otro discreto éxito en mi pequeña clase de sexto de primaria de Valvasone (aunque se trataba de chicos de familias campesinas,

Scanned with CamScanner

que no habían sido educados mediante una intervención personal y directa de los padres, sino a través de una iniciación tradicional y mecánica al entorno y a sus costumbres. Además, todos ellos pertenecían al círculo lingüístico friulano, y tenían que traducir continuamente, con gran esfuerzo, del friulano al italiano, pues nadie se preocupó de enseñarles este último de manera sistemática. He aquí un punto muy oscuro de la organización escolar italiana, que *ignora* completamente el dialecto y, lo que es peor, a las minorías que hablan otras lenguas —algo que sólo se explica como un estúpido residuo nacionalista—. Hay millares de alumnos friulanos —y sin duda también ladinos, sardos, sicilianos— que acaban la primaria sin saber hablar, no digamos ya escribir, en nuestra lengua. Quizá sea único el ejemplo de una maestra, la señora G. C., que enseña a sus alumnos de segundo de primaria a elaborar primero sus «ideítas» en su friulano de Prodolone y luego a traducirlas).

La enseñanza de la poesía es muy reveladora desde el punto de vista didáctico, sobre todo si se introduce la cuestión en el ámbito de la problemática propuesta con insistencia y pasión por los conocidos como «activistas». De hecho, es precisamente al examinar en términos didácticos las características de una lectura poética cuando la tradición autoritaria y la innovación activista (el método «europeo» y el método «americano», según la generalización de Foerster) revelan sus datos profundos. Y es que resulta muy evidente que el comentario de una poesía leída a chicos de doce años corre el riesgo de convertirse en la cosa más absurda y antinatural del mundo si se concibe y se realiza según un principio de autoridad cualquiera (ya sea filológico o estético, gramatical o moralista) que se convierte en una imposición didáctica. Sin embargo, también está claro que un chico de trece años no es capaz de participar de manera activa (es decir, con una intervención directa y un mínimo de eficacia, o con los medios que una escuela activista superficial ofrece gratuita e ingenuamente) en la traducción de una poesía en términos lógicos o en paráfrasis equivalentes. Así las cosas, lo razonable es que el profesor recurra a un clemente principio de autoridad

Scanned with CamScanner

(que podría ser: la necesidad de la poesía como el medio de comunicación más elevado y el medio de interpretación más fidedigno de una sociedad), y que al mismo tiempo despierte en el alumno esa curiosidad y esa pasión que, de manera natural, eliminan el esfuerzo de una atención «pasiva».

Scanned with CamScanner

ESO QUE LLAMAMOS CULTURA

Scanned with CamScanner

MARXISANTS[1]

¿*Marxisants*? El francés y el tipo de sufijo aplicado a la raíz me hacen dudar de la definición empleada tanto por Roversi (con perplejidad) como por Scalia[2] (irónicamente) en el primer número de *Officina*. Y yo, que no soy un político ni un lector habitual de sociología, no debería sentirme capaz de corregirla. Pero el término *marxisants* de mis amigos me exige las novedades más relevantes referentes a las perspectivas que se están conformando actualmente, bien en sentido de progreso, bien en sentido de retroceso, después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética: no sólo perspectivas políticas, sino también ideológicas, literarias y metodológicas en pro de la frustrada renovación comunista y de los diferentes movimientos innovadores internos y externos, de disidentes, de *marxisants* o, mejor dicho, de neomarxistas (véase *Pasado y presente*[3]), de excomunistas y también de hombres leales que permanecieron en las filas del partido de Togliatti[4].

No obstante, para un observador de paso e incompetente como yo, no parece anunciarse en el horizonte ideológico una reconstitución generadora y simplificadora del comunismo. Así

[1] Publicado en *Officina*, n.º 2, mayo-junio de 1959.

[2] Roberto Roversi y Gianni Scalia colaboraron como redactores junto a Pasolini en la revista literaria *Officina*.

[3] Pasolini se refiere a la obra de Antonio Gramsci, *Pasado y presente*, Barcelona, Gedisa, 1977.

[4] Palmiro Togliatti (1893-1964) político italiano y secretario general del Partido Comunista Italiano desde 1927 hasta su muerte.

Scanned with CamScanner

pues, ¿puede un escritor conjeturar un neocomunismo sumido aún en las oscuras tinieblas de su posible realización y, en consecuencia, plantearse un comportamiento y una apariencia nuevos o, en todo caso, las repercusiones éticas y estéticas en las superestructuras en las que interviene?

No, por supuesto que no. Sin embargo, puede preverse, suponerse o plantearse alguna solución, alguna hipótesis: ahora la oposición marxista debe luchar contra una nueva forma de capitalismo, un capitalismo iluminado desde ciertos puntos de vista y, por consiguiente, más duro. Así pues, las normas y las instituciones que dirigieron su lucha también necesitarán una renovación.

No voy a entrar a analizar esta cuestión, pues carezco de medios para hacerlo. Sin embargo, no hay que olvidar que el neocapitalismo está absorbiendo estratos asentados del proletariado y reconquistando estratos de la burguesía progresista; una circunstancia que coincide con el ya patente fenómeno de aumento de las desigualdades entre clases que parece ser la característica más significativa del neocapitalismo: más riqueza para el más rico y más pobreza para el más pobre.

Las zonas más deprimidas de Italia, que se extienden incluso hasta el corazón mismo del país (en los suburbios de la periferia de la capital, por ejemplo), se han convertido en un fenómeno *in vitro*, de laboratorio. Nunca he visto tanta miseria como la que vi hace poco en Nápoles o como la que veo cada día en Pietralata o en Primavalle, a dos pasos del Vaticano y del Parlamento.

Haciendo uso de mi terrible intuición, pues no tengo datos, creo que la situación es aún peor de lo que se pueda imaginar o afirmar: el país está al borde del abismo en el que en parte ya han caído algunas de esas zonas deprimidas. Y la conclusión a la que, con simplicidad y, por supuesto, ingenuidad, llego, es que el Partido Comunista tendrá que convertirse en el «partido de los pobres»: digámoslo claro, en el partido del subproletariado.

Esto implicaría una renovación sustancial de su organigrama, que podría llevar incluso a una inesperada regeneración

Scanned with CamScanner

total del marxismo; un repentino cortocircuito en una máquina que parecía funcionar a la perfección: orden dentro del orden enemigo.

El hecho de que el comunismo, abocado a esta situación por una necesidad histórica, en parte imprevisible e imprevista, haya de transformarse para convertirse íntegramente en «el partido de los pobres» no significa que, en un ámbito ideológico-literario, haya que prever una especie de nuevo populismo, de nueva manera humanitaria. Al contrario. Este momento de declive del comunismo, entendido como una renuncia necesaria y parcial a basar su acción en la «aristocracia» obrera y en una tradición de inteligencia ideológica y filosófica, coincide con el redescubrimiento —consciente y elaborado— que está experimentando el escritor de una condición propia, «elegida», de un carácter propio esencialmente «aristocrático».

Considerando estas circunstancias, no desde una óptica rígida ni ortodoxamente marxista, los elementos del clasicismo y del raciocinio intelectual, si es que no de la razón, se revelan como momento absoluto de la historia de una gran burguesía liberal.

Y ahora me gustaría pedirles a los tontos, y a los que fingen serlo, que me entendieran: no hablo de una vuelta, sino de una justa restitución historizante de algunos datos efectivos que no se pueden negar, silenciar o dramatizar. A la superación de estos datos hacia una nueva totalidad sobrehumana, fideísticamente marxista, sana, filopopular y leal a los cánones comunistas, se han dirigido los esfuerzos de tantos imbéciles en los últimos doce o trece años: compañeros de viaje de un partido que se fundamentaba en presupuestos estalinistas, en una involución, y más inflexibles por definición que los propios comunistas conformistas.

Estos elementos, que históricamente pertenecen a una cultura anterior, decadente y hermética en la provincia italiana, pueden rastrearse a cada paso, en cada estilema de estos literatos y marxistas aficionados. De este modo, los críticos del bando contrario han sabido jugar sus cartas brillantemente, creando un

Scanned with CamScanner

clima de confusión al destacar como buenas y relevantes estas ridículas publicaciones.

Los problemas que originaba la adhesión al comunismo como partido del pueblo (la renuncia mística —autolesiva—, la fenomenología estilística, la hipocresía —incluso la justificada moralmente—) hasta su maduración histórica actual están ya superados y son ahora otros.

Ni renuncia, ni misticismo, ni hipocresía: sea lo que sea, ha de aceptarse, historizarse y, por consiguiente, modificarse mediante un racionalismo pleno y sólido. De esta manera, se está configurando un interregno, una fase de asentamiento entre la nueva sociedad neocapitalista —con sus nuevas alienaciones ilustradas y despiadadas— y el marxismo, en su intento de adueñarse de un nuevo tipo de «dominado», como una especie de vuelta al origen.

En este periodo transitorio, el escritor encuentra de un modo concreto (esto es, en el acto de su labor primigenia: inventar y crear) una cantidad inmensa de material. La escala fenomenológica es vastísima en este mundo complejo y antitético, lleno de circunstancias sumamente características y sumamente típicas a la vez, que se están dando en una sociedad que, en un momento de especial calma, eficiencia y casi optimismo, se halla, paradójicamente, a las puertas de la mayor crisis que ha sufrido. Por un lado, existe un modelo de aceptación de dicha sociedad que supone una asimilación absoluta hasta el punto de excluir, en los diversos niveles sociales y culturales, todo tipo de crítica, objetivación e historización, con un consecuente desarrollo de la personalidad basada en contradicciones existenciales (vitalismo en las clases bajas y conformismo en las burguesas). Al mismo tiempo se perfilan modelos de no aceptación de dicha sociedad, con un consecuente desarrollo de la personalidad (digamos del personaje) de acuerdo con un proceso histórico basado en contradicciones dialécticas... Así como modelos en los que el progreso interior de los individuos concretos, aunque permanezca en una fase existencial, caótica, involucionada, queda corregido por la existencia objetiva de un progreso

Scanned with CamScanner

dialéctico, evolutivo, absorbido, si bien de manera esquemática, por las ideologías operantes... Creo que un escritor, como tal, nunca ha tenido a su disposición un mundo tan rico y complejo.

En el terreno propiamente de la ideología, está claro que no podemos permanecer al margen de las prefiguraciones, de las anticipaciones de pensamiento que, poco a poco, están madurando como consecuencia de las circunstancias, de las necesidades y de la praxis. Desde arriba urge (se trata de la necesidad más imperante que sentimos todos los que dirigimos esta revista; es más, es la razón que motivó su nacimiento) sentar las bases de una nueva metodología crítica que sustituya el eclecticismo actual, aunque no sea en absoluto apolítico[5], que una la historización crociana[6] con la interpretación marxista, la exhumación spitzeriana de una época mediante un estilema con la búsqueda lukácsiana de la sociedad a través de una expresión artística específica, etc.

Es posible que no se llegue más que a una definición plena y consciente de este eclecticismo natural, hasta convertirlo en un medio cognoscitivo de una realidad compleja y estratificada: un instrumento de transición para un periodo histórico de transición.

No obstante, también en el ámbito de la reflexión ideológica, habrán de cumplirse otras acciones secundarias: en primer lugar, la revisión de la manera de asumir al subproletariado como objeto literario por vías que no consistan ni en el viejo populismo ni en el objetivismo, también populista, de finales de la posguerra. En segundo lugar, la definición de los términos de una lucha, que también es práctica, contra el nuevo tipo de alienación que amenaza al intelectual (véanse las páginas de Roversi citadas en el primer número). Es un dato

[5] En el original italiano *qualunquista* designa el movimiento político de derechas nacido durante la posguerra italiana como rechazo a cualquier ideología o sistema político. Posteriormente, el término se cargó de sentido peyorativo y designa una actitud de indiferencia, desafección o escepticismo ciudadano hacia la política y las instituciones del Estado.

[6] Véase nota 2, p. 46.

Scanned with CamScanner

incontestable: nosotros escribimos para la burguesía, el diálogo se establece con ella; un diálogo angustioso porque ésta no responde, sino que actúa, rechaza e impone. Ya no se trata de una burguesía reaccionaria o católica, sino de una burguesía *americanizante* —en este caso sí que funciona el sufijo—, despiadada a la hora de emitir juicios, protestante o puritana, dominante, severa, satisfecha en su conformismo relativo a la eficiencia de su trabajo y de su producción, del mundo que está construyendo a su alrededor.

Está claro que a una burguesía de esta naturaleza el marxismo le produce más apatía que angustia. Mientras el marxismo se regenera —esperemos que lo haga desde dentro, de la mano de un espíritu libre y fuerte, de la mano de un *marxisant*—, la burguesía se ha adueñado de lo real y lo ha convertido en una entidad absoluta, no amenazada por contradicciones (como un mal maniqueo o la nada existencial, que hasta ahora se han mantenido lejos) y, por tanto, metahistórica.

Es natural que la burguesía exija al literato, por un lado, una forma de «exquisitez» que, no obstante, no será la misma «exquisitez» de hace veinte años, replegada en sí misma, difícil, irracional o terriblemente racional, sino una «exquisitez», podríamos decir, «de relación», sociológica, actualizada (piénsese, como ejemplo típico, en el fenómeno de la abstracción), y, por otro, junto a esta función «artística» que hay que proteger y apoyar, la burguesía neocapitalista exigirá al literato, cada vez con mayor insistencia, una función sacerdotal como concreción de la metahistoricidad de lo real: una figura que sea guía «espiritual», que tal vez ya no será la del católico estetizante, sino, por ejemplo, la de un duro puritano inteligente y desaprensivo.

Esta desprovincialización, que, en mi opinión, se está produciendo especialmente en las zonas industriales del Norte (mientras que en las deprimidas, en el Sur, todo parece hundirse en el provincianismo más sórdido, tumultuoso y católico), requiere una consistencia ideológica más fuerte, clara y rigurosa por parte del intelectual de la oposición: la fe, el populismo y el compromiso son cuestiones superadas. En la conducta moral y

Scanned with CamScanner

mental, así como, naturalmente, en la labor creativa cotidiana, existe una serie de objetivos inmediatos más difíciles que implican un respeto mayor por el adversario y por su tradición, tan violenta pero valientemente renovada.

Hay que convencerlo de que el escritor no es un especialista, no es un técnico del estilo, no es un representante del sacerdocio ni un guía de comportamiento ético como concreción histórica del flujo vital en un impreso, sino que es algo que está en él mismo, en el hombre práctico y productivo, es lo mejor de él: en definitiva, es él como ser pensante, es él como hombre (incluso el más pobre del lugar más pobre de la Tierra), a punto de ser eliminado por él mismo, por el mundo, a punto de dejar de existir.

Scanned with CamScanner

CONTRA LA TELEVISIÓN[1]

Naturalmente, he visto el *San Francesco* de Liliana Cavani con el interés de una persona que ha rodado una película parecida[2]. Y esto es lo que he entendido: que un católico moderno no puede abrigar el sentimiento de lo sagrado y su ritmo, pues se ha familiarizado con la religión, se ha hecho con el sentido y el ritmo de su vida. Cavani ha elegido a sus personajes de entre su entorno familiar y laboral; parece que no conoce otros: su «invención de rostros» se limita al realismo pequeñoburgués. Todos los «rostros» de la película, el sudor y la mezquindad de sus frentes, la expresión de los ojos, son de trabajadores, de profesionales, de estudiantes, de obreros aburguesados (con la idea que tiene de la religión hasta el empleado de banco más honrado como «lugar» finalmente ideal para su excentricidad, su interpretación poética e inevitablemente mezquina de la religión): en definitiva, en todos los rostros que ha elegido Cavani anida, ora intensa y enferma, ora inefable, a modo de una segunda naturaleza, la *vulgaridad* (exceptuando la preciosa cara de

[1] Texto inédito, escrito en 1966. (Llamamos «texto inédito» a aquel que no fue publicado en vida del autor).

[2] Pasolini podría referirse aquí tanto a su película *El evangelio según San Mateo* (1964) como al episodio de *Pajaritos y Pajarracos* (1966) en el que aparece un san Francisco de Asís barbudo y marxista, estrenada exactamente al mismo tiempo en que escribió este texto.

Scanned with CamScanner

Lou Castel, que no es italiano como sus improvisados compañeros de reparto). Cavani demuestra ser un alma sincera y honrada. No conoce —quizá no le haya dado tiempo a pensarlo— el ideal pequeñoburgués que trataba de modelar la religión, adaptándola mediante una ruptura apriorística de los esquemas. Los pocos personajes populares que aparecen, elegidos en los lugares en los que rodaba (por eso son campesinos), no proceden de un entorno pequeñoburgués: son hombres y mujeres del pueblo, sumisos y pudorosos, aunque, por momentos, miserables y perversos. Para esto ya existe la Corte de los Milagros, que se divide en una suerte de corporaciones integradas por mendigos o enfermos que no parecen pertenecer a la realidad; por eso, no sé cómo se ha podido interpretar y alienar así el alma indefensa de san Francisco.

Me he dado cuenta de que en esta película todo el realismo y su representación probablemente sean pequeñoburgueses. Es una nostalgia de la realidad. (Del mismo modo, también el «realismo socialista» es producto de una cultura retrógrada y, como dice Moravia, clasista en un sentido particularista, generada en relación a las enormes masas campesinas rusas mediante el fenómeno de la burocracia, como única realidad dinámica del dogmatismo estalinista, etc.).

Pero vayamos a la televisión. Siento tener que decirle esto a Cavani con tanta crueldad: su película es un producto típicamente televisivo, quizá del futuro más inmediato. A través de él la burguesía italiana (los telespectadores) ha conocido a san Francisco integrado en un ambiente burgués, ha visto su santidad como neurosis, su protesta como la falsa y escandalosa acción de un *hippy* del siglo XIII. Y lo transmite, con la placentera agitación que produce el escándalo, al público más conformista. La televisión trata de llenar su programación así, con productos de este tipo. Como he dicho, Cavani parece no abrigar ese sentimiento de lo sagrado, que es absoluto y mítico, y muestra un ritmo interior que no es realista: una película «sagrada» no se puede rodar como las películas de Vittorio De Sica, con planos largos, con tres o cuatro actores en una misma escena, con

Scanned with CamScanner

primeros planos sesgados, con detalles realistas, etc. Por ejemplo, el Cristo de la iglesia derribada, si quiere ser «sagrado» ha se ser frontal o «picado» hasta su máximo expresionismo: no puede ser alegremente «picado», apenas con una llama que lo ponga en situación y lo ambiente, etc. Tal vez por esto Cavani no siente la ofensa de la televisión: esta máquina de vulgaridad y de mezquindad no le ha provocado la más mínima irritación. Ella se halla entre hermanos (católicos y pequeñoburgueses), y sin duda yo la considero objetivamente mejor que todos ellos. Sin embargo, es ella quien cree que debe eximirse de juzgar a estos hermanos y quien, tal vez por humildad, considera ridícula la idea de hacer apostolado entre ellos, y cree que la autenticidad de su catolicismo reside en su sinceridad ajena a la crítica. En cambio, ahora el escándalo lo halla en la propia crítica. Dicho catolicismo no consiste en buscar el escándalo, ni siquiera el menor escándalo que puedan permitir los directivos de la televisión (para ocultarse).

¿Qué quiere ocultar la televisión (Bernabei, Granzotto, etc., etc., y ahora también Paolicchi[3])? Quiere ocultar la indecencia de ser la expresión concreta mediante la cual se manifiesta el Estado pequeñoburgués italiano, de ser depositaria de la *vulgaridad* y del odio a la realidad (enmascarando algunos de sus productos con la fórmula del realismo). Por ello, lo *sagrado* está completamente prohibido, porque lo sagrado sí que escandalizaría de verdad a las varias decenas de millones de pequeñoburgueses que todas las noches se reafirman en la estúpida idea que tienen «de sí mismos» delante del televisor. Quizá haya alguna protesta (por parte del sempiterno diputado cristiano demócrata de provincias) contra el notorio escándalo del realismo de *San Francesco*, pero lo «sagrado» ni siquiera sería reconocible; quizá no habría que protestar contra el escándalo, porque, ante ojos incapaces de reconocerlo, sería ridículo. En definitiva, es impensable

[3] Ettore Bernabei, director general de la televisión pública italiana (RAI) entre 1961 y 1974; Giovanni Granzotto, periodista y administrador de la RAI entre 1965 y 1968; Luciano Paolicchi, administrador de la RAI entre 1968 y 1972.

Scanned with CamScanner

que los directivos de la televisión consideren la posibilidad de aceptar una manifestación de lo «sagrado» como ésta, con unos ritmos inconcebibles para el pequeñoburgués. Por eso, me dedico a hacer discursos completamente arbitrarios y vanos. (Efectivamente, es impensable que, por ejemplo, *La macchina mondiale* de Volponi se adapte a la televisión, como es de esperar, con fidelidad al libro).

La televisión exhala algo que es terrible, algo peor que el miedo que debió de producir en el pasado sólo pensar en el tribunal de la Inquisición. En efecto, en lo más profundo de la televisión hay algo que se parece al espíritu de la Inquisición: una división clara, radical y chapucera entre los que pueden pasar y los que no. Sólo pueden pasar los imbéciles, los hipócritas, los que son capaces de decir frases y palabras vacías, o los que saben callarse —o callar cuando hablan— o al menos callan en el momento oportuno, como hace, entre otros, Moravia cuando lo entrevistan o participa, por ejemplo, en «mesas redondas», siempre vergonzosas y pedantes, obviamente. Quienes no son capaces de callar no pasan. Una regla como ésta no se deroga. Y es precisamente en este aspecto —pensadlo bien— donde la televisión hace su discriminación neocapitalista entre buenos y malos. Ésta es la indecencia que debe encubrir y para la que, sin embargo, crea un velo de falsos «realismos». Referiré como ejemplo una situación que se produjo en el programa *Cordialmente*[4] (llamado a cumplir precisamente una función de falso realismo: naturalmente, el infierno, el infierno de la condena de los verdaderos buenos, se abre a los pies de sus titulares). Hasta anoche tenía cierto respeto por este espacio (y también por *Tv7*[5]): un respeto del que ahora me avergüenzo, pues este respeto significaba aceptar lo «menos malo», la conciencia del mínimo civismo, etc., etc. Después de que el presentador dijese unas palabras amargas y pudorosas, de repente veo que se pega

[4] Emisión cultural de la segunda cadena de la RAI donde se daba respuesta a las preguntas de los espectadores sobre ciencia, historia, arte, actualidad, etcétera.
[5] Programa informativo de la RAI.

Scanned with CamScanner

al respaldo de la silla como cohibido, como si no fuese capaz de atreverse a dirigir la mirada a los espectadores, alarmados al escuchar que lo que íbamos a ver era una «realidad» tan dolorosa que sus compañeros y él habían tenido una profunda crisis de conciencia, que no sabían si debían emitirlo o no, pero, al final, en un acto de valentía heroico, lo emitieron. De repente, veo la cara de Piero Morgia. Piero Morgia era un habitante de los olvidados suburbios romanos que conocí hará unos diez años (y que siguen existiendo tal como eran entonces), al que elegí para dos de mis películas[6]. Durante estos años se ha labrado una carrera —por decirlo de algún modo— trabajando en muchas películas y ha llegado incluso a protagonizar portadas de varias revistas muy populares... Pues bien, ese pedazo de «realidad» era él, evidentemente cobrando por ello (pues ya tiene un caché fijo), pero la voz que confesaba a los espectadores consternados que él era un pobre ladrón... una voz que me resultaba familiar... una voz que buceando en mis recuerdos... ¡sí!, era la voz de Silvio Citti, el hermano pequeño de Franco y Sergio[7].

Una canallada. No obstante, visto con frialdad y distancia, quizá sea una de las cosas más honestas que puede hacer la televisión.

Giorgio Bassani también recordará su etapa de directivo de televisión como una de las razones que le harán dudar de sí mismo y de su dignidad. Mi viejo amigo «inteligente y pródigo» se había vuelto irreconocible y evasivo por momentos. Ese aire presuntuoso, vago, cómplice y extremadamente serio y circunspecto que caracteriza a los personajes que aparecen en pantalla o tras ella había empezado a invadir, como si la contagiara, su cara tensa e hinchada, propia de quien padece la fiebre del heno.

Hasta el mismísimo Attilio Bertolucci, que ahora dirige *Approdo*, ya no es él. Lo digo públicamente y con gran dolor. Sí,

[6] Se trata del personaje de Pio en *Accattone* y de Piero en *Mamma Roma*.

[7] Silvio Citti es el tercer hermano Citti y tiene un papel en *Accattone*. Sergio trabajó con Pasolini como coguionista, era su «diccionario parlante» del dialecto romano y tiene también un pequeño papel en *Accattone*. Franco Citti es el actor, conocido por sus papeles en la mayoría de las películas de Pasolini o en la segunda y la tercera parte de la trilogía de *El Padrino*.

Scanned with CamScanner

el miedo, su timidez, su angustia ante el mal y esa sonrisa, esa «sonrisa maliciosa bajo la visera blanda del sombrero, la sonrisa maliciosa de la certeza sagrada de lo incierto», sí, «sus pupilas marrones» sí, estoy de acuerdo con todo; pero ahora debe percatarse de que un rubor intenso, casi pútrido, le está hinchando los miembros y las membranas de la cara: el sudor que le cae bajo el ala del sombrero tiene un carácter impuro, un toque de esa vulgaridad que siempre ha querido evitar a toda costa. Y sus silencios también han dejado de ser lo que eran.

Como llevo un mes gravemente enfermo, postrado en cama, y apenas puedo leer, he visto la televisión todas las noches. Y es inmensamente peor y más degradante de lo que podría suponer la imaginación más desaforada.

La misma noche que emitieron el primer episodio de *San Francesco* hubo un debate sobre la «Libertad del escritor». El moderador era uno de cuyo nombre no me acuerdo, un «elemento» de la televisión que habían puesto ahí para dirigir a los pobres de mis tres o cuatro amigos que participaban en la mesa redonda. Esa cara tenía que garantizar la libertad de la televisión y de Italia. Entonces sentí una profunda envidia por Siniavsky y Daniel, allá en las orillas del Volga, pese a hallarse condenados a trabajos forzados. Sin duda, las caras de los jueces que les han condenado eran desagradables: las caras sordas, ciegas, miopes y algo aturdidas de las *Almas muertas*, con padres que probablemente creían ser el propio Lenin...

Sin embargo, eran las caras de unos jueces que asumían la responsabilidad de la condena que imponían; una condena expresada con tal rotundidad como para eliminar cualquier pretextualidad. Una sociedad campesino-burocrática, clasista, perteneciente aún al clasismo nacido en el xxx[8], que probablemente condenaba a los escritores progresistas, pues su contradicción y contestación —lícita en Italia desde un punto de vista formal— se les presentaba como una «calumnia» y como una ac-

[8] En el original Pasolini no llegó a escribir la fecha.

Scanned with CamScanner

tividad antiestatal. No me gustaría tener delante esas caras, pero serían mejores que la cara absolutoria del tipo que presentaba a mis cuatro amigos. Él conocía, quería, podía la libertad: con la tranquilidad de los fuertes y la ironía de los justos. No sabía que alguien le había puesto la terrible máscara de su rostro negro, la máscara de la vulgaridad y de la falsa idea de sí mismo: una vieja debilidad congénita, una sutileza astuta propia de cortesanos o de estraperlistas, las huellas del hambre pasado durante la juventud, los malos sabores y olores de la pequeña casa burguesa, los duros estudios, una agresividad debida a una autodefensa casi desesperada y afeminada, una maldad pobre que pudo haber tenido todas las absoluciones posibles, una mezcla extraña de olor a incienso con maquillaje de mujer feliz, la presencia, probablemente imaginaria aunque acuciante, de hipotéticos buñuelos grasientos (que sobrecogen el corazón) sobre el impecable traje italiano. Parecía que no supiese que llevaba la máscara del personaje que en realidad era. Regalaba sonrisas de oreja a oreja, doblaba los labios con irónicas risitas que se dirigían más allá de las cámaras, predicando acciones de comportamiento democrático: y bajo su trasero se abría la boca del infierno, donde vive Meleto[9] entre la mierda. «Aquí cada uno de vosotros —decía a mis pobres cuatro amigos— ha hablado con absoluta libertad». Y mis cuatro pobres amigos permanecían en silencio, ¿lo habéis entendido? *Callaban*.

En aquel momento, yo era un telespectador y los miraba a los ojos. Sí, ellos sabían que eran unos miserables. Lo era algo menos Bo, que no tuvo más remedio que decir cosas demasiado obvias para alguien como él y no se había atrevido a cuestionar nada. Pero ¿los demás? ¿Acaso no estaban allí? ¿Eran capaces de decir con toda decencia que en ese programa habían gozado de absoluta libertad de expresión? Lo que me gustaría poner de manifiesto es que ellos habían aceptado en silencio el

[9] Meleto fue el oscuro poeta que, junto a Anito y Licón, formalizó la doble acusación contra Sócrates: corrupción de menores e impiedad ante la religión oficial (los mismos cargos que se le imputaron a Pasolini en sus procesos judiciales en 1949 y 1963).

Scanned with CamScanner

silencio. Se autocensuraban y sabían perfectamente cuándo no debían continuar. Sabían perfectamente lo que no debían decir, como si fuesen niños a los que vigila su padre.

Es consuelo de tontos saber y decirse a uno mismo que en otros países romper un silencio como éste significa una condena. El hecho es que estos intelectuales, al hablar, no se juegan una condena en Siberia, sino el ostracismo de la televisión, que se traduce en una pérdida de prestigio y popularidad. Así pues, callan porque la televisión es poderosa. Y ha adquirido tanto poder en Italia (país de analfabetos y, por ende, país en el que no se leen ni libros ni periódicos) como para representar en Italia la opinión pública. Siniavsky y Daniel han sido condenados a trabajos forzados por hablar; mis amigos, por callar, no han alterado la opinión pública y, de un modo u otro, serán compensados por ello.

Como telespectador, en ese mismo programa donde ahora participaban mis amigos, he visto desfilar, la primera noche y una infinidad de noches anteriores —durante las noches que he estado enfermo—, a una infinidad de personajes: la corte de los milagros de Italia, y se trata de políticos de primera línea, de personas con gran poder sobre la industria y en la cultura; objetivamente, a menudo eran personalidades de primer orden. Pues bien, la televisión los convierte a todos en bufones: resume sus discursos haciéndoles quedar como idiotas —¿con su habitual beneplácito silencioso?— o, en lugar de expresar sus ideas, lee sus interminables telegramas, evidentemente sin resumirlos pero igual de idiotas; idiotas como lo es *toda* expresión oficial. La televisión es una caja terrible que encierra a toda la clase dirigente de la opinión pública, *servilmente servida para obtener el servilismo absoluto*: el mechón blanco de Moro, la pierna corta de Fanfani, la nariz aguileña de Rumor o las glándulas sebáceas de Colombo constituyen un espectáculo representativo, que tiende a despojar a la humanidad de toda humanidad.

¿Cómo podría definirse el mal «contrario a la humanidad» de la televisión? No creo que sea posible plantear una única definición, sino varias hipótesis. Es suficiente con pensar una cosa:

Scanned with CamScanner

¿Cómo se presenta todo, hombres, hechos, cosas e ideas? Todo se presenta como si estuviese contenido en un envase protector, con la distancia y el tono didascálico con que se discute algo que ha ocurrido, incluso hace poco, pero que ha ocurrido y que el ojo del sabio —para quien lo sea— contempla desde su tranquilizadora objetividad, desde el mecanismo que, con cierta serenidad y sin dificultades reales, lo ha generado. En definitiva, siempre se trata de una mente que da órdenes desde arriba, que selecciona las noticias presentando la información y resumiendo los mensajes (y, por consiguiente, ofrece un panorama diferente de Italia). Naturalmente, a un nivel muy bajo (donde se tiene la excusa de la enorme diversidad de destinatarios, niños, gente corriente, etc., etc.), pues sólo se renuncia a ese nivel en el caso de presentaciones «técnicas»: por ejemplo, los comunicados de Sergio Telmon son completamente indescifrables, así como casi todas las notas políticosindicales de carácter legislativo y algunas noticias de la vida industrial y del pensamiento sociológico. Como ya he tenido ocasión de repetir otras veces, podríamos tomar como modelo de todo esto el italiano de Moro. Se trata, indudablemente, del político italiano más importante de los últimos años: no hay duda de que ocupará su lugar en la historia y en la crónica italiana junto a Nenni por haber conducido a la Italia de la sórdida herencia fascista hacia el camino del laborismo —que no es poco—, y es quizá un camino necesario para el que todo lo demás no constituye sino una alternativa nominal. Pues bien, Moro ha tenido y tiene la oportunidad de hacer todo esto *a condición de mantenerlo en silencio*, adoptando, por una parte, la «oscura» oficialidad del documento público, de la conmemoración, de la inauguración, etc., y, por otra, la *crème* técnica del lenguaje propio de las infraestructuras: es capaz de hablar durante un buen rato sin el más mínimo retraimiento o tono humano, sin decir nada, tan sólo diciendo. Se trata de una tendencia global e imprecisa a decir algo cuya sustancia entra en la cabeza del espectador como una verdad procedente de otro lugar —y como guía hacia otro lugar— que opera en el único nivel que el telespectador considera que está por encima de la

Scanned with CamScanner

televisión: el del poder y la responsabilidad, del que él no forma parte pero del que aún recibe una información digna. En verdad, no hay una diferencia sustancial entre los «comunicados» de la televisión y los de la análoga propaganda radiofónica fascista. Lo único que importa es que siempre conforten a oyentes y telespectadores. La televisión de la vida pública, de los acontecimientos políticos y de la elaboración de ideas debe —y siente este deber con rigor— actuar de acuerdo con una selección de elecciones y una serie de normas lingüísticas que, ante todo, aseguren que «todo va bien» y que se trabaja a favor del bien. El bien no puede entrañar dificultades; de hecho, por esto el mundo que presenta la televisión no entraña dificultades. Cuando hay dificultades, siempre se «atenúan» con providencia; si aún no se han atenuado (pero se atenuarán), la lengua informativa oral-escrita del locutor ayuda a dar este sentido confuso de «atenuación». El ideal pequeñoburgués de vida tranquila y modélica (las buenas familias *no deben sufrir desgracias*, pues son deshonrosas a ojos de los demás) se proyecta como una especie de Furia implacable en todos los programas de televisión y en cada uno de sus aspectos. Y, como en la época fascista, todo esto imposibilita una intervención política por parte del espectador: ya existe quien piense por él, y son hombres inmaculados, sin miedo y sin dificultades casuales o corpóreas. De esta situación se deriva un clima de terror. Yo veo con claridad el terror en los ojos de los locutores y de los entrevistados oficiales: no debe decirse una palabra escandalosa —y hasta un mero dolor de estómago constituye un escándalo— si pone potencialmente en peligro la espiritualidad estatal, lo que revela un escenario aún menos optimista: en la práctica, no se puede decir ninguna palabra que entrañe cierta verdad. Todo pasa por la protección: en primer lugar, por la protección del discurso desinteresado y, por consiguiente, reconfortante (el discurso que Sócrates, consternado, pobre, viejo y descalzo, con su miserable túnica, hubiese señalado como la falta más desagradable que puede cometer un hombre, la «misología», acordaos de esta palabra del *Fedón*); en

Scanned with CamScanner

segundo lugar, por la protección del discurso técnico, y la técnica siempre ha sido y será la excusa de la desafección política[10] y la garantía por excelencia, pues un técnico conoce las causas de las posibles dificultades que pueden darse en los engranajes de las cosas y, por tanto, esa conciencia implica, a fortiori, una solución posible, exorciza las dificultades, las aleja en el tiempo y en el espacio, las aísla del panorama del optimismo nacional al trasladarlas provisionalmente a la mesa de un laboratorio. El consejo más escuchado en televisión procede de uno de los personajes «seriales» (y, por tanto, irónicos y desacralizados) de Eurípides:

[...][11]

Pero en realidad la contemplación televisiva es sólo aparente, y no sólo por superficialidad, sino también por una mentira y mistificación consciente. En el terror que reina antes de un programa y dentro de él (el terror de decir palabras, de afrontar algunos temas, simplemente de adoptar ciertos tonos de voz), dicha mentira y mistificación preside toda operación lingüística. En un mes de observación televisiva, *nunca* he sido capaz de captar un solo momento, un solo gesto de simplicidad, de sinceridad, de autenticidad o de humanidad en los políticos —salvo en alguno extranjero—. Ellos y sus tertulianos se ocultan tras una máscara que nunca se delata, que nunca se permite cierta sonrisa, cierta timidez o cierta duda, es decir, la fraternidad. Todo está preparado y calculado, ¡podemos estar tranquilos!, se ha hecho mucho y se hará cada vez mejor. La televisión, pues, es «paternalista»: éste podría ser el eslogan que mejor la define. Los preceptos del padre se incluyen en una rígida lista de lo que se puede o no se puede decir y hacer.

Hay sólo una cosa que escapa a la vigilancia del «padre televisivo» (en esencia, filial, obsesiva, desesperada y aterrorizada),

[10] Véase nota 5, p. 57.
[11] En el original Pasolini no llegó a escribir la cita.

Scanned with CamScanner

y no es posible que se le pase por alto porque se halla en él, en su propia realidad: se trata de la *vulgaridad*. Todo aquello que aparece en un programa y antes de un programa como preparación y organización del envase que protege la información es *vulgar*. No puedo describir en qué consiste dicha vulgaridad, pues sólo quien ha traicionado a la burguesía hasta sus últimas consecuencias es capaz de ver a la burguesía bajo esta apariencia: la vulgaridad es una medida de juicio y una idea del mundo. Y es común a todos los pequeñoburgueses italianos: esta medida y esta idea del mundo representan, además, la medida y la idea que tienen de ellos mismos. Y por ello es vulgar. Y rezuma por todo el cuerpo, en todas sus acciones: incluso en los personajes más inocentes, como los que ha elegido Cavani de su entorno pequeñoburgués para encarnar los «rostros» de su san Francisco. Se trata de una especie de enfermedad que hace de algunas circunstancias naturales (desfallecimiento del cuerpo, debilidad, pérdida de pelo, gordura, delgadez, etc., etc., fenómenos todos inocentes y naturales) una especie de enfermedad, la gran enfermedad del cinismo sin valor, de la cobardía canonizada, de la religión censuradora, etc., etc., de la astucia desesperada de esas gentes de la generación anterior que morían de hambre y de analfabetismo, de racismo natural, de miedo y como la condena al Diferente.

Pero volvamos a la «Libertad del escritor»: Moravia (y él entenderá el afecto que inspira mis desagradables reproches) estuvo brillantemente genial (hecho de una pasta diferente a la de los demás escritores presentes y ausentes, con esas barrigas hundidas en sus tristes calzones, como si su carne fuese portadora de los símbolos y del color noble y espiritual de la aristocracia de la inteligencia), estuvo lúcido, decía, al dejar fuera de juego al pobre tertuliano fanfarrón y sonriente con una frase que pronunció de un tirón y dejó en suspenso: «Si los libros tuviesen el mismo alcance que un programa de televisión, ¿el escritor gozaría de mayor libertad que en la URSS?». Y el ostentador de libertad, que estaba sentado junto a él, manchado por la reciente soberbia televisiva y por el viejo fascismo mal digerido,

Scanned with CamScanner

no pudo por más que callar «con una sonrisa infame». Entonces, ¿por qué Moravia no prosiguió? ¿Por qué, en vez de callarse, no dijo?:

Ningún escritor italiano se atreve a escribir lo que piensa realmente de su nación (ofensa a la nación, contemplada en el código civil).

Ningún escritor italiano se atreve a escribir lo que piensa realmente de la bandera (ofensa al ejército).

Ningún escritor italiano se atreve a escribir lo que piensa realmente de la religión de Estado (ofensa a la religión).

Ningún escritor italiano se atreve a escribir lo que piensa realmente de la policía italiana, pero, sobre todo, de la magistratura italiana.

Y añado: ningún escritor italiano se atreve a escribir lo que piensa de la televisión italiana. Y en este caso específico, *por miedo*, porque no existe aún ningún artículo en el código penal que defienda los intereses de la televisión, es decir, que defienda a la opinión pública como tal. Los escritores no lo hacen por miedo a perder lectores y pequeños privilegios (la televisión es de gran utilidad para vender libros y adquirir popularidad). Pero entonces, llegamos a un punto sobre el que es desleal insistir. Fue Bo el que planteó la cuestión de la conciencia del escritor; en resumen, le dijo: «Te desafío a que te conviertas en mártir por algunas cosas y luego veremos qué te ocurre». Pero no podemos pretender la santidad de nadie, evidentemente. Sin embargo, entre esto y desvirtuar la figura del escritor mediante el chantaje y afirmar que en Italia el escritor es libre, hay un abismo: sí, es libre, pero a condición de que no desafíe el código penal pequeñoburgués, pues, de hacerlo, pagará por ello en primera persona. La cruda realidad es que en Italia Siniavsky y Daniel no han ido a la cárcel porque no existen los Siniavsky y los Daniel.

Segunda parte del *San Francesco* de Cavani. A la Iglesia no se le discute. Mejor dicho, las discusiones tienen lugar dentro de la Iglesia. Es difícil que los creyentes puedan reconstruir una religión como algo nuevo y, por tanto, como algo sagrado. Si acaso,

Scanned with CamScanner

se la replantean como un problema. A un no creyente no le importa que Francisco se niegue a dictar u obedecer reglas por rebeldía y como rechazo a adaptarse, pues, a un no creyente, le parece natural, esto no constituye motivo de escándalo. ¿Cómo se puede ser creyente, necesitar normas y no vivir al nivel de la novedad más alta y virgen? Esto, el no creyente lo da por hecho. Ni siquiera se le ocurriría dedicar una película basada en san Francisco a este tema. Diría que a un no creyente le gusta más el Francisco que habla con los pájaros y hace milagros. La religión occidental, impregnada de laicismo, que ésta considera revolucionario para su propio espíritu clerical (y se equivoca), suele mostrarse escéptica e irónica hacia los milagros. En cambio, los milagros constituyen la religión. Un santo que no vuele, que no desaparezca, que no determine los fenómenos naturales mágicamente, no es un santo, o es un santo occidental, lleno de problemas morales y prácticos, no sólo religiosos. Cavani —con su inocente espíritu laicista— se ha preocupado —ateniéndose a la regla y alejándose del escándalo— de que san Francisco haga milagros: ha occidentalizado al máximo a su san Francisco; le ha quitado a su medievo todo lo fácticamente «oriental» que tenía en sus circunstancias sociales y económicas reales, despojándolo, así, de esa dosis de «religión» pura en que se fundamentaba la neurosis sagrada de san Francisco.

Ha eliminado los elementos «orientales»: la peste, la lepra, la muerte, el hambre, la inmundicia, la desesperanza y la crueldad propia del mundo de san Francisco para introducir elementos pequeñoburgueses. Obviamente, se trata de una violación histórica, como si quisiese decir: «Querido pequeñoburgués italiano, contemporáneo mío, hermano y usuario de la televisión, Francisco de ningún modo era Diferente a ti: él era como tú, su padre era un pequeñoburgués de buena familia y tenía una próspera industria, etc., etc. De modo que te hablo a ti cuando te digo que la pretensión de pobreza de Francisco era artificial, pues él quería ser como los "pobres de verdad". La autenticidad que ha perseguido Francisco es la misma que ahora tú persigues confuso, etc., etc.». Y por eso las instancias socialistas a las que

Scanned with CamScanner

he aludido, así como la prensa comunista (que es pequeñoburguesa) han recibido tan bien la película.

A falta de un mito, e inmersos en el consecuente «caso moral» que lo sustituye en un alma pequeñoburguesa que no cuestiona a la Iglesia sino que la problematiza, la única posibilidad de lo mítico la representan los pequeñoburgueses y los poderosos. De hecho, los «empleados de banca» que aparecen como secuaces de Francisco han resultado ser un fiasco como «rostros» (es decir, como elementos de un mito sagrado), y la pequeña burguesía, porque la contradicción no lo permite[12], difícilmente encuentra una sustitución para el mito: eran pobres y vulgares, y pobres y vulgares se quedan. Los únicos «rostros» poéticos son los del papa y los obispos ante la muerte de Francisco a los pies de sus apóstoles (desnudos, miserables y blancos en la hierba apenina), la escena más poética de la película. Los grandes, las autoridades, los poderosos, son ontológicos para un pequeñoburgués, es decir, misteriosos: son personajes no problemáticos, es decir, *deus ex machina* (de hecho, el papa Inocencio III concede a san Francisco el permiso para predicar desde el *theologeion*[13]) y el obispo Colonna es el vivo intercesor de un retablo; personajes, pues, intachables y, por eso, ambiguos. El «rostro» del papa es el único rostro absoluto y, en su carácter absoluto, desconcertante (como ocurre en los mitos): un rostro algo pueril, extrañamente rollizo como el de las figuras pompeyanas, triangular como el de los bizantinos, dulce, ambiguo, andrógino, inteligente y evasivo: así es la Autoridad del mito. Ésta no se plantea los problemas, sólo los resuelve por razones inescrutables. Y así es la religión. San Francisco y los gallitos de sus compañeros son diletantes religiosos. Su naturaleza es la misma que la de su padre y la de su madre; no puede remediarlo. De ahí deriva su irracionalismo (me refiero naturalmente al san Francisco de Cavani): se trata de una manera típicamente

[12] «Per contraddizione che no'l consente», Dante, *Infierno*, XXVII, 120.
[13] El lugar en el que aparecen los dioses en el teatro griego antiguo.

Scanned with CamScanner

burguesa de afrontar el misterio del Diferente a Uno. Por más que lo intente, este Francisco no consigue ser Diferente, es decir, Santo. Es como los demás. Y se trata de una tentativa laica y democrática, muy loable, de Cavani, pero no podemos decir que tenga mucho que ver con esa delirante naturaleza aristocrática y sublime que caracteriza a la religión: muchos son los que sienten la llamada, pero pocos los *elegidos*. La simplificación de Francisco en un canon de irracionalismo religioso y de pauperismo social lo convierte en un alma noble más que en un santo; conmovedor, sin duda, pues tanto Cavani como el espléndido Lou Castel le han dedicado toda su sinceridad y una pasión cándida e intensa. De este modo, el *San Francesco* de Cavani resulta un producto de la religión burguesa con tintes socialdemócratas que, por supuesto, no son marxistas.

Estas observaciones que hago son moralistas. Con un marxista me abstendría de emplear tanto rigorismo. Sin embargo, un católico aún ha de pasar por este calvario de la pureza ideológica, por este desafío de sus chantajistas arquetípicos. Un católico todavía se plantea problemas de autenticidad, no de rigor, mientras que está claro que la salud de su alma le exige saber con claridad si, aprovechando cierto dinamismo de este catolicismo avanzado, ha de contentarse fingiendo escándalos que no lo son o si ha de conocer bien, en profundidad, todo el diagnóstico marxista que, además, constituye la nueva casuística moral del individuo que actúa en nuestro mundo.

Scanned with CamScanner

ACUSACIÓN DE LA INDUSTRIA EDITORIAL[1]

La primera reacción de un observador objetivo y algo indiferente al enterarse de que un participante del Premio Strega[2] retira su libro momentos antes de la segunda ronda de votaciones es pensar que se trata de una acción incorrecta. Pues bien, lo es. Se trata de una incorrección formal. Ya se sabe que la corrección formal es una de las bases de la convivencia democrática. Pese a que no me haya costado mucho trabajo hacerlo, he debido ejercer cierta violencia contra mí mismo para tomar la decisión de retirarme del premio (según el reglamento, formalmente mi retirada no tiene efectos prácticos: por ello, mis sesenta y dos electores son libres de hacer lo que quieran —que sepan que, por haber llegado hasta aquí, les estoy profundamente agradecido—, entre otras cosas porque, del total de los votos, al menos cuarenta me han llegado por sorpresa).

¿Por qué he ejercido esta violencia contra mis propios derechos y mi respeto por las formalidades democráticas? Porque

[1] Publicado en *Il Giorno*, 24 de junio de 1968.

[2] El Premio Strega, instaurado en 1947, es el máximo galardón literario que se puede ganar en Italia. Entre los escritores que lo han recibido se encuentran: Cesare Pavese (1950), Alberto Moravia (1952), Giorgio Bassani (1956), Dino Buzzati (1958), Giuseppe Tomasi di Lampedusa (1959), Natalia Ginzburg (1963), Tommaso Landolfi (1975), Primo Levi (1979), Umberto Eco (1981), Gesualdo Bufalino (1988) o Claudio Magris (1997).

Scanned with CamScanner

me encontraba ante un dilema: o marcharme incorrectamente (que está mal) o quedarme correctamente (que sería aún peor). Es muy fácil explicar el porqué, pero antes me gustaría resumir todo lo acontecido durante estos días.

Como quizá el lector ya sepa, en la primera ronda de votaciones la nómina de candidatos había quedado reducida a cinco nombres: Bevilacqua (103 votos), yo (62), Cattaneo (56), Barolini (52) y Zavattini (37). Yo había decidido participar en el premio como si fuese un juego (como el que juega a la lotería, que diría Zavattini): para experimentar la satisfacción infantil de resultar premiado. En conclusión, he participado con frivolidad, por el gusto del riesgo, con curiosidad y con vanidad, quizá para agradar a mi madre que, asomada al balcón, esperando a que regresase del colegio, me veía enseñarle la medalla de primero de la clase que me ganaba cada semana cuando estaba en primer curso de primaria (una mala costumbre, ¡pobre de mí!). Pues bien, poco a poco, durante estos días, mi ligereza se ha revelado ingenuidad, y esta ingenuidad, complicidad.

Es cierto que me he presentado otras veces al premio: con *Chavales del arroyo*, en 1955 o 1956, y con *Una vida violenta*, en 1959. Y el jurado (elegido de manera arbitraria, por eso digo que quien decide participar en el Premio Strega decide participar en un «juego» y no en una «competición democrática») decretó mi rotunda derrota. Pero eran otros tiempos, corrían los años cincuenta, los años de una Italia que todavía era paleocapitalista, con su Sur, con su clientelismo, etc., etc. Ahora todo es diferente. Mientras que en aquella época el Premio Strega era, como diría... algo familiar, y presentarse era como jugar a la tómbola con tus vecinos —y, por tanto, había sus pequeños tejemanejes, sus miserables alianzas y las negociaciones de alcahuetas formaban parte de una «corruptela»—, hoy en día, en cambio, el Premio Strega ha pasado a formar parte de la denominada «industria cultural» y se inserta en una Italia burguesa completamente nueva, contra la que ya no se cierne la amenaza romántica y anticuada de una revolución proletaria que, por otra parte, nunca se ha producido. Por tanto, la «corruptela» ya

Scanned with CamScanner

no es un fenómeno parcial que se da dentro de un determinado ámbito social (la vida literaria), sino un fenómeno integral, que afecta a todo el conjunto de la sociedad italiana.

La corrupción imperante en el Premio Strega en los años previos al nuevo rumbo que ha tomado la sociedad italiana no me ofendía de manera particular, y me permitía adoptar un cierto cinismo. Ya no es posible. Este año he aceptado presentarme al premio, me he hecho ilusiones —por culpa de mi naturaleza recalcitrante e incapaz de reconocer el mal y la mala voluntad—, pensando que la situación ya no era tan grave, pero mi ingenuidad me ha llevado a cometer un error. Y sería estúpido que ahora no reconociese públicamente el error y no intentase remediarlo, aunque me equivoque, es decir, aunque de nuevo peque de ingenuidad.

En conclusión, me he enterado de algunos hechos (que, por desgracia, no puedo ni —creo— podré probar nunca) que me han convencido de que el Premio Strega está completa e irremediablemente en manos del arbitrio neocapitalista, de que lo que ocurrió en 1956 no fue una casualidad, sino un precedente y de que este año está ocurriendo lo mismo. ¿Habría de ser cómplice de todo esto? Un editor, por supuesto, está en su derecho de presionar cuanto quiera: sus intereses son de índole comercial. Y sabemos que, ante la competencia, los «patrones», aun aplacados por el nuevo rumbo, son capaces de todo. Sin embargo, mis intereses son de índole cultural: yo también puedo ser capaz de todo y, en mi caso, esto consiste en una única cosa: en protestar. De este modo, me retiro incorrectamente de la segunda ronda de votaciones del premio como acto de protesta: protesta contra la injerencia de la edición comercial en un campo que yo aún considero arcaico, no comercial, que se concreta en la creación de valores falsos y en la supresión de los auténticos. Y digo supresión porque el neocapitalismo no tiene escrúpulos, como así lo demuestra la América más reaccionaria. Circulan órdenes y comunicados: se puede hablar de este libro; de este otro, no; que este libro gane un premio, que este otro, no. En menudo problema te metes, director de revista literaria,

Scanned with CamScanner

si haces una reseña positiva de este libro. Y si tú, escritor, no haces una buena reseña de este otro, me las pagarás; de hecho, ninguna de mis revistas volverá a hablar de ti. Ah, tú, literato, ¿eres amigo de este escritor? Bien, pues traiciónalo, porque, de lo contrario, no te renovaré el contrato con mi editorial. ¿Eres jurado de un premio? Bien, o me das la papeleta o entrarás en la lista de proscritos. Venga, acepta el dinero y dame la papeleta. Ah, ¡qué tiempos aquellos cuando una delegación de votantes del Strega le suplicaba a un escritor (bueno) que se retirase del premio porque la hija de otro escritor iba a casarse y, por tanto, a ella le venía mejor el milloncillo de liras del premio! Ahora la industria editorial tiende a hacer del libro un producto como otro cualquiera, de puro consumo: no necesita, pues, buenos escritores; un fenómeno que se corresponde a la perfección con las exigencias de la nueva burguesía, que parece haberse hecho experta en la situación, consumiendo obras de entretenimiento, de evasión y de falsa inteligencia.

Repito: de ningún modo quiero hacerme cómplice de esta circunstancia. Pero así como odio la complicidad, odio el compromiso. Formalmente, podría haber continuado y fingido ser un concursante democrático y, de acuerdo con Maria Bellonci, avalado por última vez, bien con una victoria, bien con una abultada derrota, el Premio Strega tal como es: un campo de pruebas del consumismo más exacerbado. De hecho, la señora Bellonci me ha prometido que, para el próximo año, el premio se reformará con la finalidad de garantizar que las obras que se presenten tengan más calidad, etc.

No. No me ha apetecido llegar a un pacto así. Creo que sólo una protesta contundente, rigurosa y sin compromisos puede servir para que el premio, en caso de que vuelva a constituirse, lo haga desde cero, cuestionándose desde la base. Estoy convencido de que sólo de este modo podremos tener «otro» Premio Strega: un premio que de verdad garantice que está de parte de los intereses culturales «frente» a los intereses comerciales. Si lo hace mediante pactos, compromisos o silencios, no mostrará una voluntad real de cambio.

Scanned with CamScanner

Para terminar, me gustaría decir que sé que, llegados a este punto, alguien podría preguntarme por qué combato solo, o con unos pocos amigos (los demás concursantes al premio, por ejemplo), esta batalla, y si no existe un «sindicato de escritores» que pueda intervenir con una doble fuerza y autoridad (sindical y literaria), defendiendo a sus afiliados de la auténtica «servidumbre» en la que está empezando a caer la industria editorial. Bien, se trata de una pregunta que yo también me hago y no sé responder, pero a la que, antes o después, habrá que dar una respuesta.

Scanned with CamScanner

VOTAD EN BLANCO, GANARÁ LA CULTURA[1]

Queridos amigos:

Acudid hoy a votar al Premio Strega. No es que sea algo de vital importancia —lo admito—, pero tampoco me parece «cómico» como, incomprensiblemente, le parece a un periódico romano.

Aunque no sea importante, es relevante por estas razones:

a) Los escritores italianos gozan de una fama terrible entre la opinión pública italiana: se los percibe irremediablemente en clave de humor, como personajes sedentarios, chismosos, mundanos, vagos, aquiescentes, vanidosos, *snobs*, mediocres e incluso mezquinos; en fin, como una especie de parásitos de la sociedad italiana, como si formasen parte de una sección del zoo o del folclore nacional, incluso del peor (a causa de su inocuidad).

b) Objetivamente, los escritores italianos han traicionado algunas esperanzas que habían surgido durante la década pasada, cuando estuvieron a punto de sustituir a los mismísimos sacerdotes en calidad de guías espirituales: una vez que ha caído la potencial hegemonía comunista, a la que se debía su éxito literario, hemos regresado al estado anterior. No puede negarse que el espíritu *humorístico* que inevitablemente invade a

[1] Publicado en *Il Giorno*, 4 de julio de 1968.

Scanned with CamScanner

cualquier periodista cuando habla de literatos en general sea del todo injustificado.

c) En este ambiente familiar (provincial) de la literatura italiana está empezado a perfilarse un nuevo momento histórico que afecta a la relación entre el escritor y la opinión pública: tras un interregno breve y confuso, una nueva hegemonía, la de la industria cultural, ha ido sustituyendo la tendencia cultural hegemónica del PCI (o sea, la política de compromiso que el PCI también ha abandonado). Algunos directivos han ocupado el lugar de Togliatti[2] o de Alicata. Sin embargo, Togliatti y Alicata, pese a su cinismo, pese a su diplomacia, pese a su pragmatismo, eran hombres de cultura: eran los últimos representantes de ese tipo de intelectual —al que, por otra parte, también pertenece toda mi generación— que describió Chéjov y conoció y analizó Lenin: el intelectual humanista, de nacimiento o de origen provincial y campesino, es decir, el intelectual preindustrial.

En cambio, los directivos de la industria cultural, por lo general, no son hombres de cultura. Por eso —aunque algunos son mayores que nosotros— pertenecen a un nuevo tipo de intelectual: el intelectual que no conocieron ni Chéjov ni Lenin, que ya no es humanista y, diría, que ya no es humano: se trata de un fenómeno típico de una civilización técnica que está mercantilizando la cultura. En definitiva, la industria cultural sólo puede dirigirla quien está fuera de la que, para nosotros, aún es históricamente la cultura.

Por estas razones, os digo, queridos colegas escritores, que ha llegado el momento de hacer un examen de conciencia no decimonónico.

¿Ha terminado la hegemonía cultural de la izquierda, con sus mitos y sus valores? Bien. ¿Está naciendo otra, la hegemonía de la industria cultural, con sus mitos (del todo cínicos y materiales) y sus valores (inevitablemente falsos)? Bien. ¿Quiere decir esto que deberíamos actuar al margen de toda forma he-

[2] Véase nota 4, p. 53.

Scanned with CamScanner

gemónica? Ahora me sale espontáneamente de los labios una palabra que detesto porque ha adquirido carácter de *senhal*[3]: autogestión. Al final, el literato italiano tiene que politizarse mediante su propia decisión. Con esto no quiero decir que tenga que hacer política, sino que debe reinventarse y desarrollar una política cultural que reivindique su autonomía y su libertad.

Hoy en día, lo que amenaza la autonomía y libertad de la izquierda, y no de manera indirecta, sino más bien civil (antes la discusión y el debate tenían lugar en un plano humanista común), es la furia productiva y consumista de una cultura de otra naturaleza que acabará desvirtuando por completo las característica literarias, si bien modestas, de nuestra nación provinciana, y adulterará todos sus valores al establecer nuevas jerarquías.

Para entender la gravedad y la inminencia de esta amenaza nada remota —tan grave como para mirarla con ese escepticismo que la opinión pública considera tan cómico—, sólo hay que observar algunos de los éxitos literarios y humanos que han surgido durante la reciente campaña electoral del Premio Strega, al amparo, precisamente, de la voluntad de fama de una editorial. (Pienso en concreto en algunos críticos de revistas, amigos míos, que, pese a todo, quiero seguir apreciando).

En definitiva, la brutalidad de la industria cultural no sólo deforma valores literarios, sino que llega a deformar las conciencias y a deteriorar a la humanidad. ¡Nada de guías espirituales! Una vez más, nos hemos rebajado como bufones: no de corte (donde, al menos, existía la alternativa de lo *otro*, es decir, de la pobreza y de la realidad), sino del neocapitalismo (donde lo *otro* lo constituye el consumidor medio y la irrealidad).

En conclusión, todo esto me lleva a pensar que el Premio Strega no es esa tontería sin importancia —un círculo de vanidad pura— que la indolencia política[4] (ala putrescente del

[3] Palabra de origen provenzal que significa «señal», «signo de reconocimiento», «bandera».
[4] Véase nota 5, p. 57.

Scanned with CamScanner

humanismo) quiere comunicar a través de la prensa biempensante. No. La cuestión del Premio Strega tiene que ver con la conciencia, y no sólo en cuanto al futuro personal de un literato como tal, sino también en cuanto a su futuro como hombre y a su labor pública como ciudadano.

La batalla perdida del Premio Strega (y sobre este aspecto no puedo ser optimista) será la batalla perdida no ya de la literatura italiana, sino de la cultura italiana. De ahora en adelante, los libros los escribirán los editores. De este modo, todo aquello que una cultura literaria puede dar a una nación será totalmente negativo, pues se basará en productos de consumo medios donde desaparecerá todo aquello que constituye la función real de un poeta, incluso del menor: la protesta, la contestación, la invención, la innovación, lo irreconocible, la problemática, el escándalo, la religiosidad, la duda, la maldición y la vitalidad.

Así pues, queridos amigos votantes, dejad que la gente que no tiene nada que ver con la literatura, con la cultura y con cualquier tipo de moral que tenga algún viso de verdad, vote el libro que el editor y los organizadores del premio —evidentemente— quieren que gane. Pero vosotros, hombres de cultura, votad en blanco. Sería la primera protesta colectiva de la sociedad italiana, su primer título colectivo digno de mérito.

De hecho, un cincuenta y uno por ciento de votos en blanco sería suficiente para que la literatura italiana —por desgracia representada de una manera muy parcial y arbitraria en el jurado del Premio Strega— obtuviese su primera victoria, expresase por primera vez su decisión de querer ser dueña de su destino y eligiese luchar por una causa que sigue siendo, clarísimamente, la causa justa.

Scanned with CamScanner

TETIS. EL CINE Y LOS CUERPOS[1]

Las formas de un relato literario no son sólo técnico-lingüísticas, sino que también hay formas no verbales y por ende no visibles en la página: por ejemplo, la progresión en el desarrollo de un personaje, los rasgos de su psicología en evolución. La crítica estructural, a través de esquemas y gráficos, es capaz de hacer visibles también estos datos internos. Sin embargo, se trata de una visibilidad abstracta, estadística.

Con el relato cinematográfico pasa lo mismo, porque el autor de una película elige y representa algunos momentos de la vida de un personaje; el resto lo deja en el interior de la película, en aquello que une un plano y otro.

Entre un personaje que aparece riéndose en la primera secuencia de la película y luego desaparece, para volver a presentarse después, llorando, en la tercera secuencia, hay un paso psicológico que no es una *forma* audiovisual, aunque sigue siendo una *forma* de la película.

El espectador, sin embargo, no capta ese paso de la risa al llanto como una *forma*, sino que se comporta como si fuese exactamente igual que un fenómeno de la vida. Es decir, realiza una interpretación psicológica, similar a la que realizaría si en

[1] Publicado en *Erotismo, eversione, merce*, Bolonia, Cappelli, 1973.

Scanned with CamScanner

un momento de su vida se encontrase con una persona que se ríe y, al rato, se encontrase a esa misma persona llorando. El espectador, en la vida, tiene elementos «existenciales» que le permiten interpretar la realidad de esa risa o de ese llanto, pero no cabe duda de que el autor de la película le ofrecerá elementos existenciales análogos.

En conclusión: ante las «inclusiones» de la película, es decir, las *formas audiovisuales*, el espectador se comporta como un «receptor» de la vida real, pero sabe que se trata de una ilusión. En cambio, ante las «exclusiones», es decir, las *formas no audiovisuales*, el espectador se comporta como un «receptor» de la vida real en toda regla: las deducciones y las conclusiones a las que llega para interpretar el comportamiento de un personaje *en la película* siguen el mismo esquema que las usadas para interpretar el comportamiento de una persona *en la realidad*.

Si bien es cierto que la identificación del código del cine con el código de la realidad ante las *formas audiovisuales* (es decir, las partes de realidad del relato «incluidas»: filmadas y montadas) está caracterizada por una mayor vivacidad, la identificación del código del cine con el código de la realidad ante las *formas no audiovisuales* (es decir, los momentos del relato «excluidos» de la grabación y del montaje) es absoluta.

Al igual que ocurre en ese plano secuencia infinito que es la realidad, en el cine el relato consiste en una sucesión de «inclusiones» y «exclusiones». Dicho esto, dado que en una película la elección es estética, debemos deducir que la primera elección estética de un director es qué incluir o qué excluir en la película.

Una elección estética siempre es una elección social: está determinada por la persona a la que se dirige la representación y por el contexto en el que tiene lugar la representación. Esto no significa, ni mucho menos, que la elección estética sea impura o interesada. Incluso las elecciones de un santo son sociales.

Tomemos una escena erótica de laboratorio. Una cámara, un hombre, una mujer. El director se encuentra ante la clásica elección: ¿Qué incluir y qué excluir? Hace veinte años el director habría «incluido» una breve serie de actos apasionados y

Scanned with CamScanner

noblemente sensuales, hasta llegar a un largo beso. Hace diez años el director habría «incluido» mucho más: después del primer beso habría llegado hasta el momento en que quedasen al descubierto las piernas y, casi por completo, los senos de la mujer, añadiendo un segundo beso que claramente precede al coito. Hoy en día, el director puede «incluir» mucho más: puede incluir el propio coito (aunque esté fingido por los actores) e incluso el desnudo integral.

Ninguno de estos tres hipotéticos directores puede ser acusado de no haber realizado elecciones *estéticas*, de no haber llegado hasta el fondo de su compromiso expresivo, de no haber ampliado, con un esfuerzo personal, el espacio que —proporcionalmente— el contexto social le concedía.

Pues bien, parece que llegado a este punto me veo directamente implicado, se me llama al estrado, y tengo que testificar o ilustrar o justificar una experiencia personal y pública a un tiempo. En efecto, como cineasta, durante estos últimos años he realizado uno de esos esfuerzos individuales de los que hablaba, para ampliar el espacio expresivo que la sociedad me concedía para representar la relación erótica. Por ejemplo, llegué a representar el sexo en detalle, algo que nunca había ocurrido hasta entonces. He de decir ante todo que yo mismo, en los años anteriores —ya fuese con las obras, o con las intervenciones explícitamente políticas, y también con mi forma de ser y comportarme—, había contribuido a que la sociedad italiana me concediese ese espacio en cuyo interior pude hacer el esfuerzo necesario para aumentar aún más las posibilidades de lo representable. Fueron las largas luchas de los años cincuenta —ahora arcaicas, incluso míticas— y las de principios de los años sesenta, aún bullentes, las que allanaron el terreno para esta propensión a las reformas y la tolerancia por parte de la sociedad burguesa italiana. Y es que la censura que otrora censuraba un seno descubierto, ahora ha llegado a dejar pasar el detalle de un órgano sexual en primer plano; y la magistratura, que otrora condenaba por una sencilla ilación, hoy está obligada a hacer mucho más elástica la noción sagrada del «sentido común

Scanned with CamScanner

del pudor». Es cierto que en estos meses vivimos amenazados por un regreso al orden (no citaré los ejemplos), pero yo creo que lo que se estabilizó está estabilizado, lo que pasó es pasado. Y si no, quienes lucharon volverán a luchar, para defender, eso sí, las últimas posiciones alcanzadas: no sería lógico pensar que hubiera que volver a luchar para defender posiciones más atrasadas. La amenaza ya no llega del Vaticano ni de los fascistas, que, para la opinión pública, ya están derrotados y liquidados, aunque todavía de forma inconsciente. Ahora la opinión pública está totalmente determinada —en su realidad— por una nueva ideología hedonista, tan completa como estúpidamente laica. El poder permisivo (al menos en ciertos campos) protegerá a esta nueva opinión pública. Y dicha permisividad abarca el eros, que es fuente y objeto de consumo. La sociedad ya no necesita soldados e hijos fuertes y obedientes. Necesita hijos que conozcan las nuevas exigencias y, por ende, conscientes de los nuevos derechos que les han sido concedidos. Pero de eso hablaré más adelante.

¿Por qué llegué a la excesiva libertad de representación de gestos y actos sexuales, hasta, como decía antes, representar en detalle y en primer plano el sexo? Tengo una explicación que me resulta cómoda y me parece adecuada, y es la siguiente: en una época de profunda crisis cultural (finales de los años sesenta), que hizo (y hace) incluso presagiar el final de la cultura —y que, más concretamente, ha acabado por convertirse en el enfrentamiento, grandioso a su manera, de dos subculturas: la de la burguesía y la de la protesta contra ésta—, me pareció que la única realidad que se conservaba era la del cuerpo. Es decir, básicamente me pareció que la cultura se reducía a una cultura del pasado popular y humanista, donde la realidad física era protagonista, toda vez que seguía perteneciendo por completo al ser humano.

Era en dicha realidad física —su propio cuerpo— donde el hombre vivía su propia cultura.

Pues bien, los burgueses, creadores de un nuevo tipo de civilización, no podían sino llegar a la desmaterialización del cuer-

Scanned with CamScanner

po. De hecho lo han conseguido, al convertirlo en una máscara: hoy en día los jóvenes no son más que monstruosas máscaras «primitivas» de una nueva especie de iniciación —falsamente negativa— en el ritual consumista.

El pueblo ha llegado con un poco de retraso a la pérdida de su cuerpo. Hasta hace unos años (cuando yo pensaba en *El Decamerón* y en la subsiguiente *Trilogía de la vida*), el pueblo aún poseía casi por completo su realidad física y el modelo cultural al que ésta se amoldaba. Para un cineasta como yo, que había intuido que la cultura (en la que se formó) estaba acabada, que ya no le daba realidad a nada, salvo (quizá) a la realidad física, que dicha realidad física se identificase con la realidad física del mundo popular era una consecuencia natural.

Así pues, resumiendo: a finales de los años sesenta, Italia entró en la época del consumismo y de la subcultura, perdiendo así toda su realidad, que sobrevivió casi únicamente en los cuerpos y, más concretamente, en los cuerpos de las clases pobres.

Por lo tanto, la protagonista de mis películas fue la corporalidad popular. No podía —por motivos precisamente estilísticos— no llegar hasta las consecuencias extremas de este compromiso. Y es que el símbolo de la realidad corporal es el cuerpo desnudo y, de manera aún más sintética, el sexo. No habría llegado hasta el fondo de la representación de la realidad corporal si no hubiese representado el momento corporal por definición. El pueblo incluso puede ser casto, y llevar una vida monacal; sin embargo —al menos hasta hace pocos años—, no estaba dividido por su sexo. La moral del honor, en el Sur, no envilecía o eliminaba el sexo; es más, lo exaltaba. Y con él, también la represión ejercida por las clases que ostentaban el poder. La castidad y la violencia sexual se veían con naturalidad. Los tabúes creaban obstáculos, no disociaciones.

Como es natural, hubo otras razones —además de ésta, general y profunda, de la que he hablado— que contribuyeron a que eligiera como protagonista de mis últimas películas a la realidad física del pueblo, y la representase en su totalidad. Por ejemplo, el hecho de que las relaciones sexuales me resultan

Scanned with CamScanner

una fuente de inspiración por sí mismas, pues veo en ellas un encanto sin igual, y su importancia en la vida me parece tan alta, tan absoluta, que bien merece la pena dedicarle algo más que una película. A fin de cuentas, seamos claros, mis últimos filmes también constituyen una confesión sobre esto. Y, como cada confesión es un desafío, en esas últimas obras también hay una provocación. Una provocación en varios frentes: provocación hacia el público pequeñoburgués y biempensante (que, por otra parte, no se ha dejado provocar en absoluto, y se ha limitado a reconocer por fin en el cine una realidad que es suya, natural para el público popular, liberatoria para el público burgués); provocación hacia los críticos, que al despojar a mis películas del sexo las despojaron de su contenido y, por ende, las encontraron vacías, sin comprender que había ideología, y vaya si la había, y estaba justo ahí, en esa polla enorme en la pantalla, sobre sus cabezas que no querían entender; y provocación contra el moralismo izquierdista, cuyas vestales se indignaron y gritaron contra el escándalo exactamente igual que las vestales de la tradición (Potere operaio[2] usó el mismo lenguaje, o mejor dicho, las mismas palabras, que el Ministerio Fiscal). Sí, no he querido hacer cine político de intervención, tampoco he querido hacer política novelada. De hecho, dentro de no mucho tiempo más de uno se avergonzará de sus películas de los años sesenta (vergüenza compartida con sus destinatarios). Yo no, yo no me avergonzaré. Por lo pronto, la vergonzosa responsabilidad que se me atribuía por haber creado un género cinematográfico vulgar y comercial ya se ha desteñido, revelándose como el hecho pasajero e irrisorio que era. Si acaso, puedo presumir de haber sido el precursor necesario para las películas de Bertolucci y Ferreri. Además, también *podría* presumir de haber influido con mis películas en las costumbres italianas y en su evolución, en la liberalización de la opinión pública y en la descongestión del

[2] Formación extraparlamentaria de la izquierda italiana, de orientación comunista revolucionaria.

Scanned with CamScanner

«sentido común del pudor». *En cambio, no presumo de ello*. Aunque en *Las mil y una noches* y en mi próxima película, cuya temática será explícitamente la «ideología», *también* seguiré representando la realidad física y su blasón, Tetis, *me arrepiento* de la influencia liberalizadora que mis películas puedan haber tenido en las costumbres sexuales de la sociedad italiana. Y es que éstas han contribuido, en la práctica, a una *falsa* liberalización, deseada en realidad por el nuevo poder reformador permisivo, que resulta ser el poder más fascista que recuerda la historia. De hecho, ningún poder ha tenido tantas posibilidades y tanta capacidad para crear modelos humanos e imponerlos como éste, que no tiene rostro ni nombre. En el campo del sexo, por ejemplo, el modelo que dicho poder crea e impone consiste en una libertad sexual moderada que incluye el consumo de todos aquellos elementos superfluos considerados necesarios para una pareja moderna. Tras hacerse con la libertad sexual por concesión, y no por habérsela ganado, los jóvenes —burgueses, y sobre todo proletarios y subproletarios, si es que aún es posible hacer estas distinciones— la han convertido, inmediata y fatídicamente, en una obligación. La obligación de emplear la libertad que les ha sido concedida o, mejor dicho, de aprovechar hasta el fondo la libertad que les ha sido concedida, para no parecer «inútiles» o «diferentes»: la más tremenda de las obligaciones. La ansiedad conformista por ser sexualmente libres transforma a los jóvenes en míseros erotómanos neuróticos, eternamente insatisfechos (porque han recibido su libertad sexual, en lugar de conquistarla) y, por ende, infelices. Así las cosas, el último lugar en el que vivía la realidad, es decir, el cuerpo, es decir, el cuerpo popular, también ha desaparecido. Los jóvenes de las zonas rurales viven en sus cuerpos la misma disociación degradante, llena de falsa dignidad y de orgullo estúpidamente herido, que los jóvenes de la burguesía urbana. Si quisiera seguir rodando películas como *El Decamerón* ya no podría hacerlo, porque ya no encontraría en Italia —especialmente entre los jóvenes— esa realidad física (cuya bandera es el sexo con toda su alegría) que constituye el contenido de dichas películas.

Scanned with CamScanner

SOCIEDAD Y SOLEDAD

Scanned with CamScanner

LA CULPA NO ES DE LOS *TEDDY BOYS*[1]

Recientemente se ha celebrado en Venecia un congreso de «hombres ilustres» en torno al problema de la juventud descarriada en el que ha quedado de manifiesto por qué existen los *teddy boys*[2], y no por los trabajos presentados y los debates mantenidos, sino por la propia existencia de este congreso: tanta presunción pedagógica, tanta ceguera reaccionaria, tanto paternalismo estúpido, tanta visión superficial de los valores y tanto sadismo reprimido no pueden sino justificar la existencia en muchas ciudades italianas de una juventud intolerante y cruel.

Con semejantes padres ideales —está claro que la media de los padres venía dada por la media de los participantes en este triste congreso—, los hijos sólo pueden sentir desprecio por la moral vigente: naturalmente, un desprecio carente de toda crítica, es decir, anárquico, improductivo y patológico. Responden con superficialidad a la superficialidad, con crueldad a la

[1] Publicado en *Vie nuove*, 40, 10 de octubre de 1959.

[2] La subcultura británica de los *teddy boys* se inició en Londres en la década de 1950 y se extendió rápidamente por todo el Reino Unido, asociada con el *rock and roll* y la moda eduardiana. Eran jóvenes ricos, muchos de ellos oficiales del ejército, que formaron pandillas y ganaron notoriedad tras sus violentos enfrentamientos con bandas rivales, exagerados con frecuencia por la prensa amarilla.

Scanned with CamScanner

crueldad. Y es que los *teddy boys* son los hijos reales de nuestros abogados, de nuestros profesores y de nuestros genios.

Uno de los participantes en el congreso veneciano, el profesor Pende, presentó un cuadro clínico esquemático, pero completo, de los distintos tipos de anormalidades psíquicas que llevan a un joven a adoptar la rebelión anárquica del *teddy boy*. El único defecto del cuadro del profesor Pende es que era exclusivamente técnico, como si la neurosis o la paranoia cayesen del cielo, como tejas, sobre las cabezas de los desdichados chicos: una desgracia, como nacer judío o negro. Aquellos que plantean la problemática de los *teddy boys* en términos aparentemente científicos, cuando, en realidad, son del todo irracionales, pertenecen a la rama de los teóricos racistas.

Está claro que las neurosis juveniles tienen un origen social y ambiental; por tanto, el interés técnico primario reside en el estudio de la sociedad y de su ambiente, mientras que la fenomenología de los casos interesa mucho menos. Otro profesor, Musatti, observó, con gran agudeza, cómo los *teddy boys* tienden a ejercer su crueldad contra los homosexuales y las prostitutas. Se trata de un pretexto moralista derivado de la moral corriente en la que son educados: al mismo tiempo que se rebelan, cometiendo actos de crueldad exhibicionista y, en el fondo, masoquista, se adaptan, se adecúan; su rebelión es conformista y su arma el chantaje, producto de una mentalidad burguesa.

Pero ¿cuántos son los *teddy boys*, los chicos malos? ¿Existen estadísticas rigurosas que proporcionen una cifra y sus características actuales, además de las características de las generaciones anteriores y su relación con esa cifra? Hay que dedicar urgentemente un estudio a este fenómeno.

De todos modos, me gustaría aprovechar la ocasión para hacer una observación: ahora mismo, en Italia, en la época de los *teddy boys*, en la época de la juventud perdida, hay cientos de miles de jóvenes irreprochables. Con esto quiero decir que el número de buenos chicos, obedientes, sensibles, con ganas de aprender y de hacer cosas, ha aumentado notablemente respecto al de hace unas décadas. A cada paso podemos encontrar un

Scanned with CamScanner

joven adolescente lleno de humildad y de fuerza, tal vez algo indolente hacia la política[3], pero deseoso de mejorar y de adueñarse de esa realidad ideal que cree de pertenencia exclusiva de los adultos.

Es posible que esto sólo signifique que un estado excepcional (como la guerra o la posguerra) tiende a asimilar y a equilibrar, o a igualar en inquietud, en desesperación, en rabia por sobrevivir, en corrupción y en desaprensión a todos los jóvenes. Mientras que un estado normalizado (como en el que ya vivimos) tiende a discriminar, a diferenciar: la organización ordenada de una sociedad puede producir, por un lado, traumas dolorosos y, por otro, plácidas educaciones sentimentales.

Y ya que hemos entrado en el problema, antes de continuar, deberíamos hacer varias distinciones. La primera distinción que haría es entre la Italia septentrional y la Italia meridional. En el Norte hay *teddy boys*, en el Sur, no.

Aclaremos que si por *teddy boy* se entiende simplemente un joven descarriado, gamberro, entonces los *teddy boys* existen y han existido en todas las épocas y lugares; pero si por *teddy boy* se entiende una variante particular del joven descarriado determinada por las circunstancias, un fenómeno único y típico de una sociedad o de una parte de la sociedad, entonces es evidente que hay que tener en cuenta circunstancias de tiempo y de lugar.

El joven descarriado con características típicas y modernas tiene su modelo en Londres, en Nueva York y en los países nórdicos, es decir, en sociedades puritanas y de alto nivel cívico.

El *teddy boy* francés ya es una variante menos perfecta (si lo examinamos con objetividad científica), puesto que, en efecto, pertenece a una sociedad de alto nivel, pero católica. Y es que en los *blousons noirs*[4] hay una serie de elementos clérigo-

[3] Véase nota 5, p. 57.

[4] Subcultura juvenil surgida en Francia en la década de 1950 bajo la influencia estadounidense, igualmente vinculada al *rock and roll* y que fue la matriz original tanto del *yeyé* como de otros muchos movimientos adolescentes posteriores.

Scanned with CamScanner

fascistas que, desde un punto de vista filológico, hacen que el ejemplar sea menos perfecto.

En pocas palabras: el *teddy boy* es producto de la sociedad neocapitalista, moralmente fosilizada en su superestructura.

El norte de Italia, y especialmente Milán, pertenece a esta zona neocapitalista. Por tanto, es natural que en ella se den fenómenos análogos a los que se dan en sociedades análogas, como es el de los *teddy boys*.

La perfección relativa de la organización social, el equilibrio del ciclo producción-consumo, la alta renta media, etc., hacen de Milán y de las demás ciudades industriales del Norte urbes poco italianas, en el sentido tradicional de la palabra, y, por tanto, ciudades poco católicas o, en todo caso, de un catolicismo teñido de un tímido protestantismo puritano (como, de hecho, son las tradiciones en el norte de Italia). Así, el joven neurótico milanés, turinés o boloñés se ve obligado a luchar contra una sociedad aparentemente buena, capaz de ofrecerle garantías, aunque en el fondo injusta, aburrida, hipócrita, feroz y llena de rencor teológico bajo formas democráticas. El joven percibe todo esto, y la opresión que la sociedad ejerce sobre él le causa esa neurosis que lo lleva a hacer falsas reivindicaciones de su personalidad: narcisismo, exhibicionismo y protesta anárquica.

Como decíamos, en el Sur, de Bracciano para abajo (por hacer referencia a un suceso reciente), las cosas son completamente distintas. Su sociedad es vieja, agraria y católica, lo que se traduce, en nuestro caso, en una sociedad absolutamente irreligiosa y sorda a la moral cristiana: allí la religiosidad es puro vitalismo y superstición pagana, y la moral es precristiana, estoica, basada en el honor y no en el amor. La coacción que la religión ejerce sobre el individuo hasta el punto de deformarlo y hacerlo aberrante y enfermo, no es, pues, una coacción de tipo moralista, de tipo interclasista, digamos (como es la aproximación entre clases en el Norte, la proximidad ideal, por ejemplo, entre un obrero y un ejecutivo de Fiat), sino de tipo rígidamente clasista: la clase dominante oprime a la dominada, todavía

Scanned with CamScanner

hoy con rabia feudal, y causa situaciones de miseria tan terribles como para llegar a desencadenar traumas psíquicos. En la Italia meridional existen pueblos enteros en los que sus habitantes llevan la marca de la psicosis en la cara, si es que no la de la neurosis. La mafia, la camorra, la delincuencia, las venganzas en serie, el vagabundeo, la mendicidad y el servilismo caracterizan este submundo.

Una estadística reciente, presentada por la profesora Orr en el Congreso Internacional de Prevención del Delito organizado por la Unesco, habla de cerca de noventa mil niños y jóvenes vagabundos en la provincia de Nápoles como un fenómeno sociológico constante. Es probable que, en algún sector de la burguesía meridional, haya jóvenes cuya reivindicación coincida en algunos aspectos con los *teddy boys*, pero se trata simplemente de una moda; es una cuestión de *blue-jeans*. Su esencia es completamente diferente. Los gamberros meridionales no ejercen una protesta moralista inconsciente, sino una protesta social inconsciente: no pertenecen, por naturaleza o por elección propia, a la clase burguesa o a su esfera ideológica, sino al pueblo o al subproletariado, cada vez mayor e insondable; no cometen delitos de manera gratuita, sino justificadamente, movidos por sus necesidades económicas y la falta de educación.

La diferencia entre la delincuencia juvenil en el Norte y en el Sur es abismal, prueba del desequilibrio cada vez más alarmante entre las dos Italias; un fenómeno que también es producto del neocapitalismo que tiende a acentuar las diferencias ya existentes: cuanto más alta es la renta en Milán, más baja es (en proporción) en Avellino; cuanto mejor funciona el Norte, más clientelismo hay en el Sur. Una distancia cada vez mayor separa al joven septentrional del meridional, incluso en las circunstancias del delito que, a veces, pueden parecer similares en apariencia. Como si una fuerza centrífuga fatal los empujara, ambos mundos se alejan cada día más. Las exigencias retóricas y eternamente formalistas caen en saco roto: acabamos de ver el miserable final de los «trasplantes» industriales del Norte al Sur.

Scanned with CamScanner

Como siempre, todo se basa en el vacío de la retórica, que enmascara furiosas especulaciones.

El problema del Sur, que, pasado el interés en *Cristo se detuvo en Éboli*[5], parecía haberse olvidado, ha resurgido en los últimos dos o tres años de una manera casi estetizante, con una violencia inusitada: últimamente me he dado cuenta, como en una pesadilla (el conformismo permanece latente en nuestras conciencias), de que en el Sur no existe una lengua italiana como *koiné*, como lengua instrumental de comunicación práctica. Del dialecto se salta a la lengua literaria, llena de latinismos y de estilizaciones humanistas adquiridas en el instituto. Este fenómeno, hasta hace tan sólo diez años, podía parecer una característica general de Italia; sin embargo, hoy en día nadie duda de que la *koiné* se está consolidando en la Toscana y en el Norte, y precisamente porque, al fin y al cabo, para bien o para mal, existe una burguesía industrial, y dicha *koiné* constituye su verdadero lenguaje. El Sur también queda excluido de este fenómeno lingüístico: ¡cómo no va a quedar excluido de esos fenómenos sutiles y modernos que representan las implicaciones morales de los *teddy boys*!

De este modo, la magistratura también ha tenido que adaptarse a este estado de cosas. Aparte de las atroces propuestas presentadas por los ilustres genios de Venecia, examinemos ahora el caso de Bracciano. Una muchacha, claramente culpable de asesinato (incluso con todos los atenuantes necesarios para ser declarada culpable), ha sido absuelta durante el proceso de instrucción: atentaron contra su «virtud católica» (en palabras del padre Rotondi) cinco jovenzuelos turbulentos de Bracciano, y ella, tras armarse con un cuchillo, mató a uno de ellos. La opinión pública —liderada por el padre jesuita con una

[5] Se trata de la novela autobiográfica de Carlo Levi, publicada en 1945, donde relata su condena al destierro impuesta por el régimen fascista, en los años 1935 y 1936, por sus actividades contra el régimen.

Scanned with CamScanner

truculencia terrible— se puso de parte de ella. ¿Por qué? Por dos razones: primero, por defender su honor, y segundo, por rencor contra los *teddy boys*. No voy a hablar del honor: cualquier demócrata sabe bien en qué consiste el honor, que es algo completamente distinto de lo que defienden los sacerdotes. Sin embargo, me gustaría manifestar que la magistratura nunca debería ser parenética; ésta tan sólo debería defender la justicia y, para hacerlo, debería aplicar la ley. ¿Un magistrado tiene derecho a castigar o premiar para «dar ejemplo»? Tampoco son estas páginas el lugar donde debatir esta cuestión. Sin embargo, lo que sí me gustaría subrayar es que, incluso en la hipótesis improbable de que un magistrado tuviese derecho a «dar ejemplo», en este caso concreto que nos ocupa no habría dado ningún ejemplo, pues los chicos de Bracciano, incluido el joven asesinado por Alba Sbrighi, no son *teddy boys* sino desde un punto de vista formal, salvo para el cronista bobo de un magacín o algún genio de la retórica.

Entre el alboroto reaccionario del único prestigioso congreso dedicado hasta el momento en Italia a esta problemática, pocas fueron las voces humanas que intervinieron: el psicoanalista Musatti, el profesor Jemolo, el abogado Augenti y también el cardenal Urbani (a no ser que sus ponencias fuesen mera palabrería), pero, sobre todo, Vladimiro Dorigo, joven representante de la izquierda democristiana, que afirmó (según informa Laurenzi en *Il Giorno*): «Yo estoy en contra de la autoridad y del gueto. El mal ejemplo procede de arriba: que se reforme la escuela y la cárcel, que se instaure una nueva dignidad política, que se elimine el profesionalismo deportivo, que se reeduque a la policía, que se impulse la producción cinematográfica libre y ética, que se persiga a los evasores fiscales...». El presidente del congreso, el abogado Carnelutti, lo interrumpió con ironía: «Usted nos está presentando un programa más propio del presidente del Consejo». Y, con todo, éste es el único programa posible: las penas, los azotes públicos, las represiones policiales son

Scanned with CamScanner

ridículas —nos reímos por no llorar, y por no mordernos los nudillos—. Segni[6], aprenda de Dorigo. Sí, en lo que respecta a los problemas de los nuevos jóvenes, las reformas, las medidas de emergencia y las sanciones no sirven de nada; es más, son impensables, y es justo que así sea con tal de que se demuestre una vez más que nuestra sociedad necesita una reforma profunda de sus estructuras.

[6] Antonio Segni, uno de los fundadores de la Democracia Cristiana, fue presidente del Consejo en dos ocasiones (1955-1957 y 1959-1960) y presidente de la República Italiana.

Scanned with CamScanner

EL VERDADERO ESCÁNDALO DEL CASO FEILE[1]

Estimado director:

Si lo que ha hecho Feile[2] se corresponde con lo que dicen los periódicos (si ha mantenido relaciones con jóvenes menores de doce años y, sobre todo, si los ha explotado obteniendo algún beneficio de ello), no hay duda de que se trata de un delito: no sólo de cara a la ley, sino también de cara a un asunto mucho más fluctuante e impreciso como es nuestro sentido moral. Sin embargo, aún no se ha podido demostrar que Feile haya hecho lo que dicen que ha hecho, pues el tribunal no se ha pronunciado todavía y, en cualquier nación más civilizada que la nuestra, infinitamente más civilizada que la nuestra —como Inglaterra, que en este aspecto constituye un auténtico paradigma—, aún no se habría emitido ningún juicio en torno al asunto. O, al menos, no se habría formulado materialmente, por ejemplo, en un artículo periodístico, en un juicio público.

En mi opinión, lo más escandaloso de este escándalo, como siempre ocurre en estos casos, se trate de hombres o de mujeres, es el comportamiento de la prensa italiana.

[1] Este texto fue escrito en 1961 y permaneció inédito.

[2] Konstantin Feile, escultor alemán afincado en Roma. Fue condenado en 1961 a tres años de cárcel por corrupción de menores.

Scanned with CamScanner

Obviamente, no tengo en cuenta a la prensa reaccionaria o completamente fascista: su comportamiento siempre es escandaloso. Lo que me ha impresionado de este asunto —en su interpretación— es el comportamiento de la prensa democrática, de la progresista, como se suele decir. Me he llevado una sorpresa al ver cómo este sector de la prensa expresaba los más bajos sentimientos, los que normalmente caracterizan al burgués medio: la ignorancia, el conformismo, el provincialismo y la bajeza de ánimo. La protesta expresada en cursivas tanto en la *Unità* como en *Paese Sera*, sumadas a la crónica que gratuitamente trataba los hechos sin viso alguno de imparcialidad, me han parecido carentes de un conocimiento y una experiencia real de los propios hechos, además de no desprovistos, en numerosas ocasiones, de la hipocresía sórdida y ciega que define al pequeño burgués de provincia, y precisamente en su acto más grave y típico: el pretextual, es decir, el acto de pedir la cabeza de alguien para conseguir su propia satisfacción por ofensas e injusticias generales con las que ese alguien no tiene nada que ver sino por circunstancias accidentales y externas.

Querido director, ¿cómo puede explicarme que el lenguaje empleado por los periodistas de izquierdas y por los periódicos fascistas para juzgar este horrible suceso —con incívica precocidad— sea casi idéntico? Ojo, se trata de un hecho que reviste una gran importancia: el lenguaje que usan es el reflejo de sus *verdaderos* sentimientos, no de sus pretextos. Es evidente que algo no va bien. Para el caso Feile, fascistas, democristianos y comunistas usan, públicamente, el mismo *lenguaje*, los mismos términos, el mismo léxico, las mismas interjecciones, las mismas cláusulas oratorias... Esto significa que, frente a un hecho de esta naturaleza, los sentimientos de los fascistas, de los democristianos y de los comunistas son los mismos y reaccionan de la misma manera.

Para mí está muy claro. Hay un aspecto de nuestra vida cotidiana —la vida sexual— que la gran mayoría de los ciudadanos ha arrinconado, desterrado, reprimido y ocultado. Se trata del único aspecto de la vida sobre cuyo silencio existe un acuerdo

Scanned with CamScanner

general: así, debido a este silencio, este problema no sólo no se ha superado sino que ni siquiera se ha planteado, y pertenece aún a la esfera de lo agnóstico y de lo irracional.

Como todos los fenómenos irracionales, éste también pervive en nuestro interior anclado en una fase infantil, inmadura, sin salir a la luz de la conciencia. Y lo comparten todos, fascistas, democristianos y comunistas. Todos albergan en su interior este aspecto, bien en una fase no desarrollada, bien mal desarrollada —desde un punto de vista científico e ideológico, quiero decir—, sobre el que no se conocen detalles, estadísticas y fenómenos: se trata, simplemente, de un aspecto que es «tabú» a causa de una vieja tradición social. A los fascistas y a los democristianos —a los que el mundo entero se está adecuando irracionalmente— no se les puede objetar nada, pues ante el sexo se comportan con aceptación, con indignación irracional o con hipocresía. Pero en el caso de un hombre laico, democrático y progresista, que debería estar acostumbrado a abordar los problemas de la sociedad, públicos o privados, desde un punto de vista crítico, a observar los sucesos, incluso los de crónica negra, con objetividad, me parece vergonzoso, mi querido director, que frente a un suceso cuyo fenómeno principal es la anormalidad sexual, este hombre laico, democrático y progresista, pierda el juicio, se altere y emplee una terminología propia de un racista.

Sí, porque la «pretextualidad» de la que son víctimas los homosexuales en la prensa es estrictamente racista. Un examen lingüístico basado en la comparación de artículos periodísticos escritos contra los negros, los judíos, los *teddy boys* (que, a su vez, también son racistas) y los homosexuales sin duda me daría la razón.

En este odio preconcebido, irracional, indeterminado, se descarga una agresividad sumamente anormal, y aún peor cuando dicha agresividad se usa con cinismo y con fines de lucha política inmediata y ciega.

Por ejemplo, la pretextualidad que, en los artículos dedicados al suceso recogido por la *Unità*, carga contra los homosexuales

Scanned with CamScanner

y —si no me equivoco— los convierte en blanco de linchamiento, tiene un claro trasfondo político: la indignación con que se juzga este delito concreto se multiplica como resultado de la indignación política implícita. El provincial articulista de la *Unità* equipara la anormalidad sexual a la renta: cuanto más alta es la renta, mayores probabilidades de anormalidad sexual existen. Por este motivo, el articulista insta con tanta violencia a la policía a que le ofrezca una «cabeza» o varias «cabezas» en bandeja, porque, sin lugar a dudas, se trata de cabezas de capitalistas.

En el mismo número de la *Unità* en que también se publicaba con orgullo esta exhortación a que la policía cumpla con su deber, se daba la noticia de otro suceso ocurrido en Ciociaria: un homosexual mata a su amigo (según parece, aunque los jueces aún no se han pronunciado, y no se sabe si fue en legítima defensa o no, haciendo frente a extorsión, o por enfermedad mental, etc.). Y ¿ahora qué? Que no se les ocurra decirme que el jornalero homosexual de Fondi era un capitalista o un personaje de *La dolce vita*.

En realidad, la homosexualidad no es producto de las malas costumbres, de la riqueza, etc., como suele pensar el pequeño burgués ignorante, hipócrita y provinciano (y cuando se trata de esta cuestión, en un comunista también hay un pequeño burgués ignorante, hipócrita y provinciano): la homosexualidad es producto de un «complejo» psicológico que puede afectar a cualquier individuo en la primera infancia, en cualquier clase social o en cualquier ambiente. Durante mi constante búsqueda en el mundo y en el submundo romano, he conocido, entre otros, a un sacerdote homosexual, víctima de crueles chantajes, a un policía homosexual que trabaja en uno de los suburbios romanos y a un tipógrafo homosexual de izquierdas. Pobre gente. Y como ve, querido director, gente de toda clase y condición, que vive aterrorizada ante la posibilidad del escándalo o del chantaje, con la angustia interiorizada de vivir al margen de la norma.

La furia libelista e hipócrita que ha desencadenado el caso Feile desvirtúa totalmente la realidad: culpabiliza a un pequeño

Scanned with CamScanner

número de homosexuales de que haya una gran cantidad de chicos (al parecer, las fotografías de Feile son unas tres mil) que se dejan corromper. A tenor de lo ocurrido, creo que era muy fácil corromper a estos supuestos ángeles de la burguesía. Entonces, ¿no habría que culpar a los padres, a los profesores, a los periódicos o a la sociedad? Si un adolescente comete un acto que todos consideran horrible, pero que para él es algo sencillo, y se deja convencer con unas pocas liras por el primero que encuentra, el «primero que encuentra» es el último culpable o, simplemente, el reactivo que, al entrar en contacto con el alma del chico, saca a la luz su potencialidad real, sustancial y pacífica a la hora de ser corrompido.

Y esto sucede precisamente en Roma. En Roma, la sede del papado y del catolicismo, motivo por el que —¡atención!— aumenta al unísono la indignación de los fascistas, de los democristianos y de los comunistas. Pero sucede en Roma *precisamente* porque es la capital del catolicismo. En Milán, ciudad europea, nórdica y protestante, no sucede o, si sucede, se da en menor medida: y allí sí se puede hablar de corrupción, pues los chicos, desde un punto de vista católico y burgués, son realmente católicos y burgueses y, si deciden pecar, lo hacen con plena conciencia. Son realmente corruptos porque pasan de un estado de sincronía con su mundo a un estado de diacronía, de autocondena y, de hecho, se hacen *teddy boys* o algo parecido. Si pudiéramos entrevistar o conocer a los tres mil chicos de Feile, podríamos comprobar que son, y siempre han sido, completamente normales. De hecho, estos jóvenes viven en un clima moral que se caracteriza por el cinismo, la falta de escrúpulos y la libertad sexual típica de las ciudades atávicamente clientelistas: no es más que un acto de vitalidad no inhibida y de pícara astucia del que salen del todo ilesos.

«¡Ya era hora!» es el título de un escalofriante artículo publicado en la *Unità* en el que su autor —con un puritanismo que no abandonaría aun a riesgo de ser linchado— se alegra de que la policía (que hace bien en actuar con pies de plomo, dado que hay implicadas cientos de familias de la pequeña burguesía

Scanned with CamScanner

romana, libres de toda culpa, y dado que una relación homosexual no constituye en sí un delito) haya imputado a otro culpable. Ahora bien, más allá de la tragedia que se ha cernido sobre la familia de este nuevo culpable, y sobre su mujer, sobre sus hijos y sobre sus padres, ¿el articulista de la *Unità* no ha pensado que el imputado podría haber sido un jornalero, y no un ingeniero, o uno de sus repartidores de periódicos, y no un *pariolino*[3]?

¿Por qué le escribo esta carta abierta, querido director? Pues porque considero que el primer ejemplo de humanidad y de civismo debería venir de los periodistas de izquierdas. Si ellos también hacen uso de un lenguaje racista, si ellos también muestran pavorosos vacíos irracionales, entonces, ¿de qué sirve su lucha? ¿De qué sirve su incesante búsqueda de una sociedad en que predomine la justicia, o sea, la razón?

[3] De Pariòli, distinguido barrio residencial de Roma situado en los montes Pariòli. En italiano, *pariolino* designa, con un tono peyorativo e irónico, un estilo de vida elegante y burgués, como el de los habitantes de Pariòli.

Scanned with CamScanner

DETESTO A LOS QUE SALEN DE PASEO CON UNA PISTOLA EN EL BOLSILLO[1]

Desde siempre he sentido una profunda antipatía por quienes llevan una pistola en el bolsillo. A partir de este indicio —en fin, pequeño, aunque muy llamativo— se puede reconstruir por completo a una persona, con todos sus sentimientos. Esta manía de ir armados quizá pueda encontrar alguna justificación infantil: la idea de que *los otros* son peligrosos, enemigos, despreciables y, en consecuencia, que hay que pertrecharse en secreto contra sus intenciones, no surge de la nada. Está claro que nuestra sociedad aún conserva algunos aspectos salvajes: algunos rincones donde reina el terror, donde un niño con una infancia difícil se siente como si viviera en una jungla y, por ello, se arma, como si viviese en la jungla.

Pero hay varios tipos de infantilismos: «infantilismo» no es más que un término clínico, esquema que puede englobar una infinidad de realidades humanas.

Existe el infantilismo de quien cree que puede resolver su vida robando y el infantilismo de quien va armado con una pistola. El primero representa un rechazo de la responsabilidad

[1] Publicado en *Paese Sera*, 14 de marzo de 1962.

Scanned with CamScanner

civil, que en ocasiones impone sacrificios excesivos e incluso desproporcionados para el beneficio, incluso personal, que se obtiene. Me sorprende muchísimo que los pobres chicos del subproletariado o del vacilante proletariado romano no roben mil veces más de lo que lo hacen. Lo que los contiene, en el fondo, es la antigua «virtud» estoica, su filosofía, que nunca ha sido cristiana, aunque tampoco es socialista. Pero ¡no se puede pretender que todos posean esta «virtud» como fin en sí misma! Es muy probable que yo conociera al chico asesinado; por las fotografías, su fisonomía me resulta familiar. Pero si no es a éste al que he conocido, conozco a cientos de ellos que se parecen. Conozco el mecanismo interno que los lleva a robar: se les puede condenar, pero no detestar. Los ladronzuelos como el chico de la plaza Navona suelen despertar cierta simpatía, precisamente por su infantilismo, por su inmadurez cívica, que les hace ser imprudentes, superficiales, desarraigados, chulos, conformistas y escépticos; todos defectos «simpáticos».

Sin embargo, un idiota que va armado con una pistola sólo puede ser detestado, pues su infantilismo presenta unas características completamente opuestas a las que he mencionado: en él predominan una desconfianza obsesiva en el prójimo, un narcisismo fanático y desagradable, un orgullo introvertido y desgarbado que lo convierten en un paciente odioso para un médico o en un personaje insoportable para un autor...

Pues bien, ese monstruo ha usado la pistola que llevaba en el bolsillo. No diré más. No quiero analizar una historia de la que no quiero saber más (¡aunque me parezca que está clarísima!). Yo sólo sé que en la plaza Navona había un ladronzuelo, como otros muchos, que intentaba ganarse el pan (leed en el periódico lo que había comido antes de morir, y «si tenéis lágrimas, derramadlas») a costa del prójimo, cometiendo pequeños hurtos propios de niños, y que había también un ser detestable que iba armado con una pistola. Lo que sucedió la otra noche en la plaza Navona es demasiado espeluznante como para contarlo ahora. Es lo que sucedió *antes* lo que me interesa: la coexistencia en las mismas calles, en el mismo barrio, en el centro de Italia, de

Scanned with CamScanner

dos «niños» incapaces, cada uno a su manera, de vivir: un ladronzuelo cegado, diría que por un exceso de inocencia, por un exceso de marginalidad y por un exceso de gratuidad —circunstancias que nacen en los estratos asociales de la sociedad—, y el poseedor de la pistola, cegado por el sentido de la posesión, de la fatuidad, del desprecio por los pobres, circunstancias que nacen en los estratos conformistas de la sociedad.

Como siempre, inconsciencia presocial y conformismo coinciden. Se trata del terrible connubio del que nace el fascismo: un fenómeno político propio de las naciones más subdesarrolladas. Hace veinte años, el pistolero habría sido un *capomanipolo*[2] y el chico asesinado quizá un miliciano; un inocente miliciano que lo único que sabía es que era joven. Hoy en día, con los nuevos vientos que soplan, tenemos un asesinato: un suceso sangriento, absurdo y atroz. Pero si lo pensáis con calma, os daréis cuenta de que es lo mismo: tanto recuperarlo en tanto que miliciano como matarlo en tanto que ladrón constituyen un mismo acto de conformismo burgués anómalo, derivado de un producto típico del conformismo burgués italiano, también anómalo.

Hay muchas responsabilidades en hechos como el acaecido la noche del domingo en la plaza Navona. La atroz deformación ideológica que se ha gestado poco a poco en la cabeza del poseedor de la pistola no procede solamente del ámbito familiar en que ha crecido. Es cierto que en el núcleo familiar ha mamado las primeras ideas sobre sus vecinos subproletarios. Sin embargo, prefiero no juzgar ese momento de su «educación sentimental» porque es algo muy íntimo. A cada uno le ha tocado el padre y la madre que tiene, y si resulta que éstos son unos reaccionarios inflexibles a quienes, pobrecitos, les ha vuelto violentos la idea de defender lo que poseen (como si se tratase de un caso de mala conciencia), es una desgracia que puede pasarle a cualquiera. Pero lo terrible es que luego el hijo encuentre por todas partes las pruebas de esta «educación sentimental»: en su

[2] Comandante de un *manipolo*, una de las unidades militares menores del ejército fascista.

Scanned with CamScanner

entorno, cuando crece. Esta constatación justifica hasta tal punto la buena voluntad de sus ideas equivocadas como para llevarle al fanatismo, a la cruzada. Que ese joven llevara una pistola en el bolsillo, porque estaba «obsesionado con los ladrones», testimonia que tenía la vocación, confusa en su cabeza, de alzarse como justiciero: como un paladín de una Idea del bien absoluto, como un reformador bíblico de las costumbres. Y ¿dónde ha constatado el asesino la idea de posesión como algo sagrado que convierte a quien viola dicha posesión en un profanador digno de ser castigado con la muerte? Repito, en todas partes: en toda la prensa burguesa, desde la fascista, que hace una apología continua de delitos como el cometido el domingo en la plaza Navona, hasta la moderada, seno del conformismo más inalterable, pasando por la que hace cierta oposición con una crítica relativamente anticonformista, mientras que para otros es reaccionaria y moralista, y por la de izquierdas, que no siempre se atreve a decir una palabra verdaderamente sincera y osada sobre muchos problemas.

Todos sabemos que el racismo es uno de los fenómenos más típicos de la deformación psicológica del burgués. Hoy en día, «racismo» es un término muy amplio que comprende gran parte del horizonte mental de quienes lo sufren. Generalizando mucho, podría decir que el racismo es un hábito mental que ha sustituido los tabús salvajes del hombre primitivo. El hombre necesita unas bases sólidas para sobrevivir, unos hábitos. Cuando uno de estos hábitos desaparece, otro ocupa su lugar conformándose al anterior, pues adquiere la función mecánica de protección contra el caos. Desde los campos de Buchenwald o de Dachau, el racismo puede llegar a fenómenos aparentemente pequeños, aunque sin duda graves, como el asesinato de la noche del domingo. En efecto, el racismo es mecánico, pues no le importa el objeto, que puede ser reemplazado con total facilidad. El odio hacia los judíos puede reemplazarse por el odio hacia los negros: la cuestión es que haya una minoría de personas, una categoría, que odiar; naturalmente en nombre de la mayoría, de quienes *son iguales entre sí*, cuya vida se fundamenta en las

Scanned with CamScanner

mismas reglas, cuyos rasgos acaban adquiriendo casi una analogía física, etc., etc.: en conclusión, en nombre del conformismo.

Estoy seguro de que en la cabeza de ese ser abominable que se paseaba armado con una pistola, los jóvenes ladronzuelos de su barrio se habían asimilado a una idea generalizadora de índole racista. Por tanto, su odio hacia ellos era, en definitiva, una forma de odio de clase, aunque en este caso más bien derivada hacia un odio particular.

No hay duda de que a la justicia le va a interesar este caso: y el asesino será juzgado (me gustaría decir que con la mayor dureza) en el ámbito de su particularidad de hombre institucionalmente adulto, de ciudadano. Y, dentro de esta particularidad, deberá delimitarse una pena terrible por la suerte de la víctima.

A mí ahora me interesa buscar otras responsabilidades de carácter más general, otras fuentes de confusión que seguirán ahí incluso después de que los periódicos hayan perdido el interés por este caso. No hablo de causas estructurales, pues hablaría en vano, sin una resonancia inmediata... Me interesan las «constataciones» que el asesino ha obtenido de su aberración ideológica, de su clasismo racista. No existe un periódico italiano, incluso el menos burgués políticamente hablando, que no tenga una mínima parte de responsabilidad: los periódicos burgueses, por auténtico conformismo burgués, y los antiburgueses, por temor a ir en contra de ese conformismo, es decir, de crispar la opinión pública —que tanto les importa—, nunca han sabido o no han querido dar una imagen real de la vida, si bien tan corta, de personas como el pobre Rossano Moscucci[3], es decir, nunca han ofrecido una interpretación objetiva, serena y humana de los problemas del subproletariado, de los ladronzuelos, de las prostitutas, etc., etc. (que llenan las páginas de los periódicos, y por ende, de la vida de la nación). Desde siempre, estos problemas se han presentado y juzgado desde el único punto de

[3] Rossano Moscucci fue el chico asesinado por el hijo del propietario del restaurante Tre Scalini, al que Moscucci había sustraído la radio del coche.

Scanned with CamScanner

vista que era posible: es como si juzgarlos desde otro punto de vista representase algún riesgo para la opinión pública. De este modo, también los periódicos de los radicales, de los socialistas o de los comunistas, cuando hablan de personas como Rossano Moscucci lo hacen como si se tratase de una persona de otra «raza», abocados al desprecio, a la inexistencia y a la condena moral. Personas carentes de valor humano, de prestigio humano; chivos expiatorios de una situación humana infecta, de una vida nacional corrupta e hipócrita. En el fondo, entiendo que el hijo del dueño del restaurante Tre Scalini, a fuerza de ver expuestos al desprecio público a estos hijos del subproletariado (alineados en atroces columnas de fotografías con sus señas personales tanto en *Il Messaggero* como en la *Unità*), haya acabado desarrollando hacia ellos una especie de rencor teológico hasta el punto de arrogarse el derecho a alzarse en justiciero.

Hay que tener la valentía suficiente para escandalizarse. Nunca hay que adoptar ante la opinión pública, por razones tácticas o de compromiso, su punto de vista marcado por el convencionalismo burgués; nunca hay que confundir la moral con el moralismo conformista. De este modo, una cantidad enorme de ciudadanos italianos corre el peligro de quedar excluida de la historia. Digo enorme porque el subproletariado italiano se calcula en millones de almas: es más, todo el Sur es subproletariado. Y podría quedar excluido de nuestra historia si el juicio histórico sucumbe al hipócrita juicio moralista y si la prensa sirve a la opinión pública en lugar de formarla.

Scanned with CamScanner

¿QUÉ HACEMOS CON EL «BUEN SALVAJE»?[1]

Nosotros, los burgueses, siempre hemos sabido perfectamente «qué hacer» con el «buen salvaje». En primer lugar, negamos su existencia, burlándonos del inventor de la fórmula. Un sacrificio romántico que se resarcía primero en el ámbito ilustrado y, después, en el positivista.

Luego, cuando ya no fue posible mantener su represión, adoptamos otras dos medidas: por una parte, la integración recíproca de la cultura por excelencia (la nuestra) y la cultura (aceptada) del «buen salvaje»; por otra, el reconocimiento objetivo, de una vez por todas, de esta segunda cultura como un «conjunto» exhaustivo, por fin una totalidad, formado por estructuras inmutables (Lévi-Strauss). La primera solución se basaba en el triunfalismo de la Negritud (con Senghor[2] agitando su bandera); en la segunda solución se celebraba el nuevo cinismo noético.

La dignidad humana es, para nosotros, los burgueses, la dignidad viril. También la mujer, que quiere emanciparse, aspira, bajo coacción, a disfrutar por derecho y mímesis de la dignidad viril (al igual que un americano medio de raza negra lucha por parecerse a un ejecutivo blanco).

[1] Texto escrito en 1970 y publicado de forma póstuma en *L'Illustrazione italiana*, febrero-marzo de 1982.

[2] Léopold Sédar Senghor (1906-2001), poeta y ensayista senegalés que llegó a la Jefatura del Estado de Senegal y fue miembro de la Academia francesa.

Scanned with CamScanner

Esta identificación de la dignidad humana con la dignidad viril constituye el fundamento del racismo. Aquello que el macho blanco (y, por mímesis, su mujer) encuentra repugnante en el macho de otra raza es su falta de dignidad viril, o una dignidad viril de otro tipo. En el primer caso, el blanco se otorga a sí mismo, como por carisma, el derecho al genocidio de las poblaciones de recolectores de América Latina. Dicho genocidio es mucho más atroz (si pudiésemos basarnos en tal escala de valores) que cualquier matanza en Vietnam o en Eritrea. Sin embargo, *ni siquiera* los hombres blancos buenos (desde los comunistas tradicionales a los intelectuales de izquierdas, pasando por los estudiantes) *se escandalizan* ante las matanzas de recolectores: están al tanto, pero también ellos las ignoran, como si tuviesen menor relevancia política y humana.

Los hombres cuya dignidad coincide con la dignidad viril más o menos en los mismos términos que para nosotros los blancos, es decir, los musulmanes (independientemente de la raza a la que pertenezcan), sólo son objeto de un odio racial secundario.

Un ejército de estos hombres, concretamente el del ahora destituido Abbud, llevó a cabo un genocidio atroz en el sur de Sudán: eliminaron de la faz de la tierra a casi todo el pueblo dinka. Nadie se percató de ese genocidio; se habló de él como en un cuento.

Por lo demás, aparentemente hay motivos para que un burgués progresista tema ser devorado por machos con una dignidad viril diferente de la suya (y presumiblemente —habida cuenta del infantilismo clínico de dicho terror— más fuerte); o para que sienta el deseo de devorar a machos con una dignidad viril inconsistente, que se ofrecen como víctimas, como corderillos pascuales.

La dignidad viril, blanca y no blanca, se basa en religiones monoteístas, es decir, campesinas. Todos los que creen en un único Dios análogo (personal) tienen una idea análoga de la dignidad viril: es una imitación de ese personaje clave que es el padre.

Scanned with CamScanner

No hay estudiante o intelectual, por rebelde o revolucionario que sea, que no recree, a través de la dignidad de su cuerpo y de su comportamiento, la dignidad del padre.

Un hindú no tiene la dignidad viril de un europeo o de un musulmán: los modelos a los que éste se adecúa son distintos a los ofrecidos por el prepotente y obtuso Dios Padre.

El «buen salvaje» existe; existe objetivamente; existe una felicidad salvaje; así como un verdadero estado de felicidad salvaje. Los dinka llevan una vida comunitaria, no conocen el dinero (usan el trueque), no conocen la ropa (van desnudos, con un collar de perlas al cuello), no conocen a un Dios único (son animistas): son una población feliz. Yo lo he visto, con mis propios ojos. Ahora los monoteístas los han destruido, incapaces quizá de soportar ese estado de felicidad «inintegrable». (El pretexto fue una guerra de religión; y es que unos misioneros ingenuos y testarudos, vénetos en su mayoría, estaban llevando a cabo la disparatada tarea de catequizar al pueblo dinka).

También los masáis viven una felicidad «salvaje»: objetiva, real, experimentable. Son pastores nómadas y animistas. Si se les encarcela mueren, como algunas razas de pájaros o como ese joven de Boccaccio que decide morir de dolor «dejando escapar todos los suspiros». Los masáis nos dan mil gracias, pero rechazan nuestra cultura. Se quedan con la suya, con la que, por otra parte, nosotros tampoco sabríamos qué hacer (¡¿Qué es eso de la integración recíproca?! ¡¿Qué síntesis idealistas y marxistas cargadas de optimismo ni qué ocho cuartos?!). Un hermoso joven masái, alto, fuerte, cubierto en todo su salvajismo de collares, brazaletes y anillos, carece por completo de lo que nosotros denominamos «dignidad viril»: es juguetón, bobo, risueño, encantador y crédulo como una niñita.

La idea del hombre maduro vestido de gris, eficaz, limpio, fuerte, o la del jovencito con un buen corte de pelo, camisas sobrias, pantalones meticulosamente castos si es puritano (y todo de un nivel económicamente más bajo y menos aséptico si es católico y del Sur), no encuentra aplicación alguna entre los

Scanned with CamScanner

hombres del pueblo masái que, por lo demás, están dotados de las mejores cualidades masculinas. Un hombre del tipo clérigo-fascista es impensable dentro del cuerpo de un masái.

No todas las civilizaciones campesinas han producido regímenes faraónicos a través del módulo del monoteísmo. La degeneración se produjo después. De hecho, la ciudad griega es inconcebible fuera del politeísmo: su pluralidad tenía, en la especialización de los dioses, una especie de arquetipo. Alcibíades se vestía como un masái.

San Pablo y Mahoma volvieron monoteísta el mundo campesino histórico: los personajes como Alcibíades empezaron a convertirse en «diferentes», incapaces de alcanzar y defender la dignidad viril que imitaba la del padre; y los pobres pueblos que se quedaron en un estadio anterior de la evolución religiosa (!) comenzaron a parecer inferiores, en lo que fue todo un ejercicio de racismo. El monoteísmo judío ya había prefigurado todo esto.

Así pues, los recolectores y los campesinos animistas o politeístas empezaron a configurar un «mundo inferior»: ¡también en el Tercer Mundo existen las Jerarquías!

Los revisionistas rusos, campesinos monoteístas convertidos en pequeñoburgueses, visitan el Tercer Mundo y se ponen en contacto con el «buen salvaje» con la misma suficiencia viril que ostenta el ejecutivo americano.

En Al Hudayda, en la pista de un aeropuerto abandonado en medio del desierto, vi llegar un enorme coche negro con visillos. No viajaba en él un obispo ni un general, sino un buen Padre ruso, vestido de gris: una autoridad con una sólida estructura paterna entre los enclenques yemenitas, pajilleros y medio amariconados, encantadores y harapientos.

En el caso de los chinos la historia es quizá más patética. También ellos son aprendices de visitante del Tercer Mundo, llegan a él con carisma y sin vínculos, y se ponen a hacer de hermanos mayores o de madres —invisibles e inaccesibles en su mayoría—.

Los somalíes son como chiquillos llegados desde sus bosques, si son animistas (en cambio, si son musulmanes ya son un

Scanned with CamScanner

poco hoscos y «defendidos»). Al emigrar a la ciudad de Mogadiscio encuentran al papá de Casale Monferrato o de Forlimpopoli, que vete a saber dónde sepultó sus miembros: en él se encuentra la dignidad viril que los defiende.

Junto a este papá encontramos hoy al papá soviético, también él con una enorme polla dura como una piedra, casado, lleno de dignidad, protector, compasivo y severo, pero del todo incapaz de «hablar» con el buen salvaje.

El gobierno somalí, socialista, ¿qué hace? Intenta imponer a los ciudadanos el modelo de la dignidad viril del mundo monoteísta, campesino, pequeñoburgués, occidental (y oriental): ¿quién podría reconocer al papá, a la mamá y al hijito somalíes, de no ser por el color de la piel, en las imágenes de esas enormes vallas que publicitan el régimen y la monogamia, con la inscripción inaudita de «FAMILIA SANA PARA UNA SOCIEDAD SANA»? Estamos en pleno Tercer Mundo.

El ideal del buen salvaje urbanita es el de servir como un buen hijo: hacer de criado, mozo de cuerda, soldadito o chófer, reservándose un espacio privado donde comportarse sin ningún tipo de dignidad (a la que se adecúa en público cual autómata, obediente).

Sí, es cierto que las pequeñas tribus esparcidas por el bosque (unas ochenta sólo en Costa de Marfil, cada cual con una cultura y una lengua radicalmente distintas) convierten sus propias aldeas en pequeños campos de concentración, donde autotorturarse con la observación de tabúes milenarios. No cabe duda de que no poseen un concepto liberador del amor libre. Así y con todo, eso de ofrecerles a cambio la respetabilidad hipócrita y conformista de una familia sana...

Lloré lágrimas sinceras frente a un pequeño ídolo de la tribu baule, hecho de madera y fibras vegetales; lloré porque aquél era el pequeño numen campesino del Lacio de Turno. Lágrimas derramadas sobre un mundo perdido, incluso en sus últimas ramificaciones: y es que el poder industrial ha arrojado por la borda al monoteísmo campesino, que durante tanto tiempo fue módulo e instrumento de poder.

Scanned with CamScanner

¡Extraño! *¡El modelo de un «consumidor» ya no puede ser un modelo de dignidad paterna!* El consumidor tiene que ser un hombre ligero, infantil, voluble, curioso, juguetón y crédulo. El comprador es, en práctica, una niñita. ¿Se quebranta el monoteísmo con el Padre que da y no toma? ¿Se quebranta su dominio histórico de la pequeña burguesía occidental y roja, dejando paso a un politeísmo de Bienes donados por un Padre *que no quiere ser imitado*?

Por lo demás, en el corazón de la civilización europea y americana, quien disiente de sus reglas se adelanta instintivamente a los tiempos, renunciando en primer lugar a la dignidad viril, es decir, disintiendo del padre. Toda la juventud disidente se viste, se mueve y se comporta de una forma que, ante todo, se diferencia del estilo de vida fascista, o potencialmente fascista, de los países imperialistas: la falta de dignidad en el vestir o, mejor dicho, la elección muy consciente de una ropa de bufón; la debilidad muscular, el pelo largo como el de las mujeres, el pacifismo; la indigna ansia de mendigar, la aspiración a dormir en cuevas, en desvanes, en sótanos o debajo de los puentes. Un joven disidente carece de dignidad viril como un recolector de América Latina que deambula por el bosque, y caga donde le place, como las adorables bestias.

Scanned with CamScanner

DEMASIADA LIBERTAD SEXUAL OS CONVERTIRÁ EN TERRORISTAS[1]

Han bastado pocos años —cinco o seis— para que en Italia —al menos en la Italia central y meridional, y sobre todo urbana— la relación sexual entre hombres y mujeres cambie radicalmente.

La transformación de esta relación es profunda.

Italia ya no está pintorescamente caracterizada por la presencia de grupos de jóvenes que se pasean, o están sentados en las plazuelas, solos, con sus motos o su complicidad viril: ahora, en medio de estos grupos «siempre» hay una chica. Incluso en los campos donde los chicos juegan al balón, que es un juego de hombres, y donde es natural que estén solos, siempre hay alguna chica. La presencia de estas chicas entre los hombres, que otrora estaban solos, cambia la fisionomía de Italia.

Sin embargo, lo que no se ve es aún más impactante. Sobre todo en las ciudades, ya no hay calle, esquina o manzana donde no haya al menos una o dos chicas menores a disposición de todo el mundo. Es cierto que se trata de casos extremos, pero estos casos extremos son harto frecuentes. De aquí se deriva que en cada calle, esquina o barrio de la ciudad, todos los chicos, también (y sobre todo) los menores, tienen donde «desahogarse».

[1] Publicado en *Tempo* el 16 de julio de 1972.

Scanned with CamScanner

De hecho, ya no veréis a grupos de jóvenes rondando a las prostitutas: empiezan a ignorarlas. En Italia —parece increíble— están desapareciendo la prostitución —al menos en su forma tradicional, bulliciosa y casi jovial—, los fuegos de las meretrices en los campos de la periferia, sus casuchas... Ahora sólo frecuentan esos lugares los hombres de mediana edad o los viejos. Los jóvenes hacen otras calles.

Esta repentina permisividad sexual —que conlleva algunas consecuencias lógicas y justas, como la desaparición de la prostitución de bajo nivel, por así llamarla— también tiene unas consecuencias, por ahora, inesperadamente negativas. Conlleva, entre otras cosas, el conformismo sexual.

Y es que, por ejemplo, mientras que hasta hace unos años tener novia era para un adolescente una aspiración justa, aunque reprimida y conservada en su fuero interno —en las largas esperas en el andrón—, ahora la novia es una obligación. Una obligación precisamente porque, al ser más fácil tener novia, y como todos tienen desde muy pronto, ¡ay del que no tenga! Así pues, el terror a estar sin novia crea la obligación del emparejamiento y, por ende, el nacimiento de un enorme número de parejas artificiales, que no están unidas por otro sentimiento más que la conformidad de usar una libertad que todos usan.

La obsesión por tener pareja clausura una infinidad de relaciones, y sobre todo de intereses (también de tipo no sexual), posibles. Priva a los chicos, de manera precoz, de la libertad y la disponibilidad. Es en las sociedades tolerantes y permisivas donde con más frecuencia se dan casos de neurosis, pues las parejas exigen que se exploten obligatoriamente las posibilidades que ofrecen, es decir, exigen esfuerzos desesperados para no ser menos en una competitividad sin límites. Además, la permisividad hace florecer —precisamente porque las permite— las diferencias, y, de hecho, es esta permisividad la que crea los guetos.

Así las cosas, las chicas italianas —en una sociedad repentinamente permisiva— han obtenido en unos cuantos años todos los derechos que durante siglos y milenios se les habían denegado: ante todo, el derecho a la libertad sexual. Una enorme

Scanned with CamScanner

cantidad de chicas (la mayoría) se la ha tomado y punto, convirtiéndola inmediatamente en una costumbre, con sus codificaciones correspondientes. Una pequeña cantidad, como era de esperar, ha hecho de esa libertad una licencia ilimitada. Y son ésas de las que hablaba antes, las que en un cine «satisfacen» a decenas de chicos de su edad, o se dejan tomar por decenas de chicos en las discotecas, en los sótanos o en los campos de la periferia (no estoy exagerando, son cosas que sé a través de testigos directos), las que están sustituyendo en bloque la función de la prostitución. Por último, otras chicas (también una minoría) intentan integrar esta libertad sexual con otras formas de libertad. Y ahí está la clave.

La libertad sexual «por sí sola» conduce a graves desequilibrios (sobre todo cuando está recién adquirida): en la cabeza de las jovencitas menores de hoy en día, que descubren la sexualidad como normalidad en el mejor de los casos, y como licencia ilimitada en el peor, no hay, en definitiva, nada más que ese sentimiento, que se integra solo, y automáticamente, en el ansia consumista, en el esnobismo pequeñoburgués, etc., típicos de la misma sociedad que produce la permisividad sexual.

Hacer el amor es bello. También lo es hacer el amor de manera excesiva, obsesiva, anormal. Sin embargo, no puede ser el único interés: tiene que haber otros intereses, digamos, culturales. Mientras que los chicos jóvenes, también los de pueblo, empiezan a padecer formas de neurosis de tipo burgués a causa del conformismo que nace de la tolerancia, las chicas empiezan a padecer formas de neurosis hasta ahora desconocidas a causa del exceso de libertad sexual, carente de compensaciones, carente de una libertad análoga en el campo cultural.

Sólo las chicas burguesas —por lo general las que estudian— tienen la posibilidad de integrar la libertad sexual obtenida de manera repentina, ya sea mediante la conciencia de dicha libertad, ya sea con otras formas de libertad.

Es esta «novedad» más grande y profunda la que crea otros casos-límite diferentes. Hasta ahora hemos visto el caso-límite de jovencitas «demasiado libres» en la Italia urbana centro-

Scanned with CamScanner

meridional; ahora deberíamos poner el foco de atención en el Norte (donde ya se había adquirido un cierto grado de libertad sexual con la primera industrialización) y observar la presencia de diferentes casos-límite, cuyo símbolo extremo podría ser precisamente el de la extremista Meinhof[2].

Varias decenas de miles de chicas del Norte se encontraron de repente, no sólo ante la libertad sexual (que para ellas no hizo más que ampliarse y quedar mejor definida), sino ante la libertad de comportamiento y de elección política. Sin embargo, también aquí se produjeron desequilibrios análogos a los de sus coetáneas de las regiones menos desarrolladas industrialmente y, por ende, menos preparadas para los nuevos estilos de vida de la nueva burguesía.

De la misma manera que estas últimas codificaron inmediatamente la libertad sexual, al convertirla de manera conformista en una costumbre o una regla (conformismo del que adolecen sobre todo los chicos, mientras que ellas, como hemos visto, sufren por la dificultad a la hora de no transgredir por exceso dicha regla), las primeras —las burguesas del Norte— asumieron de manera inmediata e instintiva una función codificadora en los grupos extremistas a los que —merced a una explosión de libertad— se afiliaron.

Por un lado, junto a los chicos, las chicas ideaban nuevas formas de lucha, de expresión de dicha lucha, de comportamiento social y político, etc., etc. —todas las formas existenciales que caracterizaron la primera fase de la tensión «extremista»—. Por otro, dentro de esos grupos, las chicas tendían a «codificar» inmediatamente todo lo que se descubría: a dar firmeza de regla y validez de adquisición a todo aquello que día a día iba surgiendo —al menos verbalmente— como revolucionario. Así pues, su camaradería con los chicos consistía precisamente en eso: en solidificar lo fluctuante, en convertir en cierto lo que aún era in-

[2] Ulrike Marie Meinhof (1934-1976), periodista y revolucionaria alemana, una de las fundadoras del grupo terrorista alemán Fracción del Ejército Rojo.

Scanned with CamScanner

cierto, en cristalizar, adueñarse y conservar las nuevas «invenciones». Las chicas tuvieron una gran influencia a la hora de dar un aspecto dogmático y fanático a las experiencias pragmáticas y empíricas de los movimientos extremistas. La razón es que no podían dejar de acarrear determinadas costumbres femeninas, desde la antigua cultura y la antigua historia, hasta la nueva cultura y la nueva historia de las que se convirtieron, de repente, en protagonistas.

Meinhof vivió la clandestinidad de manera conformista y aceptó de manera dogmática las nuevas ideas insurrectas: es evidente que su función era «ofrecer una confirmación» a los chicos jóvenes, tranquilizarlos y asegurarles la posibilidad de institucionalizar las arriesgadas investigaciones que habían hecho juntos, y establecer, también para el futuro, su valor. El radicalismo, ya se sabe, siempre ha sido típico del espíritu conservador: al llevar parte de este espíritu conservador a los movimientos extremistas de izquierdas se creó un tipo de extremismo que es psicológicamente de derechas. También se sabe que en una estructura todo es coherente, que no hay nada «de otra naturaleza», y eso vale incluso para una estructura tan sumamente compleja como una sociedad moderna. Así las cosas, no hay de qué sorprenderse si la combinación entre un impulso nuevo y revolucionario y las viejas costumbres conservadoras y codificadoras de las inmensas masas pequeñoburguesas provoca unos resultados monstruosos.

Scanned with CamScanner

POLÍTICAS DE LA RESISTENCIA

Scanned with CamScanner

¿TAMBIÉN MARCUSE ES UN ADULADOR?[1]

Sé que en su entrevista concedida a *Paese Sera*[2], Marcuse definió a los jóvenes estudiantes como «los verdaderos héroes de nuestro tiempo» («héroe» en sentido positivo, no, por ejemplo, como podría emplearse para referirse a Hitler o a Molotov).

Por tanto, ¿es también Marcuse un adulador? Probablemente él quería decir «protagonistas», es decir, héroes en una acepción incierta. Sin embargo, yo diría más bien «antagonistas», pues los verdaderos protagonistas siguen siendo los mayores y los jóvenes que apoyan la causa de sus mayores (es decir, protagonista es la mayoría).

Por otro lado, hay que señalar que, si bien es justo distinguir el problema de los jóvenes en Occidente del problema de los jóvenes en Oriente, se me antoja aún más necesario distinguir el problema de los jóvenes en países de cultura *también* marxista del problema de los jóvenes en países que no tienen una cultura marxista.

De hecho, Marcuse habla de «héroes» (digamos «antagonistas») refiriéndose en particular a Norteamérica y a Alemania occidental: dos países que carecen de una tradición cultural

[1] Publicado en *Nuovi Argomenti*, n. 10, abril-junio de 1968.

[2] Quiero aclarar que esta nota es pretextual, es decir, que aquí analizo al Marcuse manipulado por la entrevista, no al de verdad (N. del A.).

Scanned with CamScanner

marxista. Y en este caso es perfectamente lícito atribuir a su función antagonista la acepción de «heroica» en un sentido positivo. Mucho menos lo sería en países como Francia e Italia (donde hasta el mismo papa ya ha asimilado en sus encíclicas la tradición cultural marxista).

Es precisamente la actitud y la acción política de los jóvenes de Francia e Italia lo que muestra el trasfondo «adulador» y la imprecisión de la frase del Marcuse «entrevistado».

En efecto, los estudiantes franceses e italianos, al poner en tela de juicio (y con razón) la cultura marxista tradicional, en lugar de reconstruirla avanzando, en realidad la rechazan retrocediendo, pero ¿hacia qué posiciones retroceden? Hacia posiciones propias del Resurgimiento[3]. La analogía entre los movimientos constitucionales de 1848 y los movimientos reformadores de 1968 es impresionante. Y ¿qué significa esto? Significa que en las barricadas la burguesía toma partido contra sí misma, que los «hijos de papá» se rebelan contra los «papás», continuando con una tradición en la que la verdadera protagonista de la historia es la burguesía. En conclusión, los estudiantes son una miríada de pragmáticos y enérgicos McLuhan[4] que, prácticamente, ponen en tela de juicio su mundo burgués para reificarlo.

Añado que su indiferencia por la Resistencia demuestra que la Resistencia no significó (como erróneamente se cree) el último episodio del Resurgimiento: en ella también participaron los obreros y los campesinos. Así pues, si bien de manera parcial y confusa, también tuvo un cariz revolucionario.

Ahora, la meta de los estudiantes ya no es la revolución, sino la guerra civil. Repito: la guerra civil es una guerra santa que la burguesía combate contra sí misma porque, como dice el viejo Lukács, «la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar constantemente los instrumentos de producción, las relaciones de producción y, por tanto, las relaciones sociales.

[3] Es decir, el proceso histórico de unificación de Italia desarrollado a lo largo del siglo XIX.
[4] Marshall McLuhan, filósofo y educador canadiense, que en los años sesenta acuñó y popularizó el término «aldea global».

Scanned with CamScanner

Por tanto, si los estudiantes son héroes, son héroes de una guerra civil cuyas primeras batallas tal vez ya se estén combatiendo, y que se saldarán con una derrota, dado que su victoria no significaría más que la realización de una serie de inteligentes y rápidas reformas (las guerras civiles, incluso las que ganan los «nuestros», siempre han tenido las mismas consecuencias). Como quiera que sea, hay que decirlo bien claro: adiós, Revolución. La historia futura es una historia burguesa, gracias a sus buenos y heroicos estudiantes[5].

[5] Cuando escribía esta nota, no se había publicado aún la estúpida nota prehistórica de *Pravda* contra Marcuse (N. del A.).

Scanned with CamScanner

LOS *MENEGHELLI*. UNA NUEVA MÁSCARA ITALIANA[1]

Por analogía con *untorello* o Stenterello[2].

Los *meneghelli* son pequeñoburgueses (¡sí, ya estamos otra vez!) que, habiendo elegido (quién sabe por qué: ¿por masoquismo o por amor a la verdad?) el camino político difícil o justo, no sólo no dejan de ser pequeños burgueses, *sino que pasan a serlo aún más*.

¿Qué es lo que sucede realmente en esas almas desgraciadas? Han nacido y crecido en un ambiente católico, respetable, precavido, avaro, prudente, astuto, etc. (todas esas listas de adjetivos son bien conocidas). El niño ha sido un capullín[3] en manos de madres gordas (o quizá delgadas, qué importa), del párroco, de los amigos destinados a ser primero universitarios despreocupados y puteros (variante católica clásica), y luego otra vez buenos burgueses como sus padres, etc. (amén). Añádase a todo esto (la palabra *meneghello* es de origen véneto) el gusto

[1] Texto inédito escrito en 1968.

[2] En la comedia del arte italiana, el Stenterello es una máscara tradicional florentina que a menudo representa al sirviente haragán e ingenioso. Conviene saber, asimismo, que con el término *untorello* el italiano designa a una persona sospechosa, malvada, pero a la que se la considera incapaz de hacer grandes daños, y por ende no preocupa demasiado. Pasolini juega aquí con estos conceptos y el apellido de Leopoldo Meneghelli, un periodista que lo atacó en *Mondo nuovo* el 23 de junio de 1968..

[3] El término original, *farlocco*, se difundió en italiano alrededor de los años cincuenta, pues aparecía en boca de los personajes de los suburbios romanos de las películas de Pasolini. Lo usaban los tironeros para referirse a las víctimas potenciales (por lo general turistas), cuyo comportamiento típico era el de un individuo desprevenido, distraído por el contexto, al que era fácil timar o robar.

Scanned with CamScanner

por la mentira mentirosa y el cotilleo (más trágico). He aquí, de manera torpe (por obvia), una educación sentimental. El hijo —que es producto de esa educación—, en lugar de seguir el camino recto y católico, se desvía y toma el camino revolucionario —cree que ha llegado el momento en que puede hacer explotar su propio carácter, en que puede ser completamente él mismo, es decir, en que puede ser *inmediato*, inventivo—, y habla improvisando, metiéndose en la boca del lobo, encontrando por fin la sinceridad total, la *inspiración*. Así pues, el hijo tiene la verdad de su parte; una verdad redescubierta, propia de las conversiones y, por ende, verdaderamente verdadera. De haber seguido siendo un pequeñoburgués católico (democristiano), puede que hubiera tenido dudas o miramientos (no contemplamos el caso desesperado de que se trate de un clásico hipócrita, conformista, etc., etc.), y quizá habría tendido hacia una Izquierda católica, etc. Lo que está claro es que se habría avergonzado de dar rienda suelta a su carácter, de destaparse. Habría pensado que, a lo mejor, la Democracia cristiana era tan real y estaba tan cargada de verdad como para cubrirle verdaderamente las espaldas; habría pensado que, a lo mejor, sus rabias, sus odios y sus desahogos eran producto de un error de raíz, etc.

Al militar en el PSIUP[4], los *meneghelli* pasan a ser unos convertidos: la gracia se ha posado sobre ellos. Han vuelto a descubrir la posibilidad de entonar el canto de los extrovertidos, de abandonarse, de ofrecerse a sí mismos en toda su plenitud como los *meneghelli* redimidos que son. Reificados por la palingenesia, redescubren la bondad de la polenta, el placer de las convicciones colectivas, la euforia de las condenas expresadas contra unos y otros en la cafetería de la plaza, el coño. Convencidos de la palingenesia, creen en la bondad de su naturaleza, creen en su naturaleza *tout court*.

Yo fui uno de los que en las últimas elecciones dudó entre el PSIUP y el PCI; luego voté por este último. De hecho, los

[4] Siglas del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria.

Scanned with CamScanner

meneghelli son las personas que menos me gustan de este mundo. Uno de estos *meneghelli* escribió en el periódico del PSIUP, *Mondo Nuovo*, algo que no sólo desacredita al diario, sino el espíritu de toda una corriente política.

Reproduzco íntegramente esta obra de arte de nuestro *meneghello*, para información del lector:

> El odio hacia los estudiantes que rezuma la poesía es el odio del literato burgués hacia los hombres de su misma clase que, cuando toman una decisión revolucionaria, y actúan en consecuencia, ponen al descubierto la vanidad del burgués y de sus rebeliones llenas de lágrimas y recompensas opulentas. La comprensión, el afecto instintivo por los policías «hijos del pueblo» (hijos del pueblo como lo eran, y Pasolini sin duda lo sabe, los soldados de las brigadas negras que mataron a su hermano); la incapacidad de entender los términos reales en que luchan las clases hoy en día, en esta sociedad; o la visión libresca e inmóvil de la clase obrera: todos son elementos típicos de alguien que cuando quiso «ir hacia el pueblo» —permaneciendo, por lo tanto, claramente separado— eligió, y no por casualidad, al subproletariado, es decir, los hombres hacia los que podía descender desde sus alturas y con los que establecer una relación paternal.

No quiero hacer ninguna observación porque, naturalmente, sería demasiado fácil. Sólo me permito hacer una aclaración que concierne a los hechos puros y duros: mi hermano combatió en la Resistencia en una formación partisana (la «Osoppo»), con el carné del Partido de Acción en el bolsillo; quienes lo mataron no fueron fascistas, sino comunistas italianos y eslavos. La razón de esta masacre fue que en aquel periodo la Yugoslavia partisana quería anexionarse una parte de Friuli, y la formación en la que combatía mi hermano se había opuesto a esa amenaza intolerable de anexión territorial. Éstos son hechos juzgados (con graves condenas para los asesinos), que nadie puede poner en duda; y Porzûs, el horrible lugar donde Guido murió, de varios tiros en la nuca, es una de las páginas más oscuras del comunismo, incluyendo todos los años estalinistas, y por tanto abarcando también al antiestalinista Tito.

Scanned with CamScanner

Pertenecer al PSIUP no sólo no da derecho a los *meneghelli* a aprovecharse, con una demagogia tan inhumana, de estas cosas, sino tampoco a ignorarlas.

¿Qué horrenda conclusión puedo sacar de esta estúpida polémica? Es sencillo: a nivel de la pequeña burguesía, en Italia no hay democristianos, fascistas, comunistas, nacionalistas, estudiantes, etc. Sólo hay, para nuestra desgracia, italianos.

En cambio los obreros y, más aún, los pobres (sí, soy *populista*, al igual que Bulgákov era *místico* en la corte de Stalin) *no son italianos*: hasta ahora han estado excluidos de la historia y de la cultura italiana, relegados así a la prehistoria (los campesinos) o a su propia historia, incipiente e híbrida (los obreros). También son *no italianos* los intelectuales que no creen que el carné de un partido es palingenésico, y que por tanto se ponen en tela de juicio a sí mismos en todo momento y en todos los aspectos, para no tener que defender ninguna oficialidad, ninguna institución y ningún interés (ni siquiera estratégico) en vista de una posible revolución. En definitiva, los intelectuales que no tienen la religión del comportamiento.

Scanned with CamScanner

Pertenecer al PSIUP no sólo no da derecho a los *meneghelli* a aprovecharse, con una demagogia tan inhumana, de estas cosas, sino tampoco a ignorarlas.

¿Qué horrenda conclusión puedo sacar de esta estúpida polémica? Es sencillo: a nivel de la pequeña burguesía, en Italia no hay democristianos, fascistas, comunistas, nacionalistas, estudiantes, etc. Sólo hay, para nuestra desgracia, italianos.

En cambio los obreros y, más aún, los pobres (sí, soy *populista*, al igual que Bulgákov era *místico* en la corte de Stalin) *no son italianos*: hasta ahora han estado excluidos de la historia y de la cultura italiana, relegados así a la prehistoria (los campesinos) o a su propia historia, incipiente e híbrida (los obreros). También son *no italianos* los intelectuales que no creen que el carné de un partido es palingenésico, y que por tanto se ponen en tela de juicio a sí mismos en todo momento y en todos los aspectos, para no tener que defender ninguna oficialidad, ninguna institución y ningún interés (ni siquiera estratégico) en vista de una posible revolución. En definitiva, los intelectuales que no tienen la religión del comportamiento.

Scanned with CamScanner

E. M. (EXTREMISMO METAPOLÍTICO)[1]

Antes que nada he de decir que no me encuentro en un momento muy feliz de mi vida de intelectual: tengo la vaga sensación, por ejemplo, de que aquí mis palabras resuenan sin el carácter de la novedad ni de la autoridad.

La explicación psicológica podría resultar la más fácil y atractiva para mí, pero renuncio a ella. La verdadera explicación es de carácter económico: resulta que yo empecé a trabajar en una época en la que se pedía a los productos la cualidad de la larga duración: sin esa garantía ni siquiera se los tomaba en consideración. En cambio, hoy sigo trabajando (sin haberme adaptado a los tiempos) en una época en la que, al contrario, se pide a los productos la cualidad del consumo rápido: el buen acabado, no el valor.

Cuando esta idea de la poesía como producto consumible de manera rápida y acaso fácil —utilitarista y pragmática a efectos prácticos, vamos— pertenece a los jóvenes, no hay nada que decir, a menos que no se quiera hacer moralismo retrógrado (y es que de vez en cuando también hay que saber arriesgarse). Sin embargo, que esta idea, por puro servilismo, por pura ansia de estar ahí, sea adoptada por hombres, no digo ya ancianos, sino maduros, no puede por menos que suscitar indignación.

[1] Texto publicado en *Nuovi Argomenti*, n. 31, enero-febrero de 1973, como prólogo a *Otto domande sull'estremismo*.

Scanned with CamScanner

Noventa[2], hará unos quince años, decía que la «cultura oficial italiana es culpable de considerarse inocente», y lo decía en su calidad de extravagante, de excluido o autoexcluido. Lo decía erigiéndose como portavoz de la cultura *underground*, que él llamaba, más correctamente, «subterránea».

Es cierto: todos nosotros, hombres públicos de la cultura, nos consideramos en realidad inocentes. Algo que puede considerarse, sin duda, una culpa. Sin embargo, es precisamente gracias a esta ilusión culpable, la ilusión de la inocencia, que, de alguna manera, se abre camino en nosotros la única verdad posible, para que así pueda nacer ese «pequeño libro», de historia y de vida (en palabras de Noventa), que luego se pierde sistemáticamente...

La «cultura subterránea», como le ocurre siempre a las culturas nuevas, y por ende antioficiales, tiende ante todo, sin falta, a echar por tierra esta ilusión de inocencia y a situar a quienes se ilusionan frente a su culpa.

Así pues, ante todo, esta cultura «nueva y subterránea» —en otras palabras, cronológicamente «joven»— NO QUIERE ser culpable de sentirse inocente. Y no sólo asume desde el principio su responsabilidad, sino que pretende que, justo después, la asuman también quienes ya lo hicieron una vez, *in illo tempore*, en el origen, cuando también ellos eran jóvenes.

Sin embargo, en este caso, conocer la culpa de uno mismo no sirve de nada.

También la joven generación que se expresó en la revuelta del 68 quiso desde el principio «no ser inocente», con lo que arrastró en su autoacusación calvinista a quienes ya llevaban mucho tiempo replegados en su sentimiento de inocencia.

La inocencia, para entendernos, se identifica con los valores constituidos.

La destrucción de la inocencia es destrucción de valores.

[2] Giacomo Noventa, pseudónimo de Giacomo Ca' Zorzi (1898-1960), fue un poeta y ensayista italiano, autor de *Hyde Park*, libro publicado en Milán por Scheiwiller en 1972, donde aparece la frase citada a continuación por Pasolini.

Scanned with CamScanner

Todos y cada uno de los jóvenes, junto a sus coetáneos, instauran nuevos valores que en un primer momento sólo viven existencial o ideológicamente. La *verdadera racionalidad* llega —al menos en una cronología ideal— en una etapa sucesiva. Con ella se codifica el nuevo valor, y hete aquí que se vuelve a producir, en sus portadores, la culpa de sentirse inocente, etc.

La generación de la revuelta del 68 ya vive actualmente, en 1972, la culpa de sentirse inocente: el proceso ha sido de una rapidez «de consumo» fulmínea. Cuatro breves años que han tenido el mismo peso que los largos veinte años que necesitaron los chicos del 45, que ahora ven cómo se les coloca —inútilmente, por lo demás— frente a su culpa.

Sin embargo, entre los chicos del 45 y los chicos del 68 están quienes fueron chicos durante los años cincuenta. Es decir, hay una «generación de por medio» que ahora ronda los treinta o cuarenta años.

¿Cuáles son las características de esta generación?[3]

Un veinteañero de los años cincuenta —literato u hombre de cultura—, que ahora tiene entre treinta y cuarenta años, nunca se enfrentó, viviendo una cultura «filial», a la aceptación de una culpa frente la certeza de la inocencia que caracterizaba a la cultura «paterna». ¿A qué se debe esto? Quizá se deba a que sus «padres», en aquellos años, estaban haciendo con retraso lo que normalmente se hace a los veinte años, y que el fascismo y la guerra les habían impedido. Eran, en resumidas cuentas, «padres» forzosamente jóvenes. Sea como fuere, la institución de los valores del antifascismo y de la Resistencia generó un estado de inocencia atrasado y más persistente de lo normal. Hablo —simplificando— de la cultura del esfuerzo y de la potencial hegemonía cultural de la Izquierda.

Por lo tanto, quienes fueron chicos durante los años cincuenta (me acuerdo de ellos perfectamente) y, según las exigencias

[3] Se entiende que hablo de personas con formación, especialmente en el ámbito de la literatura y, quizás, en el de la sociología (N. del A.).

Scanned with CamScanner

naturales de la relación entre padres e hijos, habrían tenido que desmitificar dicho sentido de la inocencia «atrasado y persistente», no hicieron sino aceptarlo.

Aquello, huelga decirlo, era antinatural. Y, en efecto, lo que ha ocurrido es que el odio que esos chicos habrían debido albergar a su debido tiempo, y con razón, hacia nosotros, padres jóvenes, se ha desencadenado ahora. Sin embargo, ya no es el odio inocente, aunque feroz, de los chicos.

¿Y cómo se manifiesta ahora ese odio? Se manifiesta a través de la aceptación de los argumentos desmitificadores de los nuevos hijos (los del 68) y, por ende, de su mentalidad, de su moralismo, de su violencia...

Pero llegados a este punto será mejor poner un poco de orden, al menos desde un punto de vista nominal y cronológico.

Vaya por delante que siempre he detestado hablar de generaciones, y que si lo hago, lo hago en parte por diversión y en parte porque las que defino aquí como «generaciones» no son en realidad más que «categorías».

Llamemos a la generación que produjo la cultura oficial de la posguerra (y que perdura hasta hoy), «generación de los atenienses».

Llamemos a la generación sucesiva, la que no luchó edípicamente contra sus padres atenienses, «generación de los salaminos».

Llamemos a la generación actual, la de la revuelta del 68, «generación de los lacedemonios».

Como el papel protagonista —y negativo— de este texto está interpretado por la generación de los salaminos, tomemos a uno de sus exponentes, es decir, un veinteañero de finales de los cincuenta (ahora, repito, entre los treinta y los cuarenta años): ¿cuál era el panorama cultural que se presentaba ante sus ojos en el momento de su formación?

La cultura era, en efecto, una «cultura oficial», pero al mismo tiempo era fundamentalmente una cultura «de oposición»: sus valores se basaban en el antifascismo y en un marxismo aún virgen (en el plano del amplio consumo). Así pues, dicha cultura

Scanned with CamScanner

era oficial, pero seguía presentándose, atrasada y persistentemente —como ya he dicho—, como subterránea, herética, antiestatal, antioficial.

Al mismo tiempo, y muy a su pesar, el salamino no podía evitar, por fatalidad natural (!), empezar a vivir *existencialmente* nuevos valores: los llamados —durante aquellos mismos años o poco después— valores del neocapitalismo, del neoempirismo, de la técnica.

En otras palabras, mientras que por un lado el salamino (aunque no fuese comunista) aceptaba las reglas de una cultura de padres jóvenes que él no podía ni contradecir ni desmitificar, pues dicha cultura aún se le presentaba como «filial», y por lo tanto —junto a sus jóvenes padres— sentía su inocencia, por otro también empezaba a corroerla, a minarla, a subestimarla, pues sin ser consciente vivía los ya mencionados nuevos valores. Nuevos valores que de ahí a pocos años destruirían por completo esa disposición ideológico-política que él no había osado jamás poner en entredicho, ni siquiera por un instante.

Mientras que los atenienses ya estaban cómodos en su culpa de sentirse inocentes y pasaban por la fase de racionalización de esos valores que ya los habían determinado existencialmente, en su comportamiento y en sus libros, el buen hijo salamino se preparaba para asestarles un golpe mortal, «especializándose», es decir, preparándose a hurtadillas para convertirse en un técnico de esa misma sociedad contra la que él —aliado antinatural de sus padres atenienses— combatía con orgullo.

Así pues, mientras el salamino se hacía un hombre —incluso en el campo estrictamente literario, su cultura ya no era única y exclusivamente italianista; su internacionalismo era de un nuevo tipo, que se correspondía con el internacionalismo de las grandes industrias, etc.— se preparaba para identificarse con la figura del técnico, del ejecutivo, poniendo una irónica barrera entre él y la arcaica Italia de los atenienses. Tras tomar conciencia de todo esto, nuestro salamino, que ya no era un veinteañero, también empezó a librar una batalla —ya atrasada—, que ya no era edípica y sí un tanto ridícula, contra los envejecidos

Scanned with CamScanner

atenienses. Sin embargo, era una lucha únicamente en nombre de su preparación y de su información.

Al amoldarse a aquellos valores, que estaban fuera de su cultura electiva, que iban, mejor dicho, contra la naturaleza de dicha cultura (valores, repito, que sólo vivió existencialmente), el salamino había desarrollado una personalidad —indiferente a los valores y preocupada sólo por los resultados— que ahora le impedía, dado su anacronismo, entablar una polémica explícitamente *política* con sus padres atenienses: aquello era algo que él desdeñaba, con lo que se limitó a polemizar con ellos dentro de los límites de la cultura específica, o de la literatura, aún más estrechos.

Sin embargo, al haber vivido existencialmente los valores neoburgueses que lo llevaron a esta lucha parcial y casi jergal contra sus padres, el salamino había experimentado un cambio profundo en su personalidad —*anthropos* o *psyché*— y empezaba a prefigurar a ese hombre futuro —estrictamente tecnificado, perfectamente preparado, racional hasta la médula— que la sociología salamina de aquellos años preveía con toda claridad (instaurando, entre otras cosas, la ciencia de los futuribles).

No obstante, repito, el salamino *no tuvo ni una sola palabra de condena política contra sus padres*.

Había pasado de un conjunto de valores a otro conjunto de valores, de una inocencia a otra inocencia: no había llegado nunca, como hicieran en su momento los atenienses, a la racionalización de esos valores que antes habían vivido existencial e ideológicamente.

Por lo tanto, el salamino vivió una experiencia vital e histórica anómala; vivió sólo existencialmente, y a través de una interpretación ideológica parcial, unos valores que *luego nunca pudo racionalizar*: la racionalidad del salamino seguía perteneciendo nominalmente a esa cultura «ateniense» de oposición marxista de los años cincuenta en la que él se había formado.

Tomemos ahora al veinteañero típico del 68, que hemos llamado lacedemonio.

¿Cuál era el nuevo teatro cultural en el que inauguró su propia acción precoz?

Scanned with CamScanner

Un teatro, no cabe duda, que se estaba desmoronando: por una parte sobrevivía la cultura de los padres atenienses, que entre tanto se habían convertido en abuelos —la cultura de la oposición racional, de la Revolución táctica, de la lucha sin victorias, etc.—. Por otra ya se estaba asentando la cultura de los nuevos padres jóvenes, los salaminos, que nominalmente era la misma que la de los atenienses (a pesar de las discusiones literarias y metodológicas) y, fundamentalmente, era la cultura de la neoburguesía apolítica[4] (información, consumo y técnica).

Así pues, ¿qué hicieron los lacedemonios? Por lo pronto, ávidos de culpa, asumieron todas las culpas de la burguesía, y también del marxismo traicionado, e inmediatamente —con una violencia que todos recordamos muy bien— le echaron en cara sus culpas a todos los culpables. La culpa, asumida por ellos mismos y revelada a los otros, se objetivó e inutilizó su objeto, es decir, el sentimiento de inocencia con sus valores codificados. Este moralismo profundo, insostenible y manierista sólo pudo expresarse a condición de traducirse totalmente en términos políticos.

Por lo tanto, los lacedemonios empezaron a vivir existencial e ideológicamente (al parecer preparándose con gran entusiasmo y una inteligencia milagrosa para la racionalización sucesiva) unos nuevos valores explícita y exclusivamente políticos.

Sin embargo, ni la existencia ni la ideología podían decir cuáles eran estos nuevos valores: la existencia es muda y ciega, la ideología siempre dice *otra cosa* —es decir, es pretextual—. Por lo tanto, aquellos valores existían, pero no se definían. Sólo el momento sucesivo de la racionalización podría darles nombre; pero este momento, a pesar de las halagüeñas previsiones, aún no ha llegado.

Así las cosas, los salaminos se vieron entre estos lacedemonios desencadenados, deseosos de culpa, retorcidos por el pecado, minuciosos en sus errores, bizantinos en sus herejías, ávidos

[4] Véase nota 5, p. 57.

Scanned with CamScanner

de pura acción (señal de la vitalidad y la violencia de los valores que vivían, aunque todavía sin nombre ni definición), y los atenienses, aturdidos por la velocidad con que la historia había retomado su curso, tras una demora tan larga en las trincheras de la guerra fría, del sueño sin la esperanza real de la revolución, del reformismo, etc., y, sobre todo, desesperados porque no les servía de nada que los pusieran frente a sus culpas.

Entre estos dos contendientes —los lacedemonios y los atenienses—, cuando los salaminos, que se sentían comprometidos sólo hasta cierto punto con los viejos, tuvieron que elegir —so pena de ser puestos en la picota—, eligieron inmediatamente a los lacedemonios.

Se aliaron con los lacedemonios e hicieron desaparecer fácilmente todas las pruebas y documentos de su antigua alianza con sus padres culpables. Se sumaron a los lacedemonios, haciendo pasar por fundamentales sus disputas, del todo particulares, con esos mismos padres: utilizando razonamientos bizantinos y adoptando posiciones extremistas junto a los lacedemonios.

Todo esto no sería más que una ridícula comedia si los salaminos, canallas como ellos solos, no hubiesen llevado a cabo dos operaciones diabólicas:

a) Dieron a los lacedemonios —por lo general harto ignorantes en este campo— su cultura literaria específica (que era una vanguardia cuya poca voluntad de integración y servilismo para con el nuevo tipo de patrón se tenía ahora bien escondida).

b) ¡¡Ofrecieron a los lacedemonios su propio lenguaje técnico!!

Por lo tanto, tenemos el siguiente cuadro general:

Los atenienses, que poseen una cultura humanista y usan un lenguaje humanista que aspira a adoptar el lenguaje técnico como uno de sus elementos, como si acaso eso fuera posible.

Los salaminos, que aún tienen una cultura humanista, pero usan un lenguaje técnico que prefigura otra cultura (que ellos ya han vivido existencialmente).

Los lacedemonios, que usan un lenguaje técnico (aprendido de los salaminos y, por ende, idéntico al lenguaje más típico de

Scanned with CamScanner

los sociólogos y científicos burgueses), mientras que su cultura es... es... ¿qué es? Digamos que es una forma de neomarxismo, por utilizar un *flatus vocis*, toda vez que los valores de los lacedemonios, repito, son a día de hoy incoherentes.

Han pasado cuatro años desde el 68 y los lacedemonios no han dado ningún paso hacia la racionalización de los valores que vivieron existencial e ideológicamente cuando eran unos pipiolos.

Así que yo me pregunto: ¿en qué tendría que consistir, fundamentalmente, la racionalización de los valores que fueron vividos con tanta violencia, en la ideología y en la existencia, durante la revuelta del 68?

Probablemente —y digo probablemente—, al menos, en la racionalización de la noción de «extremismo».

Esta noción parece haberse estabilizado semánticamente de una vez por todas, de un modo absolutamente definitivo, tanto en el campo semántico de la terminología comunista como en el campo semántico de la terminología burguesa.

Desde hace ya décadas, para los comunistas tradicionales «extremismo» no significa más que «enfermedad infantil del comunismo». Parece absurdo, pero es así: un eslogan polémico, válido en un momento de lucha determinado, puede servir para satisfacer para siempre la razón y tranquilizar para siempre la conciencia. Me pregunto cómo es posible que una actitud hoy en día tan compleja como la del «extremismo» —en psicología, en política, en la teoría y en la práctica— pueda ventilarse con tamaña definición simplista, que es poco más que una salida graciosa. Repito, puede ser que allá por 1917 los comunistas extremistas presentasen algunas características políticamente infantiles. Sin embargo, los resultados obtenidos por los comunistas políticamente «maduros», desde Stalin a Kruschev, pasando por los burócratas actuales, podrían cuando menos hacer surgir alguna duda.

En el campo semántico del lenguaje político burgués, nos encontramos ante otro tópico debido, como siempre, a esa degeneración de la razón que representa el sentido común:

Scanned with CamScanner

«extremismo» se concibe literalmente, pero en el sentido negativo de una decisión perniciosa y disparatada de la aventura pragmática.

Por lo menos, la definición de los comunistas tiene el mérito de no colocar en el mismo plano lingüístico —al menos explícitamente— el extremismo de izquierdas y el de derechas. En cambio, la definición de los burgueses tiene precisamente como primer resultado natural la colocación en el mismo plano, a nivel lingüístico y práctico, del extremismo de izquierdas y del de derechas.

Sin embargo, esta definición burguesa de los dos extremismos (avalada por la acreditada intervención de Saragat cuando era presidente de la República, justo después del 12 de diciembre de 1969[5]) está hecha, consciente o inconscientemente, de mala fe.

Y es que se puede hablar de un extremismo ideológico de izquierdas, pero es simple y llanamente absurdo hablar de un extremismo ideológico de derechas: las acciones extremistas de la derecha son dictadas y calculadas desde el corazón mismo de las instituciones, y elaboradas por una ideología autoritaria y tradicionalista que, a través de un maquiavelismo antiguo y verificado, adopta soluciones vandálicas o criminales. No me avergüenza ratificar una noción tan ampliamente conocida.

Los extremistas de izquierdas expresan con su acción una ideología original y extremista propiamente dicha. Los gamberros de derechas expresan con su acción (sólo ésta es extremista) una ideología que no es suya, sino de la autoridad y del poder, que por supuesto no se definen a sí mismos como extremistas.

[5] Fecha del atentado contra las oficinas centrales de la Banca Nazionale dell'Agricoltura, ubicadas en la milanesa Piazza Fontana, donde murieron diecisiete personas y ochenta y ocho resultaron heridas. Aunque la autoría del atentado se desconoce, y es motivo de numerosas conjeturas, se sospecha que fue perpetrado por grupos neofascistas con la intención de instaurar un clima que favoreciese un golpe de Estado. Con este ataque se abrió un periodo denominado «estrategia de la tensión», que concluyó en 1980 con el atentado de la estación de Bolonia a manos de las Brigadas Rojas. Durante esta etapa, diferentes organizaciones «de los dos extremismos» realizaron varios atentados para condicionar la vida política italiana.

Scanned with CamScanner

Véase por ejemplo el comportamiento de la Magistratura (que, como todo lo que se encuentra en el corazón de las instituciones, ¡no es ni mucho menos extremista en el sentido clásico y correcto, es decir, no metafórico, de la palabra!): los magistrados italianos, como todos los burgueses —conservadores o moderados, o incluso módicamente progresistas—, tienen como base de su comportamiento político (¡naturalmente!) la condena de los dos extremismos opuestos. Eso no se discute. No obstante, cuando han de decidir entre lo que ellos llaman «extremismo de izquierdas» y lo que llaman «extremismo de derechas», no tienen ninguna duda: es del primero del que se sospecha, el que se golpea y al que se persigue.

Está claro que los jueces Occorsio, Cudillo y (es de suponer, por un soplo) Falco (el del juicio y la condena por plagio a Braibanti[6]) no son, ni mucho menos, extremistas: se encuentran en el centro de la *Res Publica*. No obstante, aunque objetivamente condenaban de palabra ambos extremismos, cuando se encontraron ante dos pistas —una que conducía al extremismo de izquierdas y otra que conducía al extremismo de derechas— siguieron sin dudarlo la primera. Será (quizá) la historia la que determine si lo hicieron por una decisión apriorística o por puro instinto. En cualquier caso, es evidente que actuando así demostraron que sólo consideran —no nominalmente, sino en los hechos— al de izquierdas como un extremismo real y peligroso para la sociedad. Su consiguiente identificación —como burgueses de orden y hombres de poder que son— con el extremismo de derechas demuestra, por deducción no verbal, que este último *no es* un extremismo: es, sencillamente, la expresión extremista de un Centro falsamente democrático.

Así pues, en realidad hay un solo extremismo, que es el de izquierdas.

[6] Aldo Braibanti fue un poeta y profesor de Filosofía condenado en 1968 a nueve años de prisión en virtud de un delito olvidado del código Rocco (que no fue suprimido sin embargo hasta 1981) que hacía referencia a la «esclavitud mental» o «plagio», en este caso sobre el joven Giovanni Sanfratello, con el que Braibanti mantenía una relación homosexual.

Scanned with CamScanner

Y lo que nos falta es su definición real, es decir, racional.

Sólo tenemos esquemas pragmáticos (el Che Guevara, por ejemplo), pero en la cultura italiana éstos se diluyen fatídicamente en el maquiavelismo y en el mito de la acción de sabor protofascista, que no pueden sino revelar los elementos negativos, o subculturales, del extremismo de izquierdas.

Habida cuenta de que tanto la definición de «extremismo» que hace el comunismo tradicional como la de la burguesía son absolutamente inútiles para abarcar el fenómeno que estalló en el 68 y ha continuado hasta este 1972 —a través de movimientos como Potere operaio o Lotta continua[7]—, es evidente que la definición debería nacer en el seno de los propios grupos extremistas, y no sólo en los términos, por significativos que sean, del comportamiento y de la acción.

Es decir, el extremismo debería racionalizarse, y no sólo vivirse existencial e ideológicamente (permitiendo que algún viejo ateniense lo defina como Extremismo Moral o, si lo preferís, Extremismo Metapolítico).

Es cierto que la persecución indiscriminada de la que son objeto los jóvenes de Potere operaio o de Lotta continua —ya sea por parte del poder burgués, ya por parte del otro gran poder cultural que es la Izquierda tradicional— es síntoma de una profunda enfermedad de la sociedad italiana actual. Que una sociedad condene, rechace y suprima actos extremistas concretos puede ser admisible y justificable, aunque sólo lo sea desde el plano del sentido común. Sin embargo, que una sociedad —en su conjunto de poder y de oposición al poder— condene, rechace y suprima el extremismo como tal, a través de una persecución en toda regla, revela que dicha sociedad no es capaz ni de definirlo ni de aceptarlo. En cambio, es absolutamente urgente definirlo y absolutamente necesario aceptarlo, ya que es una realidad no sólo política, sino moral. Todo esto, en fin, sólo puede

[7] Formaciones extraparlamentarias de la Izquierda italiana, de orientación comunista revolucionaria, activas entre finales de los años sesenta y la primera mitad de los años setenta.

Scanned with CamScanner

significar que el diagnóstico que los «extremistas» hacen de esta sociedad es fundamentalmente acertado.

Pero volvamos a nuestro cuadro humorístico del panorama cultural de 1972.

Los lacedemonios, insisto, no han llegado a la racionalización de su revuelta; antes bien, su pragmatismo se va deteriorando cada vez más, adquiriendo las características del viejo pragmatismo nacional y produciendo, en conclusión, un fenómeno esquizoide: por un lado la rigidez calvinista e irreductible, por otro las primeras negociaciones tácticas con la vida y la historia como tal.

Los atenienses corren la suerte de quien no sólo se ve superado por una generación, sino por una época histórica y, por lo tanto, son incapaces de aprehender la nueva realidad existencial vivida, como en otro mundo, por los lacedemonios y, sobre todo —incluso corporalmente—, por los hermanos menores de los lacedemonios.

En medio de toda esta *débâcle*, los que triunfan son los salaminos.

Llegados a ese punto, y por simples motivos de rotación, el poder está vacante: son ellos, los salaminos, quienes tienen reservado el turno para hacerse con el poder.

Están empezando a tomar posesión de él, con esa insulsez un tanto repugnante que les ha caracterizado siempre. Ellos —los hombres de la expansión del bienestar difuso y de la sociedad de la información, del neolaicismo y de la técnica— tienen todos los papeles en regla, como ya los tenían antes del 68, a comienzos de la nueva época burguesa (principios de los sesenta, por lo que a Italia se refiere).

Su mentalidad ordenadora y organizadora; su preparación, capaz de volverlo todo debatible y realizable; su concepción de la vida desdramatizada y simplificada; su capacidad de comprender las cosas sólo mental, y no sentimentalmente; su cinismo noético (merced al cual no se sienten ni culpables ni inocentes); su laicismo histórico, debido al deterioro natural de la Iglesia y a su inutilidad; su idea de la cultura como un terreno

Scanned with CamScanner

no accidentado y libre para la circulación de ideas, muy rápida y disfrutada al mismo tiempo por grupos muy numerosos de personas que se vuelven así extraordinariamente iguales entre ellas... Todo esto, cuyo curso natural se había visto interrumpido por los temblores del 68, comienza ahora a desbloquearse y a materializarse.

¿Cómo?

Por un lado, fortalecidos por su complicidad con los lacedemonios —o por la capacidad de entenderse con ellos, ya sea gracias al lenguaje que los propios salaminos les ofrecieron, ya sea gracias a ciertos valores neoburgueses que tienen existencialmente en común—, los salaminos se apresuran en hacerse con el poder de la oposición, liquidando «desde la izquierda» a los viejos atenienses que lo ostentaban.

Por el otro, como hasta ahora los valores reales que los lacedemonios sólo han vivido existencial e ideológicamente siguen sin nombre, desconocidos, los salaminos se remiten a los suyos, que son en realidad los valores de una nueva burguesía muy avanzada, revestidos por el marxismo. Como es natural, adoptan posturas harto extremistas (de palabra), pero en el fondo se preparan para llevar a cabo su revolución, revolución que ellos, marxistas, nunca han nombrado: la revolución burguesa de la transformación radical de la humanidad en burguesía, a través de las nuevas formas de información y consumo.

El modelo, en el mejor de los casos, podría ser el de la Francia tecnócrata posgaullista; en el peor de los casos, los cínicamente aceptados del Portugal salazarista o la Grecia de los Coroneles. Los salaminos están convencidos de que en su *escalation*, los lacedemonios acabarán siguiéndoles tarde o temprano, pues creen que, como masa, los lacedemonios descargaron toda su agresividad edípica en el 68, año arcaico, que a fin de cuentas pertenece a la época de los atenienses.

No he trazado un cuadro optimista de la situación, ni mucho menos. Lo he hecho con toda la rabia que implica el ser consciente de un fenómeno que desearía que no fuese así, con una desesperación que, a pesar de ser un tanto histérica, espero justifique mi moralismo.

Scanned with CamScanner

Empecé con una alusión a mi situación personal y quiero acabar con otra. En un libro que estoy leyendo, *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado, encuentro escrito: «Quien siembra virtud recoge fama, quien dice la verdad recoge odio». Es una de esas frases que dicen los viejos. Frase extraña. Yo gozo de una cierta fama... ¿Quiere eso decir que he sembrado virtud? En cualquier caso, estoy recogiendo mucho odio, lo que querría decir, según Francisco Delicado, que he dicho la verdad.

Siento que los lacedemonios, a fin de cuentas, no me odian demasiado. Eso quiere decir que algunas verdades duras y un tanto inoportunas que he dicho sobre ellos no les han crispado más de la cuenta. Es sobre todo para ellos —como decía al principio— para quienes no resulto ni nuevo ni digno de autoridad. El no parecerles nuevo no puede apenarme, pues es natural, teniendo en cuenta todo lo que ya he dicho y hecho. El no parecerles digno de autoridad me agrada sobremanera.

Siento que tampoco los atenienses y las atenienses, mis coetáneos, me odian demasiado. Sobre ellos he dicho verdades bastante conformistas o pasionales. El suyo es un odio faccionario, el odio que se establece entre policías y ladrones, que a causa de su trato agonístico acaban incluso por afeccionarse un poco. En cambio, siento que quienes me odian (sin calor) son los salaminos: los literatos, los sociólogos, los políticos de mediana edad, a los que primero sencillamente humillé, sin culpa directa, por el simple hecho de ser su padre, y a los que luego ofendí no una, ni dos, sino tres veces, diciéndoles tres verdades no conformistas, sino —creo que puedo afirmarlo— valientes y originales.

A los salaminos les dije primero la verdad sobre la mala fe y la estupidez de su desinterés literario y de su sociología triunfalista; luego les dije la verdad sobre la canallada de su adhesión política a la lucha de los lacedemonios; ahora les digo la verdad sobre su voluntad restauradora enmascarada por un ansia de actualidad histérica.

Scanned with CamScanner

CASI UN TESTAMENTO[1]

[1] Publicado póstumamente en *Gente*, 17 de noviembre de 1975.

Scanned with CamScanner

Fue el propio Pier Paolo Pasolini quien definió como un «testamento espiritual-intelectual» las reflexiones y observaciones que había hecho a lo largo de una serie de encuentros con el periodista inglés Peter Dragadze. «Para nosotros los extranjeros», dice Dragadze, «Pasolini era un personaje que representaba una Italia desconocida. Los periódicos y las revistas anglosajonas para los que trabajaba me pedían a menudo entrevistas con Pasolini, pero luego rara vez acaban publicándolas, pues sus declaraciones y su estilo resultaban difíciles de traducir. A pesar de eso, y aunque no compartía muchas de sus posturas políticas y personales, seguía viéndolo de cuando en cuando, entre otras cosas porque desde siempre me había encantado su poesía. Estos encuentros, en los que también participaba mi mujer, tenían lugar en su apartamento del Eur, en las trattorias *de Campo dei Fiori y de Piazza Farnese y en los platós de sus películas. En los seis años que duró nuestra amistad, Pasolini tomó la costumbre de llamarme "tocapelotas" porque seguía haciéndole preguntas para entrevistas que casi nunca veían la luz. En nuestro último encuentro le mostré todas las notas que había ido recogiendo y que quería utilizar para un amplio reportaje dedicado a su vida y obra. Pues bien, Pasolini cogió los folios, los ordenó, los pasó a máquina, añadió aquí y allí correcciones de su puño y letra, y cuando me lo devolvió todo, me dijo entre risas: "Esto es casi un testamento espiritual-intelectual. Si pasara algo, Dragadze, publíquelo. Creo que podría interesarle a más de uno"».*

Scanned with CamScanner

INTELECTUALES RUSOS

Por lo que respecta a las condenas a los intelectuales rusos, yo juzgo desde un estado anímico particular, es decir, desde el estado anímico de quien ha sido condenado por los tribunales italianos más o menos por los mismos motivos (cuatro meses de libertad condicional por «vilipendio a la religión», delito previsto en un código civil aún fascista, a causa de una de mis películas: *La ricotta*). Además, no soy de los que olvidan que los tribunales de Estados Unidos condenaron, precisamente, a Pound; y que muchos intelectuales americanos tuvieron que exiliarse porque eran sospechosos de ser marxistas, es decir, de actividades antiestatales. Claro, en el caso de Rusia es más grave: no tanto por la dureza de las condenas como por el hecho de que el Estado, en lugar de autodestruirse, según la estupenda ideología de Marx, se consolida cada vez más, a través de la burocracia, el militarismo, la policía, etc. En resumen, lo que los chinos llaman «revisionismo» edulcora la relación entre producción (estatal) y consumidores (estatales), pero no edulcora, ni mucho menos, esa horrible institución que es siempre y por doquier el Estado (el Poder).

Scanned with CamScanner

CULTURA EN RUSIA

Muchos escritores rusos son amigos míos, y por muchos de ellos, además de amistad, siento estima. Sin embargo, me parece que la cultura oficial rusa (hablo de la específicamente literaria) es perezosa, aburrida, sedentaria, conformista, sentimental y retórica. Evidentemente, al igual que hay *otra* cultura americana, supongo que también habrá *otra* cultura rusa. Pero no querría que fuese la de Bulgákov.

CULTURA ITALIANA

Es una cultura de sedentarios, todos iguales entre sí, todos pequeñoburgueses y todos integrados. Los católicos están orgullosos de su catolicismo, los laicos están orgullosos de su laicismo. Las vanguardias son casos de esnobismo y (dichosos los vanguardistas que aún son tan ingenuos como para creer en estas cosas) ¡de poder literario! No hay que olvidar que hoy en día Italia es, culturalmente, una provincia. Y no hay que olvidar lo que dice Goldmann sobre la «homología» entre una sociedad y las obras literarias que produce. Hay un poco más de vida en el cine (que, a nivel semiótico, es un sistema de signos no nacional, sino internacional, de suerte que los directores están menos condicionados que los literatos por la mezquindad de su mundo nacional).

LOS GRANDES POETAS

En Italia el mayor poeta es Sandro Penna (mientras que uno de los peores es Salvatore Quasimodo). De los americanos adoro a Ginsberg por encima de todos. También adoro a otros, que han muerto hace poco: Dylan Thomas, Machado, Cavafis.

Scanned with CamScanner

POR QUÉ SAN MATEO

Estaba en Asís, hospedado en una comunidad religiosa, para hablar de mi primera película. Aquel día llegó a la pequeña ciudad, sin previo aviso, el papa Juan XXIII. Esto bloqueó el tráfico y yo me vi obligado a quedarme en mi habitación y retrasar la salida. Sobre la mesilla estaba el Evangelio. Por aburrimiento, empecé a releerlo. Después de dos páginas ya había decidido que rodaría lo que sería mi *Evangelio según San Mateo*. Así pues, se trató de un trauma, de una iluminación repentina. Pero ahora sé que, aunque hubiese elegido razonando, no habría podido escoger más que el Evangelio de Mateo. Y es que, de los cuatro Evangelios, es el más revolucionario.

¿ESCRIBO POESÍA?

No, no escribo poesía desde hace dos o tres años. Nunca me habría esperado algo así. De hecho, empecé a escribir a los siete años de edad, y escribí sin interrupción hasta hace eso, unos dos o tres años. ¿Por qué ya no escribo? Porque he perdido al destinatario. No veo con quién dialogar usando esa sinceridad, cruel incluso, propia de la poesía. Durante muchos años creí que existía un destinatario de mis «confesiones» y de mis «testimonios». Pero ahora me he dado cuenta de que no existe. De que con los amigos no hace falta expresarse a través de la poesía: uno se expresa existiendo. Nuestras exageraciones, nuestros excesos, nuestras ideas se expresan viviendo. La poesía exige que haya una sociedad (es decir, un destinatario ideal) capaz de dialogar con el pobre poeta. En Italia dicha sociedad no existe. Hay un buen pueblo, aún simpático (sobre todo allí donde no llegan los periódicos y la televisión) y una pequeña élite de burgueses cultos y desesperados. Sin embargo, no hay una sociedad con la

Scanned with CamScanner

que poder relacionarse a través de la poesía. (Lo digo porque un poeta ha de tener ilusiones, pero cuando las pierde no tiene que engañarse creyendo que aún las tiene).

RELIGIÓN FORMAL

Todas las religiones son formales, en el sentido de que su institución se ha vuelto oficial: no sólo no es necesaria para mejorar el mundo, sino que además lo empeora.

FES MÁS PROFUNDAS

La religión, tal y como se presenta hoy en día, es un viejo fenómeno del mundo pastoril, campesino y artesanal, es decir, del mundo no industrializado. En estas circunstancias, actualmente la religión es un fenómeno del Tercer Mundo. Un campesino indio o un pastor árabe son, sin duda, más religiosos que un burgués católico o que un capitalista protestante.

(En Italia, en los últimos cinco o seis años, la vocación religiosa ha disminuido un 50%. ¿Por qué? Porque Italia se va industrializando y el mundo campesino clásico va desapareciendo. Sin embargo, llegados a este punto, no puedo por menos de constatar que, en cambio, la vocación ha aumentado en Estados Unidos, es decir, en el país más industrializado del mundo. No sólo eso, sino que también los fenómenos *beat*, *hippies*, etc. son fenómenos de carácter religioso. Esto significa que también el mundo industrial está empezando a expresar su espíritu religioso, espíritu que, no obstante, parece ser esencialmente distinto del tradicional. La protesta, por ejemplo, sustituye a la aquiescencia y a la resignación; la libertad sustituye a la represión, etc., etc.).

Scanned with CamScanner

VIETNAM

¿Qué decir sobre Vietnam que no se haya dicho ya y que por tanto no sea una idiotez? Yo soy una de esas personas que hablan lo menos posible de Vietnam. Por lo general hablo de Vietnam para decir que hay cosas peores que Vietnam, por ejemplo, la prensa conservadora y la televisión. Siento mucho amor por los marines que Johnson (como en un sueño, dice Moravia) enviaba a morir a Vietnam. Así y con todo, me veo obligado a gritar: «¡Viva el Viet Cong!».

CASTRISMO

Suspendo todo juicio sobre el castrismo hasta que no haya visto con mis propios ojos (o hasta que alguna persona digna de confianza no me lo atestigüe) que en Cuba hay campos de trabajos forzados y de reeducación.

COMUNISMO Y RELIGIÓN

La coexistencia entre comunismo y religión se puede concebir en un mundo, por ejemplo, como el italiano. ¿Por qué? Porque Italia aún no es un país del todo industrializado (el Sur forma idealmente parte del Tercer Mundo) y, por ende, entre los campesinos y los últimos artesanos la religión es un fenómeno natural y sincero. También la burguesía italiana, que es muy reciente (todos nuestros abuelos son campesinos: en 1870, año de la unificación de Italia, el 90% de los italianos era analfabeto), siente aún, campesinamente, la religión como una necesidad. La gran parte de los ocho millones de votantes comunistas no sólo son católicos por mentalidad, sino que son nada menos que practicantes. En Italia el laicismo es un fenómeno aristocrático, practicado sólo por élites burguesas a nivel europeo.

Scanned with CamScanner

Así pues, en Italia la guerra fría y el anticomunismo son dos cosas estúpidas, y el diálogo, instaurado por Juan XXIII, ya estaba en las cosas y en los hechos. Todo lo demás era herencia fascista.

Para los países completamente industrializados y con grandes y antiguas burguesías (Inglaterra, Estados Unidos) la historia es bien distinta. Allí el laicismo (*que es la religión del liberalismo*) tiene una gran difusión, incluso entre los trabajadores. Así pues, la religión (el protestantismo, religión «tradicional» de la burguesía) se ha liberalizado; y comunistas hay pocos. Por lo tanto, la del «diálogo» no es una cuestión de actualidad. O es, en cualquier caso, un problema de asuntos exteriores.

Así las cosas, comunismo y religión pueden coexistir en los países preindustriales, donde, más concretamente, se oponen como dos ideologías diferentes. En los países completamente industrializados (capitalistas o socialistas), dicha coexistencia es un puro hecho teórico, pues en realidad no hay coexistencia histórica y objetiva.

Para concluir me gustaría decir que, a pesar de todo, lo «contrario» de la religión no es el comunismo (que, aunque haya tomado de la tradición burguesa el espíritu laico y positivista, es en el fondo muy religioso). Antes bien, lo «contrario» de la religión es el capitalismo (despiadado, cruel, cínico, puramente materialista, causa de la explotación del hombre por el hombre, cuna del culto al poder, horrenda guarida del racismo).

PACIFISMO

No soy pacifista por naturaleza, sino por elección.

TEATRO Y CINE

Hay (y siempre habrá) truhanes que hacen cine y teatro comercial con el objetivo de divertir (para hacer caja), y hay (y siempre habrá) imbéciles que hacen cine y teatro para educar (sin hacer

Scanned with CamScanner

caja). En realidad, el cine y el teatro de autor no están hechos ni para divertir ni para educar.

UNA BUENA PELÍCULA

Sólo hay una sola cosa imprescindible para que una película sea una buena película: que en la pantalla tenga lugar la realidad.

EL BIEN Y EL MAL EN EL ARTE

El arte es un concepto: es un sistema estilístico dentro de un sistema lingüístico. Es un mensaje dentro de un código. Esto implica muchos compromisos. Sin duda, la forma de arte más pura es el completo silencio de los poetas que no escriben.

SUFRIMIENTO Y ARTE

Por lo que sé, no diría que sufrir es necesario (pues en tal caso formularía una regla y estaría haciendo retórica tranquilizadora), sino que es *inevitable*.

COMUNISTAS DE SALÓN

De los comunistas de salón pienso lo mismo que pienso del salón. Mierda.

EL MUNDO VA HACIA LA IZQUIERDA

Nos podemos hacer lícitamente dos preguntas antagónicas: 1) ¿Por qué el mundo está a la derecha? 2) ¿Por qué el mundo va hacia la izquierda? No sé si en un futuro inmediato prevalecerá

Scanned with CamScanner

el estar a la derecha o el ir hacia la izquierda. En cualquier caso, se puede decir que a la derecha están, o estuvieron Franco, Salazar, los coroneles griegos, los clérigos italianos, los neocapitalistas (hasta los más progresistas: franceses e ingleses), Johnson, todo el ámbito norteamericano y, además, las personas ricas de todo el mundo (reyes árabes, marajás indios, señores feudales sicilianos, etc., etc., junto a su servidumbre, constituida principalmente por intelectuales conservadores, demócratas tan sólo de palabra, interesados en los hechos). En cambio, van hacia la izquierda todos los pastores y los campesinos del Tercer Mundo (aproximadamente dos tercios de la humanidad), los negros de Estados Unidos, la Nueva Izquierda norteamericana, los jóvenes hijos de los capitalistas ingleses y franceses, cuatro gatos intelectuales y, aunque poco a poco, las clases obreras del neocapitalismo de todo el mundo, incluidas Castilla y el Ática. A la cabeza de los que se quedan en la derecha no hay más que el horrendo rostro de una publicidad televisiva que representa un bienestar antipático y cabrón. A la cabeza de los que van hacia la izquierda están los Viet Cong vivos y muertos, los Guardias Rojos y los chicos de la URSS (que en estos momentos está en punto muerto).

EL CAPITALISMO

El capitalismo es hoy en día el protagonista de una gran revolución interior: está evolucionando, revolucionariamente, hacia el neocapitalismo.

En contradicción con lo que decía antes, podría afirmar que la revolución neocapitalista se sitúa como competidora de las fuerzas del mundo que van hacia la izquierda. En un cierto sentido, el propio mundo va hacia la izquierda. Y, curiosamente, al ir (a su manera) hacia la izquierda tiende a englobar todo lo que va hacia la izquierda. Ante este neocapitalismo revolucionario, progresista y unificador se tiene una sensación inaudita (sin precedentes) de *unidad* del mundo.

Scanned with CamScanner

¿Por qué ocurre todo esto? Porque el neocapitalismo coincide con la completa industrialización del mundo y con la aplicación tecnológica de la ciencia. Todo esto es un producto de la historia humana: *de todos los hombres, no de tal o cual pueblo*. En efecto, los nacionalismos tenderán, en un futuro próximo, a ser nivelados por este neocapitalismo naturalmente internacional, de suerte que la unidad del mundo (que ahora apenas se intuye) será una unidad eficaz de cultura, de formas sociales, de bienes y de consumos.

Como es natural, yo espero que en la competición que he mencionado no venza el neocapitalismo, sino que venzan los pobres. Porque soy un hombre antiguo, que ha leído a los clásicos, que ha recogido uva en el viñedo, que ha visto salir y ponerse el sol en los campos, entre los viejos y fieles relinchos, entre los santos balidos; que luego vivió en pequeñas ciudades con una hermosa forma acuñada por el tiempo de los artesanos, en las que hasta un caserío o una tapia son obras de arte, y basta un río o una colina para dividir dos estilos y crear dos mundos. (Así pues, no sé qué hacer con un mundo unificado por el neocapitalismo, es decir, por un internacionalismo creado, con violencia, por la necesidad de producir y consumir).

EL GENIO

¿Genio se nace o se hace? Ante todo se nace hombre. Luego, en los primeros años de la infancia, se lleva uno tales sustos o se experimentan tales placeres que toda la vida queda determinada por ellos. Un genio (odio esta palabra) está determinado por los sustos o los placeres (ambos extremos) que ha tenido de niño. «Hacerse» genio consiste en un maniobrar (obstinado, oculto, inconsciente, poseído, incontenible) para recrear los placeres infantiles o para crear barreras contra los sustos infantiles.

Scanned with CamScanner

¿La libertad sexual es necesaria para la creación? Sí. No. O quizá sí. No, no, claro que no. Pero… sí. No, mejor que no. ¿O sí? ¡Ah, incontinencia maravillosa! (¡Ah, maravillosa castidad!).

MEJORAR EL MUNDO

Un individuo que haga algo proponiéndose «mejorar el mundo» es un cretino. En la mayoría de los casos, quienes trabajan públicamente «para mejorar el mundo» acaban en la cárcel por fraude. Además, al final el mundo siempre consigue integrar a los herejes. Por ejemplo, las beatificaciones y las santificaciones… Pongamos que santifican al papa Juan XXIII: pues ahí lo tenemos integrado, puesto en una estampita y exorcizado. Y no cabe duda de que Juan XXIII contribuyó a una posible mejora del mundo. Pero si alguien le hubiese preguntado: «Disculpe, ¿usted contribuye a mejorar el mundo?», él le habría tomado el pelo, o a lo mejor lo habría mandado al diablo, y luego, sin duda, sonriendo, habría dicho para sus adentros: «Hago lo que puedo».

En realidad, el mundo no mejora nunca. La idea de mejorar el mundo es una de esas ideas-coartada con que se consuelan las conciencias infelices u obtusas (también incluyo en esta clasificación a los comunistas cuando hablan de «esperanza»). Así las cosas, una de las formas de serle útil al mundo es decir rotundamente que el mundo no mejorará jamás y que sus mejoras son metahistóricas: se producen cuando alguien afirma algo real o realiza una acción de valor intelectual o civil. Sólo una suma (imposible) de dichas palabras o dichas acciones daría pie a una mejora concreta del mundo. Y sería el paraíso y la muerte.

En cambio, eso sí, el mundo puede empeorar. Esa es la razón por la que hay que luchar continuamente; y luchar, además, por un objetivo mínimo, es decir, por la defensa de los derechos civiles (cuando se hayan obtenido a través de luchas precedentes). Y

Scanned with CamScanner

es que los derechos civiles están amenazados eternamente, eternamente a punto de ser suprimidos. Por lo tanto, hay que luchar para crear nuevos tipos de sociedades donde se garantice el programa mínimo de derechos civiles. Por ejemplo, una sociedad verdaderamente socialista.

COMUNISMO TRADICIONAL

Sí, el comunismo tradicional se ha acabado. Tres son las causas: el neocapitalismo, con su nuevo tipo de civilización tecnológica; el Tercer Mundo, con su vieja sociedad campesina; y China, que no quiere llegar a la civilización tecnológica a través de la fase pequeñoburguesa.

LUCHA DE CLASES

Hoy en día la lucha de clases ya no es la clásica (el último ejemplo es el de Cuba, cuya revolución todavía es extraordinariamente análoga a la rusa de 1917). ¿Qué ha pasado? Los obreros están cada vez más conquistados por la «calidad de vida» típica de la industrialización total y de la civilización del consumo (con el mito de la técnica), mientras que los campesinos, que participaron en las guerras de liberación nacional en todas las antiguas colonias del mundo, tienen una mayor conciencia social y clasista que en el pasado.

EL CATOLICISMO

Hoy en día el catolicismo se preocupa ante todo por sobrevivir. Disminuida la vocación un 50% y cerradas al apostolado las antiguas colonias (recuerdo el episodio del Bajo Sudán), la Iglesia católica ha comprendido que para sobrevivir tiene que ser al mismo tiempo: a) la Iglesia del Tercer Mundo, es decir, volver a

Scanned with CamScanner

los orígenes campesinos y pobres; b) la Iglesia del mundo industrializado, capitalista o comunista, que tiene unas exigencias religiosas completamente nuevas. Son dos necesidades absolutamente contradictorias.

VIOLENCIA

¿Si me atrae la violencia en sí? ¡Qué pregunta más difícil! ¿Cómo puedo conocer mi inconsciente? ¡Si lo conociese ya no sería inconsciente! El psicoanálisis nos hizo tener la maldita costumbre de «juzgar» a los otros a través, entre otras cosas, de las tendencias de su inconsciente (¡como si encima pudiésemos analizarlos cual psicoanalistas expertos!). Por ejemplo, si a uno lo pisa un coche, pobrecillo, todos saltamos al unísono: «Bueno, si lo ha pisado un coche es que él lo *quería*. ¡Así que peor para él!». Conscientemente, puedo decir lo siguiente: tengo el mito materno de la bondad y de la mansedumbre, y ése es el mito que me gustaría realizar en vida. Por otro lado, son tantas las ofensas y las decepciones que este mito ha sufrido, con las experiencias reales de la existencia, que no he podido evitar rebelarme, indignado.

Y como la mansedumbre y la bondad, para ser tales, han de ser intrépidas (me lo decía mi madre, quizá no con sus palabras pero sí con su ser), cuando el manso y el bueno se rebela va hasta el fondo. Así pues, la versión que doy de mi violencia es muy idílica: es, en todo caso, una violencia única y exclusivamente intelectual.

ATAQUE A PÍO XII

Ataqué a Pío XII por las mismas razones por las que la propia Iglesia lo atacó pocos años después (último acto, dispensar de sus funciones al cardenal Ottaviani).

Scanned with CamScanner

Dreyer (universalidad sagrada de los objetos y los rostros); Buster Keaton (perfección formal); Murnau (la película más hermosa del mundo es *El último*); Mizoguchi (grande como Giuseppe Verdi); Renoir y Tati (los únicos que supieron hacer poesía sobre la pequeña burguesía); Bergman (no el feudal, sino el burgués de *Luz de invierno*); Godard (¿cómo se puede no adorarlo?); el bueno y loco de Fellini, y Charlot (los mayores placeres del cine). Añadiré, para completar el cuadro, que no adoro a ninguno de los mitos de *Cahiers du cinéma*, es decir, Hawks, Hitchcock, Ford. Y detesto a Eisenstein.

TEMAS RELIGIOSOS

Soy un marxista que elige temas religiosos. ¡Lo que hay que oír! ¿Es que ahora también existe un monopolio sobre la religión? ¡He aquí la conclusión de cuarenta años de horrenda propaganda y de macartismo! Muchos de los hombres más profundamente religiosos de este siglo son comunistas. Pienso por ejemplo en Gramsci (el fundador del PCI). Ellos lucharon por puro altruismo y dieron a su vida un único y elevado ideal (que sin duda podemos definir como ascético), por el que se enfrentaron a la cárcel, las torturas y la muerte. Se entiende que cuando digo religioso no quiero decir creyente de una religión confesional.

De hecho, (casi todos) los comunistas son laicos y positivistas. Sin embargo, heredaron el laicismo y el positivismo de la civilización burguesa (la gran civilización burguesa que primero hizo la revolución liberal y luego la revolución industrial). Sólo que más tarde, en el burgués, el laicismo y el positivismo se quedaron igual (patrimonio, eso sí, de una élite burguesa), mientras que el nacionalismo y el imperialismo, nacidos como consecuencia directa del capitalismo, no tardaron en empujar al burgués medio a las antiguas posiciones clericales: a cultivar una

Scanned with CamScanner

religión puramente interesada, hipócrita, estatal e incluso feroz (véase el clero zarista y franquista). Así pues, si acaso, la pregunta lícita no es, ni mucho menos: «¿Puede un comunista ser religioso?», sino, más bien: «¿Puede un burgués ser religioso?».

¿CREO EN DIOS?

Desde los catorce años, siempre me he definido como no creyente. Por primera vez en estos últimos meses, de alguna manera, he concebido una idea de Dios, por inmanente y científica que sea.

Es muy curioso cómo he llegado a ella. Siempre me han interesado los problemas lingüísticos, aunque sólo sea en un campo estrictamente italianista, y en Italia se me considera un lingüista interesante, por mal informado y extravagante que sea. Últimamente me he apasionado por las investigaciones lingüísticas en el cine. Y, como es natural, no he podido evitar recurrir a la semiología: ciencia para la que los sistemas de signos son infinitos, y no sólo lingüísticos.

He llegado a la conclusión de que el «cine», al reproducir la realidad, hace una perfecta descripción semiológica de ella. Y de que el sistema de signos del cine constituye, en la práctica, el mismo sistema de signos de la realidad. *¡Así que la realidad es un lenguaje!* ¡Hay que hacer semiología de la realidad y no del cine! Pero si la realidad *habla*, ¿quién habla y con quién habla? La realidad habla consigo misma: es un sistema de signos mediante el cual la realidad habla con la realidad. ¿No es todo esto espinoziano? ¿No se parece esta idea de la realidad a la idea de Dios?

GOLPES DE ESTADO

Tanto el intento de golpe de Estado de 1964 en Italia como el exitoso golpe de Estado de Grecia son acontecimientos que tuvieron lugar en la esfera de la OTAN. En Italia se abrió un proceso

Scanned with CamScanner

contra los periodistas de *l'Espresso* que denunciaron ante la opinión pública a algunos de los responsables del intento golpista. Sin embargo, la investigación parlamentaria fue bloqueada por el partido católico (democristiano) con el apoyo de los socialistas. Evidentemente no quieren remontarse a responsabilidades internacionales.

Nosotros los intelectuales (en este asunto, muy grave) brillamos por nuestra ausencia. Es verdad, en las cenas, en el salón, ponemos a parir a la clase política dirigente, a la burguesía italiana a través de la cual se expresa y, en general, a este país pequeño, marginal, provincial, apolítico y miserable que es Italia. ¿Pero nosotros? ¿Qué hacemos? ¿Acaso somos mejores? ¿Qué es lo que nos hace estar ausentes y mudos? ¿El miedo? ¿La prudencia? ¿La desconfianza? ¿La pereza? ¿La ignorancia? Sí, todo eso.

SUBPROLETARIADO

Del subproletariado me atrae su cara, que está limpia (mientras que la del burgués está sucia), porque es inocente (mientras que la del burgués es culpable), porque es pura (mientras que la del burgués es vulgar), porque es religiosa (mientras que la del burgués es hipócrita), porque es lunática (mientras que la del burgués es prudente), porque es sensual (mientras que la del burgués es fría), porque es infantil (mientras que la del burgués es adulta), porque es inmediata (mientras que la del burgués es previsora), porque es amable (mientras que la del burgués es insolente), porque es inerme (mientras que la del burgués es decorosa), porque es imperfecta (mientras que la del burgués es impecable), porque es confiada (mientras que la del burgués es dura), porque es tierna (mientras que la del burgués es irónica), porque es peligrosa (mientras que la del burgués es blanda), porque es feroz (mientras que la del burgués es chantajista), porque es colorada (mientras que la del burgués es blanca).

Scanned with CamScanner

Los pobres son reales, los ricos irreales.

PABLO VI

Se dice que Pablo VI se ve «perjudicado» por el hecho de que Juan XXIII era más simpático que él. Lo pongo completamente en duda. Juan XXIII sólo era más simpático que Pablo VI en un sentido superficial. En realidad, si pienso en lo que significa «simpatía» (comunidad de sentimientos) descubro que me resulta bastante más simpático Pablo VI, porque él sufre el mismo mal que yo, y se comporta de esa manera compleja, difícil de entender, llena de arrebatos y también contradicciones, que es típica de todo intelectual. Lo que hace simpático a Pablo VI es su inteligencia atormentada, y el que no tenga una fachada agradable y simpática casi produce ternura.

KENNEDY

¡Ah, qué decir de John Kennedy! Es la única persona de poder, el único hombre político, del que me gustaría haber sido íntimo amigo.

PROTESTA AMERICANA

Como he dicho tantas veces y en tantos foros, *no quiero ser italiano*. Querría ser americano. Naturalmente, sería un americano de la *otra América*. ¡Y por fin mi forma de protesta *sería libre*! *¡Absoluta, completa, disparatadamente libre!* En Italia hasta la protesta es conformista. La protesta liberal usa un lenguaje de instituto que apesta a cadáver, la protesta marxista está completamente preestablecida como un formulario. En cambio, ¡no hay nada más bello que *inventar día a día el lenguaje de la protesta*!

Scanned with CamScanner

CINE Y REALIDAD

El sistema de signos del cine es el mismo que el de la realidad. Por ejemplo: tengo ante mí la cara de un chico con el pelo rizadísimo, ojos de media luna, risueños, con una expresión cómica e inocente que parece amasada en su propia carne. ¿De qué se trata? ¿De un chico que tengo ante mí en la realidad, o de un primer plano que aparece en pantalla? Sea como sea, él me habla de la misma forma y yo lo entiendo mediante los mismos signos. La naturaleza real de ese chico siempre se dirige a mí de igual manera, tanto en la realidad como en la pantalla.

Hablo, huelga decirlo, de cine puro, no de manipulaciones comerciales (donde todo puede ser falseado por el manierismo del director y de los actores... pero falseado, me pregunto, ¿hasta qué punto? ¿La verdad no acaba siempre saliendo a la luz? Si el actor es un idiota que interpreta el papel de un genio, ¿no acaba viéndose que es idiota?). Para que el cine pueda hacer cosas nuevas tiene que manipularse lo menos posible, tanto en el sentido de la comercialidad como de la experimentación estilística: una película de Jonas Mekas y una película de Hollywood están igual de alejadas de la realidad.

Y la realidad es la única que puede ser, o ser vista, de una forma nueva. Si un director tiene una idea nueva de la realidad, dirá cosas nuevas en sus películas.

PARA DE FILIPPO

Eduardo De Filippo es el mejor actor italiano. Actúa en dialecto napolitano. Aunque aún no lo sabe, yo he planeado escribir un texto teatral para él. Sobre dicho texto teatral sólo sé, por ahora, cuatro cosas: 1) que se habla en napolitano; 2) que se titula *Mandolini*; 3) que está ambientado en China, entre campesinos y Guardias Rojos; 4) que el protagonista es un chino que se

Scanned with CamScanner

hace el muerto y no se despierta hasta que se queda solo, y dice cuatro cosas hablando consigo mismo, y en un momento dado, para estirar las piernas, hace un bailecito acompañado por el sonido de las mandolinas. Probablemente, el hombre que se hace el muerto es un símbolo de mi juicio sobre el comunismo chino. ¿Resucitaré? ¿Haré un bailecito al son de las mandolinas? ¿Borraré de mí toda señal de cultura, occidental y oriental, y volveré a tener la virginidad cultural de los campesinos?

SISTEMA AMERICANO

Del sistema político americano adoro el tipo de protesta que éste consiente, y que se puede resumir en una máxima descabellada y maravillosa: «Sólo la verdadera democracia puede destruir a la falsa democracia».

Scanned with CamScanner

LA ÚLTIMA ENTREVISTA[1]

[1] Publicada en *La Stampa-Tuttolibri: Siamo tutti in pericolo*, 8 de noviembre de 1975. Esta entrevista fue realizada por Furio Colombo apenas unas horas antes del asesinato de Pier Paolo Pasolini.

Scanned with CamScanner

FURIO COLOMBO: *Pasolini, en tus artículos y en tus escritos has ofrecido muchas versiones de lo que detestas. Has comenzado una lucha, en solitario, contra muchas cosas, instituciones, convicciones, personas, poderes. Para hacerlo menos complicado yo hablaré de la «situación», y tú sabes que me refiero al panorama contra el que, en general, te bates. Ahora te hago la siguiente objeción: la «situación», con todos los males de los que tú hablas, contiene todo aquello que te permite ser Pasolini. Quiero decir: el mérito y el talento son tuyos, ¿pero los instrumentos? Los instrumentos son de la «situación». Mundo editorial, cine, organización, incluso los objetos. Pongamos que el tuyo es un pensamiento mágico. Haces un gesto y todo desaparece. Todo lo que detestas. ¿Y tú? ¿Tú no te quedarías solo y sin medios? Me refiero a medios expresivos, me refiero...*

PIER PAOLO PASOLINI: Sí, lo he entendido. Pero yo no sólo experimento con ese pensamiento mágico, sino que creo en él. No en un sentido paranormal, sino porque sé que, golpeando siempre en el mismo clavo, se puede derribar incluso una casa. A pequeña escala un buen ejemplo nos lo ofrecen los radicales, cuatro gatos que llegan a despertar la conciencia de un país (y tú sabes que no siempre estoy de acuerdo con ellos, aunque justo ahora estoy a punto de ir a su congreso[2]). A gran escala el ejemplo

[2] Pasolini tenía sobre la mesa el texto de su intervención para el Congreso del Partido Radical en Florencia. Finalmente lo leyó en el congreso Vincenzo Cerami el 4 de noviembre de 1975, dos días después de la muerte de Pasolini.

Scanned with CamScanner

nos lo ofrece la historia. El rechazo ha sido siempre un gesto fundamental. Las pocas personas que han escrito la historia son las que han dicho «no» —los santos, los eremitas, pero también los intelectuales—, y no los cortesanos y los asistentes de los cardenales. Para ser eficaz, el rechazo no puede ser puntual, ha de ser grande, total, y no centrarse en este o ese otro punto «absurdo», no puede ser un rechazo de sentido común. Querido amigo, Eichmann tenía sentido común a raudales. ¿Qué le faltó? Le faltó decir que no, arriba, en la cima, al principio, cuando lo único que hacía era simple administración, burocracia. A lo mejor hasta le dijo a sus amigos: a mí el Himmler ese no me gusta un pelo. Murmuraría, como se murmura en las editoriales, en los periódicos, en el amiguismo político y en la televisión. O a lo mejor se rebeló porque este o aquel tren se detenía una vez al día para las necesidades y el pan y el agua de los deportados, mientras que dos paradas habrían resultado más deseables. Pero nunca obstaculizó la locomotora. Así que las preguntas son tres: cuál es, como tú dices, la «situación», por qué se debería detener o destruir, y cómo.

F. C.: *Eso, entonces describe la «situación». Sabes perfectamente que tus intervenciones y tu lenguaje tienen un efecto parecido al del sol que atraviesa el polvo. Es una imagen hermosa, pero se puede ver (o comprender) poca cosa.*

P. P. P.: Gracias por la imagen del sol, pero mis aspiraciones son mucho más humildes. Aspiro a que mires a tu alrededor y te des cuenta de la tragedia. ¿Cuál es la tragedia? La tragedia es que ya no hay seres humanos, hay máquinas extrañas que chocan entre ellas. Y nosotros, los intelectuales, tomamos el horario de los trenes del año pasado, o de hace diez años, y luego decimos: qué raro, pero si estos dos trenes no pasan por ahí, ¿y cómo es que han acabado estrellándose? O el maquinista se ha vuelto loco o es un criminal aislado o hay un complot. Es sobre todo el complot lo que nos vuelve locos. Nos quita todo el peso de enfrentarnos en solitario a la verdad. Qué bonito sería que,

Scanned with CamScanner

mientras nosotros estamos aquí hablando, hubiese alguien en el bar planeando liquidarnos. Es fácil, es sencillo, es la resistencia. Nosotros perderemos a unos cuantos compañeros y luego nos organizaremos y los liquidaremos a ellos, caerán unos pocos de ambos bandos, ¿qué te parece? Claro, ya sé que cuando transmiten por televisión *Arde París* todos están ahí con lágrimas en los ojos y unas ganas locas de que la historia se repita, bella, limpia (uno de los frutos del tiempo es el «lavado» que hace de las cosas, como ocurre con las fachadas de las casas). Es sencillo, yo aquí, tú allí. No bromeemos sobre la sangre, el dolor, el esfuerzo que también entonces la gente pagó por «elegir». Cuando estás con la cara aplastada contra esa hora, ese minuto de la historia, elegir siempre es una tragedia. Pero, admitámoslo, era más sencillo. El hombre normal, con la ayuda del valor y la conciencia, consigue expulsar al fascista de Saló, al nazi de las SS, de su vida interior (donde la revolución *siempre* comienza). Pero ahora no. Un tipo se acerca a ti vestido de amigo, es amable, agradable y «colabora» (en la televisión, por ejemplo) para ganarse la vida y porque no es un delito, ni mucho menos. El otro —o los otros, los grupos— se acercan a ti o se te echan encima, con sus chantajes ideológicos, con sus reprimendas, sus sermones, sus anatemas, y tú sientes que también son amenazas. Desfilan con banderas y eslóganes, pero ¿qué los separa del «poder»?

F. C.: *¿Qué es el poder, en tu opinión, dónde está, cómo lo sacas de su madriguera?*

P. P. P.: El poder es un sistema de educación que nos divide en subyugados y subyugadores. Pero ojo, hay un mismo sistema educativo que nos forma a todos, que desciende desde las conocidas como clases dirigentes hasta los pobres de solemnidad. He ahí el motivo por el que todos quieren las mismas cosas y se comportan de la misma forma. Si tengo entre manos un consejo de administración o un movimiento bursátil, los uso. De lo contrario, uso una palanca. Y cuando uso una palanca ejerzo mi violencia para obtener aquello que quiero. ¿Por qué lo quiero?

Scanned with CamScanner

Porque me han dicho que quererlo es una virtud. Yo ejerzo mi derecho-virtud. Soy asesino y soy bueno.

F. C.: *Te han acusado de no distinguir política e ideológicamente, de haber perdido el hilo de la profunda diferencia que tiene que haber, sin más remedio, entre fascistas y no fascistas, por ejemplo entre los jóvenes.*

P. P. P.: Por eso te hablaba del horario de los trenes del año pasado. ¿Has visto alguna vez esas marionetas que hacen desternillarse a los niños porque tienen el cuerpo girado hacia un lado y la cabeza hacia el otro? Me parece que Totò era capaz de hacer ese truco. Pues bien, yo veo así al hermoso tropel de intelectuales, sociólogos, expertos y periodistas de nobilísimas intenciones: las cosas suceden aquí y la cabeza mira hacia allá. No digo que no exista el fascismo. Digo: dejad de hablarme del mar mientras estamos en la montaña. Éste es un paisaje diferente. Aquí hay ganas de matar. Y estas ganas nos vinculan como hermanos siniestros del fracaso siniestro de todo un sistema social. A mí también me gustaría que todo se resolviese aislando a la oveja negra. Yo también veo ovejas negras. Veo montones de ellas. Las veo a todas. Ése es el problema, como ya le dije a Moravia: con la vida que llevo, yo pago un precio... Es como alguien que baja al infierno. Pero cuando vuelvo —si vuelvo— he visto otras cosas, más cosas. No digo que tengáis que creerme. Digo que siempre tenéis que cambiar de tema para no afrontar la verdad.

F. C.: *¿Y cuál es la verdad?*

P. P. P.: Lamento haber usado esta palabra. Quería decir «evidencia». Permíteme que vuelva a poner las cosas en orden. Primera tragedia: una educación común, obligatoria y equivocada que nos empuja a todos a luchar dentro del mismo ruedo: tenerlo todo a toda costa. Nos meten a presión en este saco, como si fuésemos un ejército extraño y tenebroso en el que algunos

Scanned with CamScanner

tienen cañones y otros simples garrotes. Entonces una primera división, clásica, es «estar del lado de los débiles». Pero yo digo que, en cierto sentido, todos son débiles, porque todos son víctimas. Y todos son culpables, porque todos están dispuestos a jugar a masacrarse, con tal de tener. La educación recibida ha sido: tener, poseer, destruir.

F. C.: *Entonces permíteme que vuelva a la pregunta inicial. Tú, por arte de magia, lo eliminas todo. Pero vives de los libros, y necesitas mentes que lean. Es decir, educados consumidores del producto intelectual. Tú haces cine y no sólo necesitas disponer de un gran público (de hecho sueles tener mucho éxito popular, es decir, tu público te «consume» ávidamente), sino también de una gran maquinaria técnica, organizadora, industrial, que está de por medio. Si quitas todo eso, con una especie de monacato mágico de tipo paleocristiano y neochino, ¿qué te queda?*

P. P. P.: A mí me queda todo, es decir, yo mismo, estar vivo, estar en el mundo, ver, trabajar, comprender. Hay cien maneras de contar historias, de escuchar lenguas, de reproducir dialectos, de hacer teatro de títeres. A los demás les queda mucho más. Pueden plantarme cara, cultos como yo o ignorantes como yo. El mundo se vuelve mayor, todo se vuelve nuestro y no tenemos que usar ni la Bolsa, ni el consejo de administración, ni la palanca para depredarnos. Mira, en el mundo que muchos de nosotros soñábamos (repito: leer el horario de los trenes del año pasado, aunque en este caso podemos decir que es el de hace muchos, muchos años) estaba el patrón infame, con su sombrero de copa y los dólares saliéndosele de los bolsillos, y la viuda demacrada que pedía justicia junto a sus criaturas. El hermoso mundo de Brecht...

F. C.: *Disculpa, ¿quieres decir que sientes nostalgia de ese mundo?*

P. P. P.: ¡No! Siento nostalgia de la gente pobre y verdadera que luchaba por derribar a ese patrón sin convertirse en ese patrón.

Scanned with CamScanner

Como estaban excluidos de todo, nadie los había colonizado. Yo tengo miedo de estos negros insurrectos, iguales que su patrón, igualmente saqueadores, que lo quieren todo a cualquier precio. Esta lúgubre obstinación en desencadenar la violencia total ya no te permite ver «de qué signo eres». Cualquiera que llegue al hospital al borde de la muerte está más interesado —si es que aún le queda un soplo de vida— en lo que le dirán los médicos sobre sus posibilidades de seguir vivo que en lo que le dirán los policías sobre la lógica del crimen que acaba de sufrir. Pero, ojo, ni estoy haciendo un juicio de intenciones, ni me interesa ya la cadena causa-efecto, primero ellos, primero él, ni quién es el jefe-culpable. Me parece que hemos definido lo que tú llamas la «situación». Es como cuando en una ciudad llueve y se atascan las alcantarillas. El agua sube, es un agua inocente, agua de lluvia, no tiene ni la furia del mar ni la maldad de las corrientes fluviales. Sin embargo, por alguna razón, no desciende, sino que sube. Es la misma agua de lluvia de las poesías infantiles y de las cancioncillas de *Cantando bajo la lluvia*. Pero sube y te ahoga. Si hemos llegado a este punto, yo digo: no perdamos tanto tiempo poniendo una etiqueta aquí y otra allí. Vamos a ver cómo se desatasca esta maldita bañera, antes de que acabemos todos ahogados.

F. C.: *Y tú, por ese motivo, querrías que todos fuesen pastorcillos sin educación obligatoria, ignorantes y felices.*

P. P. P.: Dicho así sería una estupidez. Sin embargo, la conocida como educación obligatoria fabrica, sin más remedio, gladiadores desesperados. La masa se hace más grande, como la desesperación, como la rabia. Pongamos que acabo de soltar una *boutade* (aunque no lo creo). Decidme vosotros otra cosa. Se entiende que añoro la revolución pura y directa de la gente oprimida cuyo único objetivo es ser libre y dueña de sí misma. Se entiende que imagino que aún puede llegar un momento así en la historia de Italia y del mundo. El mejor de mis pensamientos podrá incluso inspirarme para una de mis próximas poesías.

Scanned with CamScanner

Pero no para lo que sé y lo que veo. Quiero decir a calzón quitado: yo bajo al infierno y sé cosas que no perturban la paz de los otros. Pero tened cuidado. El infierno está subiendo hacia vosotros. Es cierto que viene con máscaras y con banderas diferentes. Es cierto que sueña con su uniforme y su justificación (a veces). Pero también es cierto que sus ganas, su necesidad de dar un garrotazo, de agredir, de matar, es fuerte y es general. No le queda mucho tiempo a la experiencia privada y arriesgada de quien, por así decirlo, ha tocado «la vida violenta». No os engañéis. Y vosotros sois, junto a la escuela, la televisión, la placidez de vuestros periódicos, vosotros sois los grandes conservadores de este orden horrendo basado en la idea de poseer y en la idea de destruir. Dichosos vosotros que os alegráis cuando podéis poner a un delito su bonita etiqueta. A mí eso sólo me parece otra de las muchas operaciones de la cultura de masas. Al no poder impedir que ocurran ciertas cosas, se busca la tranquilidad fabricando archivos.

F. C.: *Pero abolir tiene que significar, sin más remedio, crear, de lo contrario también tú serías un destructor. Los libros, por ejemplo, ¿dónde acaban? No quiero hacer el papel de quien se preocupa más por la cultura que por la gente. Pero esta gente salvada, en tu visión de un mundo diferente, no puede ser más primitiva (ésta es una acusación que se te hace con frecuencia) y si no queremos usar la expresión «más avanzada»...*

P. P. P.: Que me produce escalofríos.

F. C.: *Si no queremos usar frases hechas, tendrá que haber una indicación. Por ejemplo, en la ciencia ficción, como en el nazismo, siempre se queman los libros como gesto inaugural del exterminio. Cerradas las escuelas, cerrada la televisión, ¿cómo animas tu pesebre?*

P. P. P.: Creo que ya me expliqué con Moravia. Cerrar, en mi lenguaje, quiere decir cambiar. Pero cambiar de una forma tan drástica y desesperada como drástica y desesperada es la situación.Lo

Scanned with CamScanner

que impide un verdadero debate con Moravia, pero sobre todo con Firpo, por ejemplo, es que parecemos personas que no ven la misma escena, que no conocen a la misma gente, que no escuchan las mismas voces. Para vosotros una cosa sucede cuando es crónica, bonita, cerrada, compaginada, recortada y titulada. Pero ¿qué hay debajo? Aquí hace falta un cirujano que tenga el valor de examinar el tejido y decir: señores, esto es cáncer, no una nimiedad benigna. ¿Qué es el cáncer? Es algo que cambia *todas* las células, que hace que todas crezcan de manera absurda, fuera de toda lógica precedente. ¿Es un nostálgico el enfermo que sueña con la salud que tenía antes, aunque antes fuese un estúpido y un desgraciado? Antes del cáncer, quiero decir. Pues bien, en primer lugar habrá que hacer un esfuerzo, no sé cuál, para tener la misma imagen. Yo escucho a los políticos con sus frases hechas, a todos los políticos, y me vuelvo loco. No saben de qué país están hablando, están igual de lejos que la luna. Y los literatos. Y los sociólogos. Y los expertos de todo tipo.

F. C.: *¿Por qué piensas que tú tienes algunas cosas muchísimo más claras?*

P. P. P.: Preferiría no hablar más de mí, a lo mejor hasta he dicho demasiado. Todo el mundo sabe que yo pago mis experiencias personalmente. Pero también están mis libros y mis películas. A lo mejor soy yo el que se equivoca, pero sigo pensando que todos estamos en peligro.

F. C.: *Pasolini, si tú ves la vida así —no sé si aceptas esta pregunta—, ¿cómo piensas evitar el peligro y el riesgo?*

[Se ha hecho tarde, Pasolini no ha encendido la luz y se hace difícil tomar notas. Repasamos juntos las mías. Luego me pide que le deje las preguntas].

Scanned with CamScanner

P. P. P.: Hay puntos que me parecen más categóricos de la cuenta. Déjame pensar, deja que me los repase. Y luego dame tiempo para encontrar una conclusión. Tengo algo en mente para responder a tu pregunta. Para mí es más fácil escribir que hablar. Te dejo las notas que añado para mañana por la mañana.

[Al día siguiente, domingo, el cuerpo sin vida de Pier Paolo Pasolini estaba en el depósito de cadáveres de la policía de Roma].

Scanned with CamScanner

Dema-
siada libertad sexual os
convertirá en terroristas es el vigési-
mo primer libro de la colección La mucha-
cha de dos cabezas. Compuesto en tipos Dan-
te, se terminó de imprimir en los talleres de KADMOS
por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en junio de dos
mil catorce, una década después de que este editor decidiera
viajar a Saló —guiado por un impulso a medio camino exacto
entre la predilección por la historia y el mero fetichismo— para
conocer la ciudad que Pier Paolo Pasolini convirtió en símbolo
del horror y la barbarie de nuestro tiempo, y se encontrara en el
lugar donde en su día estaba la temida Casa del Fascio, refugio
de la guardia personal de Mussolini, el tremendamente *cool* Bar
Italia, cuyos clientes definen en internet (quiero suponer que
sin saber lo que ocurrió en sus despachos y sus sótanos)
como «el mejor lugar de la ciudad para ver y ser visto»,
«un sitio donde te recuestas, te relajas y ya puede
acabarse el mundo» o «el bar con los mejores
cócteles, la vista más impresionante
del lago y la gente más guapa,
para morirse».

Scanned with CamScanner

Pier Paolo Pasolini fue un gran cineasta, un notable poeta, un extraordinario novelista y, tal como demuestra en el presente volumen, uno de los mayores ensayistas del siglo xx. Como pensador y como creador, Pasolini entendió que la auténtica provocación y una forma de escándalo que no fuera recuperable por el sistema de consumo cultural eran las armas más eficaces que poseía un intelectual. Y es precisamente este espíritu de la transgresión, entendido como reflexión lúcida, comprometida y a contracorriente, el que habita los ensayos que componen este libro —incluido el que le da título—, redactados a lo largo de más de treinta años e inéditos hasta ahora en nuestra lengua.

En este sentido, la presente antología se compone de un conjunto de textos que, atendiendo a su vitalidad intelectual, su alcance histórico y la belleza de su escritura, son de primer orden y dan cuenta del mejor Pasolini, crítico radical de nuestra cultura y ajeno a cualquier tipo de concesiones. En ellos se abordan temas fundamentales en la reflexión y la vivencia de este autor: la violencia y su extremo, la guerra; la educación, tal como se nos impone y tal como podría ser; eso que llamamos cultura, y la dialéctica crítica que ésta exige; la sociedad, siempre junto a la soledad de aquel que toma conciencia de su deriva; o la política, que para Pasolini no podía ser sino una estrategia de la resistencia.

El libro se cierra con dos documentos absolutamente excepcionales: un texto, publicado de forma póstuma apenas dos semanas después de la muerte de Pasolini, que el propio autor definió como «un testamento intelectual y espiritual»; y una última entrevista, brillante y brutal como todas, que tuvo lugar apenas cuatro horas antes de su asesinato. En ella Pasolini advertía de que «mientras nosotros estamos aquí hablando puede que haya alguien en el bar planeando liquidarnos», lo que no habla tanto de una premonición como de la estricta lucidez de quien ha tocado «la vida violenta» y conoce verdaderamente su lugar en el mundo.

errata naturae
www.erratanaturae.com

Scanned with CamScanner